Juan Estevan Guastavino

SAN LORENZO

1813 - 3 DE FEBRERO - 1913

JUAN ESTEVAN GUASTAVINO

SAN LORENZO

1813 - 3 DE FEBRERO - 1913

Por Patria entendemos toda la vasta extension de ambas Américas.

(Gazeta Ministerial del 8 de Mayo 1812.)

BUENOS AIRES, *Febrero 3* DE 1913

Señor Doctor Américo Lugo.

París.

Mi estimado amigo:

Dedícole esta breve semblanza histórica inspirada en el recuerdo de la primer victoria del General San Martín en suelo de América, al cumplirse un siglo desde que el clarín de los Granaderos la anunciaron al Continente. Como homenaje literario es su categórica negación, porque apenas he tenido el tiempo y los medios necesarios para poner en pie rápidamente los hechos y circunstancias evocadas, á manera del andamiaje de una columna que deja solo adivinar los contornos de la obra que el arte de una mano superior ejecutará.

En la bibliografía del Gran Capitán y en la apoteósis que el pueblo argentino le tributa este día sobre el lugar donde brotó su primer laurel guerrero, serán estas pobrísimas páginas "como el polvo que se pega á los

grandes monumentos", de que habla Sarmiento, y que resisten los embates del viento porque vive adherido á ellos con las ternuras del corazón, único rocío que jamás pudieron evaporar ni la canícula del día ni el soplo de la soberbia. Adolecerán, por consiguiente, de los defectos de la improvisación, uno de los peores que afean las obras históricas, especie de viruela del arte literario que se propaga acaso por contaminación, sin que sea bastante á extirparla la mordiente vacuna de la crítica, — pero en todo momento estarán presente en ellas la verdad histórica y la cálida sinceridad del juicio, junto al amor de nuestras cosas, porque yo no asiento que deba escribirse la historia patria con el pensamiento de Fenelón, para quien el historiador debe ser extraño á todo país y época, y que ha servido de inobservado lema á ciertas obras recientemente publicadas sobre América del Sud y la augusta memoria de su Primer Capitán. El concepto del mitrado autor del Telémaco es sabio cuando se trata de dominar la humanidad desde la cumbre de los principios morales que rigen lo creado, pero carece de fundamento y noción práctica cuando se trata de un pueblo y una raza cuyo génesis y desarrollo puede seguirse paso á paso bajo un cielo y sobre

una cuna geográfica perfectamente caracterizables.

Hijo soy de tierra bañada por sol ardiente. Quiso la suerte poner mi cuna junto al suelo que meció la del "Primer Criollo de América", y no es culpa mía me sepan á fragante miel las maduras pomas que entregára á la cosecha de la Historia.

Imperfectas y todo, debíale estas páginas porque ya tardaba un compromiso de que tenía usted noticia.

Salíamos juntos de la última sesión del Cuarto Congreso Pan-Americano á que había asistido por primera vez expresamente para escucharle aquel discurso en que haciendo honor á sus convicciones, á sus sentimientos de justicia y á su acrisolado patriotismo, dijo con entereza en plena asamblea: "Este Congreso carece de altos ideales; nada hemos hecho por la unión de los Estados americanos...; mañana sus banderas se encontrarán en los mares y se saludarán melancólicas á la distancia tan separadas las unas de las otras, como antes..." El Congreso guardó silencio, el erudito yankee Mr. Moore le tendió los brazos con un expresivo: "Vous avez du courage", y yo sentí pesadumbre de que se dijeran aquellas verdades en la Capital argentina y en los días del cen-

tenario de Mayo. Ya en la calle díjele: — Su cargo, justo y honrado, no alcanza sin embargo al pueblo de la República, porque si en América latina hay alguna nación que sienta y expanda sin reserva su noble simpatía hacia sus hermanas continentales, esa nación es la Argentina. Mayo es su grande testimonio. La geografía política de nuestros patricios de 1810 no terminaba en las provincias del Plata, — sus límites eran los del Continente y sus adyacencias. La inspiración y la obra de aquellos esclarece su inmenso amor á los hermanos de cuna que se hallan extendidos desde las Antillas á Chiloé.

—"Sí, San Martín es la prueba de ello", díjome usted. Y como le replicase que aquél sólo era una de las muchas pruebas, y que en la cronología de la Revolución había antes que él otras figuras argentinas de corazón eminentemente americano, insistió usted con acento firme: — "¡Pero es el más grande de todos!"

Concebí el propósito entonces de escribir para usted unas páginas estudiando al grande americano en el momento histórico, — mal comprendido generalmente en algunos países del Continente — en que por primera y única vez habló ostensiblemente de diplomacia, y en que también por primera y única vez

pensó en un advenimiento con España. Debía esclarecer, naturalmente, el llamado en nuestra literatura histórica "El Ayacucho Diplomático", punto preciosísimo de la historia diplomática argentina, estableciendo su correlación con los hechos que ligaron á las provincias del Plata y Chile desde 1810, para probar que jamás faltó al pueblo argentino la unidad del sentimiento americano en su más grande y generosa expresión: El reconocimiento de la Iidependencia de todos los pueblos hermanos del Continente, como base de cualquier entendimiento entre la Argentina y España. Pero la labor aparentemente sencilla al principio, fué en breve ensanchándose á manera de copioso é inesperado vetero de una mina profunda y ramificada, que exigía del artífice la consagración y el método que aseguran la relatividad del éxito y que sólo se conquistan á través de la gravitación ponderadora del tiempo.

De esta manera permaneciera aún incumplido con usted, si el simpático rumor de la apoteósis que el pueblo prepara á San Lorenzo, no me hubiera inducido á trazar un recuerdo, por ligero é incompleto que fuese, sobre el primer laurel del Gran Capitán, en el día que el reloj del tiempo le ha marcado cien años de gloria.

Esta circunstancia me permite la íntima satisfacción de escribir el nombre de tan íntegro y varonil dominicano, como es usted, al frente de estas páginas que evocan la bizarría ingénita y sublime del hijo de Yapeyú.

La figura moral del Libertador proyecta su sombra protectora sobre la América del Sud, desde las Antillas hasta la Tierra del Fuego, porque ese era el campo de su visión grandiosa, y si las alas del vuelo caudal no lo llevaron á posarse en todas las regiones de su anhelo, no fué ciertamente porque faltase aliento generoso á su alma, hija del Cielo, sino por que las alas eran hijas de los hombres con quienes debía discurrir. San Martín no tuvo un solo momento de su vida histórica en que olvidase los destinos de toda su amada América. Y sin embargo, de las regiones que el Caribe baña, — de las Antillas y principalmente de Venezuela, han llegado estos últimos tiempos voces de equivocados conceptos y aún de ingrata memoria para el insigne americano, que no son en mi humilde concepto resultado exclusivo del poco conocimiento que aquellos países tienen de la historia del Plata, sino también del estado de su educación política y moral.

En las librerías de Buenos Aires véndense obras en que, exaltando hasta la sublimidad

al general Bolívar, se pretende deprimir la augusta figura de San Martín, á quien declaran, "vualgàr, ambicioso, pusilámine, ladrón, borracho", y finalmente, como el cargo que lo condenaría al olvido de la América, "renegado de la Argentina, de Chile, del Perú..."

Sin embargo por acá sabemos de una manera cierta que de quien en realidad el Libertador renegó toda su vida, fué de la estirpe de los malos americanos que encanallaban la causa de América, comprometiendo su futuro de país libre y respetado, — con sus celos, sus ambiciones torpes y desmedidas, sus odiosidades, sus banderías y sus conspiraciones de interés privado frente á los intereses de la patria...

El concepto que Bolívar tenía de San Martín, se levanta en protesta contra la injuria desmedrada y me autoriza á asegurar que sirven muy mal á su ídolo, los que, para sublimarlo, necesitan antes denigrar al Washington del Sud, pues ese ídolo fué uno de los primeros que le llamó "Grande Americano". El secreto de esta ofuscación que acusa una falta de patrotismo americano se explica fácilmente y tengo absoluta fe en su propio correctivo. El porcentaje del anal-

fabetismo en Venezuela (*) es de 99 por ciento; es decir, ocupa el último escalón de los pueblos que se educan en el Continente, mientras la Argentina ocupa el primero.

Si en presencia de estos hechos se levantase de su tumba el general Bolívar y leyese aquellos odios trasnochados, tomando de la oreja al autor le diría con su habitual energía: "Ea, mocito, no toque usted en su lecho de robles y laureles á los Grandes que, como el Chimborazo, tienen ha tiempo la frente inmaculada junto á las nubes". Y con otro tirón de oreja seguiría diciéndole: "Tampoco intente usted denigrar á ese pueblo de San Martín que pronto le ofrecerá por pedestal de su grandeza diez millones de hombres libres y cultos; que en el camino de la civilización ha llegado á ocupar un puesto honroso entre las agrupaciones modernas que rigen con su actividad los destinos humanos, por que alcanzó á constituir una "Nación" en el vasto concepto de la palabra, dentro de tan breve lapso de tiempo que, comparado con el que necesitó la gestación de los países europeos hasta culminar en su pleno desarrollo, causa pasmo la vitalidad de su vertiginosa rotación ascendente. La honra más grande que en el actual estado de la compleja vida de

(*) Boletín Mensual del Museo Social Argentino—Septiembre 1912.

las sociedades puede ofrecer un pueblo nuevo, nacido ayer á la existencia propia sobre un continente secuestrado cinco siglos al contacto civilizador de la Europa, es la de constituir una patria y una raza de timbres propios, en que á la par de su vigorosa y original contextura, estén fundidos, como en el metal corintio, todos los más nobles atributos del progreso contemporáneo, con que las naciones más adelantadas de la tierra marchan orgullosas á la conquista del porvenir''. Y con otro tirón más, seguiría: ''Voy á contarle lo que acaso ignoran los venezolanos de hoy día: cuando á causa de nuestras torpes rencillas, — de que estoy curándome recién en el Cielo — dejamos abandonado en Londres á nuestro Enviado, el ilustre don Andrés Bello, el gobierno argentino, por intermedio de Sarratea impidió que muriera materialmente de hambre y desesperación, subvencionándolo expontáneamente con una decorosa asignación mensual, nada más que por haber visto en él un americano que andaba gestionando por el extranjero la suspirada libertad de su patria''. Y con otro nuevo tirón de oreja seguiría aún: ''Cuando después de ochenta años de haber derramado mi sangre, siempre ardiente y heróica, por constituiros en nación,

poníais en peligro la honra y la soberanía de Venezuela, fué también de corazón argentino de donde partió, serena y firme, la voz de defensa y de alerta, que convertida en doctrina ante la conciencia ilustrada del mundo, amparó el suelo venezolano de los graves y siniestros peligros á que vosotros la empujábais". Y todavía, con otro tirón de la oreja, bastante hinchada ya, le diría, bajando la voz: "No olvide tampoco que es peligroso echar la capa al toro cuando se anda con muletas, no sea que los argentinos, que no necesitan deprimirme para hallar grande á San Martín, enderecen su tijera hacia mí, por que ¡cuidado, que tendrán paño donde cortar!"

Yo no dudo que cuando la mayor ilustración de las masas de aquellos pueblos haya elevado la razón pública, las imprentas dejarán para siempre de imprimir libros de esa naturaleza salidos de plumas de americanos; pero sería bien que los hombres superiores de esos países tan fecundos de brillantes intelectos, difundieran la profilaxia del buen criterio, y preguntasen de cuando en cuando, si no sería tan insensato pretender suprimir de la historia americana la figura de su primer coloso, como intentar echar los Andes fuera del Continente.

¡Cuanto cuesta al genio, por grande que

sea la gravitación de sus virtudes, hallar el supremo equilibrio del amor y la justicia póstumas! Quien pudiera decirnos el trabajo secular que el dulce y poético Uruguay — que meciera la cuna del "Misionero", — necesitó realizar silenciosamente en el misterio de la naturaleza, para abrir al camino de sus corrientes el regazo del Océano donde hallar al fin la estabilidad eterna de sus aguas!

Yo sé que en el verjel hermoso de su patria, las cristalinas corrientes que van camino á la inmortalidad repitiendo el nombre de San Martín, han de hallar las arenas de oro de su selecto espíritu y una palpitación sonora de su grande y valiente corazón de americano.

Sabe que soy su affmo. y sincero amigo.

JUAN E. GUASTAVINO.

SAN LORENZO

1813 - 3 DE FEBRERO - 1913

CAPITULO I

El pasaje de la Canning. — El primer soldado de América. — La Junta de las Provincias Unidas del Río de la Plata y su invocación providencial. — San Martín, Alvarez Jontes, Gómez, Rodríguez Peña, Chiclana, Pasos y las noticias sobre Chile y el Perú. — La Primera Unión del Sud. — Los actos gubernativos de 1812 y la independencia de hecho. — Recto á la visión. — La unidad de la vida y la verdadera grandeza. — La ruda fagina y el camino á los sacrificios y la inmortalidad.

JOSÉ DE SAN MARTIN CONQUISTADOR DE LAS LIBERTADES DE AMÉRICA, — Y DIGNO MODELO DEL PRIMER HOMBRE MILITAR Y FILÓSOFO JORGE WASHINGTON.

LARD MACDUFF

A los primeros resplandores de una mañana sonriente, el 9 de Marzo de 1812, divisábase á la altura de La Colonia un elegante velero en cuyo palo de mesana flotaba la bandera inglesa, y que maniobrando con rumbo á *La Capital* disminuía sus paños, vigorosamente inflados hasta entonces por los primeros soplos del sureste que en el Plata preceden á la estación otoñal. No pasó desapercibido á la mirada de los patriotas que des-

de lo alto del histórico montículo la contemplaban, el largo tiempo que se mantenía á la vista, pues ni impericia ni falta de propicio viento minoraba la marcha del velero, que en vez de volar con sus catorce paños, se arrastraba lentamente sobre la tranquila planicie de las aguas. Allá, hacia el sur, á algunas millas de distancia, alcanzábase á contar hasta seis barcos armados en guerra con bandera española. Para cualquier observador de la época, y con mayor razón para el ojo prevenido de los marinos de Montevideo, á que pertenecía la escuadra á la vista, se evidenciaba que tal velero no era una nave cualquiera de las muchas salidas de puertos ingleses, y que á la sombra de los trastornos que agitaban á la Península, venían á anclar en el puerto de Buenos Aires, con sus bodegas pletóricas de mercaderías. Algo de cauteloso y explorativo tenía el aire de su derrota, y lo comprobaba la circunstancia de que aquellos cruceros de la escuadra de Montevideo, alertas sobre la entrada al Plata, no la habían divisado ni en la noche ni día precedentes (*).

(*) Zapiola había tomado el mando de la fragata al entrar á la zona, para los patriotas peligrosa, del Río de la Plata. — "Zapiola, en homenaje al 28° aniversario de su muerte", M. Camus.

No era, en efecto, un interés mercantil el que maniobraba de esa forma en la nave inglesa. Algo más noble y trascendente se cobijaba esta vez á la sombra de sus paños. El genio de una gran misión social la ennoblecía y un inmediato interés patriótico venía dirigiendo su arribada al término del viaje, donde pudo informar plenamente lo que pasaba como digno de mención desde Maldonado á La Colonia y desde ésta hasta la Ensenada.

Destacábase en su puente un hombre de noble y circunspecta apostura, que venía presidiendo tácitamente, sin pretensión jerárquica ni acuerdo, el grupo singularmente distinguido de viajeros salidos de Londres, cincuenta días antes, y á quien designaban uniformemente con el dictado de *Comandante.* Al entrar á las aguas del río argentino, vistió por primera vez á bordo, el traje de teniente coronel de los ejércitos españoles, imitándole otros oficiales que aparecieron sobre cubierta, á la vista de Buenos Aires, con sus uniformes de distinta graduación de las armas de mar y tierra.

Era el *Comandante* un hombre que frisaba en los treinta y cinco años, de elevada y esbelta talla, desenvuelta y digna la apostura *en*

un todo militar (*); de voz gruesa y varonil, atezado el rostro, nariz enérgica aguileña, pronunciados los pómulos y la barba, erguida cabeza, é iluminado el semblante por *el brillo de aquellos ojos que nadie pudo definir* (**). Era soldado desde los once años de edad; se había batido bravamente en los mares, en el Africa, en España, en Portugal, — y llamábase José de San Martín.

Se veía á su lado un hermoso oficial de marina, en pleno vigor de la vida, de bizarra corpulencia, sonrientes ojos azules, cabello rubio, y que gozaba notoriamente de las simpatías y confianza del primero: el alférez de navío José Matías Zapiola y Lezica.

Formando grupo con ellos se destacaba la figura de un alegre y decidor capitán de milicias, de maneras francas y atrayentes: don Francisco Chilavert; — un atlético joven de enérgico y cuadrado rostro, con grandes ojos

(*) Estos rasgos de la fisonomía y el porte del Libertador, son tomados, totalmente, de la descripción hecha por las personas que lo conocieron personalmente, como don Félix Frías, José Gregorio Gómez, Sarmiento, Espinosa, Alberdi, Olazábal, etc. En cuanto á su "porte en un todo militar" que describen con igual frase el doctor López y el general Mitre, están contestes las memorias y referencias de todos sus compañeros de campañas que han escrito sobre él.

(**) Coronel Manuel Olazábal, "Episodios de la Guerra de la Independencia".

obscuros, característicos de su ilustre familia: el subteniente de infantería don Antonio de Arellano (*); y, por fin, un oficial parco de palabras, pero inteligente y de porte correctamente militar: era el capitán don Francisco Vera.

Allí cerca lucía su galana juventud, vistosamente adornada con el traje de teniente de carabineros reales, el más altivo de los pasajeros, lleno de prontos arrogantes é intención aguda. "Con sus ojos chispeantes y el gesto imperioso, pero galano, parecía iluminado con gracia llena de amenidad. La boca firme, la frente elevada, la cabeza erguida; la mirada clara y franca como la de un héroe griego; la tez rosada, tan pulida y limpia como la de una dama, formaba un todo maravillosamente realzado por el negrísimo pelo y las cejas

(*) Descendía, como Juan y Lino Ramírez de Arellano, — los héroes de Carampangue, al frente de un escuadrón de Granaderos de los Andes en Arauco, — de noble familia española que, al propagarse en el Plata, se bifurcó en dos ramas de patriotas, floreciendo la una en Buenos Aires y Montevideo, y la otra en Córdoba. A esta última pertenecía el famoso Rector y Cancelario de la Universidad de aquella ciudad, el Doctor Don Eduardo Ramírez de Arellano, dechado de virtudes patrióticas y cristianas, de quien se ha dicho que "guardó él solo, bajo las bóvedas de la Universidad, el fuego sagrado de la cultura y la libertad argentina durante la tiranía de Rosas". A la belleza moral de todos los varones de esta familia de patriotas, acompañaba y caracterizaba una enérgica y singular belleza física.

bien marcadas. Sus modales eran abiertos, confiados, atrevidos á veces, pero envueltos siempre en una elegancia exquisita, algo teatrales quizás si no fuera la naturalidad con que respondía á todos los demás accidentes de su persona. Si bien á Dios le pertenecía la mayor parte de este conjunto tan distinguido hasta por la alcurnia, el diablo también podía haber reclamado su parte en las travesuras y las artimañas del talento militar y de la ambición'' (*). Estos dones y los de una cuantiosa fortuna heredada de sus padres, correspondían al más altivo, como se ha dicho, y también al más fastuoso pasajero de la nave: don Carlos de Alvear y Balbastro.

Le acompañaba, compartiendo sus intimidades, un brillante oficial que vestía como teniente primero, los nobles colores de la Guardia Walona, y quien se destacaba con rasgos propios, bien pronunciados, en aquel grupo de singulares personajes. De estatura mediana, anchas espaldas y dilatado pecho, resueltos el gesto y la apostura, rápidos el ademán y la palabra, ennoblecía la recia contextura física de este soldado, — una bella cabeza poblada de rubia cabellera, ojos de claro azul, nariz mediana y perfecta, de ventanas mó-

(*) Vicente Fidel López. "Historia de la República Argentina". Tomo 4, fol. 116.

viles y nerviosas, tersa y sonrosada tez, formando el conjunto una acentuada belleza en que se mezclaban por igual la ardiente sangre eslava y la flemática del irlandés. Tenía treinta años, y su entusiasta amor á la libertad de los pueblos del Plata que luchaban por conquistarla, lo había unido desde España en estrecha amistad con Alvear. Traía la fama de ser un oficial de artillería científico, y llamábase Eduardo Kaillith, Barón de Holmberg (*).

Ya se habrá comprendido por el pasaje de esta nave, la naturaleza de la *carga* que dirigía á Buenos Aires y la razón del derrotero y maniobras extrañas con que se aproximaba al puerto de destino. Cuatro días antes, la "escuadra sutil" de Montevideo, al mando de don Primo de Rivero, y que era la misma que divisaban en ese instante los patriotas, había bombardeado traidoramente á Buenos Aires, y los rumores que preceden á los actos peligrosos en estado de guerra, les había advertido en Río de Janeiro la necesidad de evitar con cautela la visita de los marinos españoles

(*) El barón Holmberg, casó en la familia materna de Alvear, famosa por su belleza, radicándose definitivamente en nuestro país, donde su herencia patriótica é intelectual se prolonga honrosamente hasta nuestros días en la talentosa persona de su nieto, el doctor Eduardo L. Holmberg, á quien debemos la descripción de los rasgos físicos del patriota.

que bloqueaban rigurosamente la capital argentina.

Aquel elegante velero era la fragata *George Canning* y jamás durante la guerra de la Independencia nave alguna transportó al suelo americano carga más gloriosa y que gravitase con más trascendental destino en la existencia del Nuevo Mundo.

*
* *

Precede al advenimiento de los grandes acontecimientos, — para ser más bellos en el contraste, — la poesía de una misteriosa penumbra. Anúnciase la aparición de los cometas -- el más brillante fenómeno celeste -- por el nimbo de una vaga y ligerísima nebulosa; y cuando la constelación gigante de los Estados Unidos de América del Norte predecía su nacimiento, Jorge Wáshington, su fundador, se anuncia en la penumbra de una lejana legislatura de provincia, tomando asien to con el sombrero en la mano y el labio balbuciente de timidez y modestia. La *Gazeta de Buenos Aires* del 13 de Marzo de 1812 anunciaba á la América del Sud el arribo de los pasajeros patriotas con esta breve y sugestiva noticia: "El 9 del corriente ha llegado á este puerto la fragata inglesa *Jorge Can-*

ning, procedente de Londres, con 50 días de navegación: comunica la disolución del ejército de Galicia y el estado terrible de anarquía en que se halla Cádiz, dividido en mil partidos, y en la imposibilidad de conservarse por su misma situación política. La última prueba de su triste estado son las emigraciones frecuentes á Inglaterra, y aun más á la América Septentrional. A este puerto han llegado, entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de caballería don José de San Martín, primer ayudante del general en jefe del ejército de la Isla Marqués de Comprigny; el capitán de infantería don Francisco Vera, el alférez de navío don José Zapiola, el capitán de milicias don Francisco Chilavert, el alférez de carabineros reales don Carlos Alvear y Balbastro, el subteniente de infantería don Antonio Arellano y el primer teniente de guardias valonas barón de Olembert. Estos individuos han venido á ofrecer sus servicios al gobierno, y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la patria".

Ocupaba esta modesta noticia el último lugar de la última página de la *Gazeta* del día, y seguramente que la curiosidad de muy esca-

sos habitantes de la *Gran Capital del Sur* (*) debió detenerse á meditar sobre los propósitos y la clase de hombres que, anunciados en esa forma, acababan de llegar á su seno, hondamente conmovido. Y, sin embargo, el peso de la planta de tales hombres tenía afianzada desde ese instante la independencia americana.

El *primer soldado de América* había pisado el suelo de la patria y se aprestaba á redimirla.

*
* *

En el número siguiente — 20 de Marzo — los lectores de las Provincias Unidas del Río de la Plata pudieron leer la siguiente: "Nota: No es menos digna (**) de la considera-

(*) Al amanecer del primer aniversario de Mayo "entre los muchos arcos triunfales y vistosos anfiteatros, se distinguió una gran portada colocada una cuadra al oeste de la plaza de la Victoria, con la estatua de la libertad y esta arrogante inscripción:

Calle Esparta su virtud,
Su grandeza calle Roma,
Silencio, que al mundo asoma
La gran Capital del Sud."

Ignacio Núñez. "Noticias Históricas".

(**) Refiérese la alución á la nota que en esos mismos días pasara Alvear al gobierno renunciando á su sueldo de 2°. comandante del regimiento de Granaderos á Caballo, "supuesto — decía — que la Providencia me ha dado con que subsistir".

ción de la Patria y del aprecio de los buenos ciudadanos, la generosa oferta de *cincuenta pesos mensuales* que ha dado don José de San Martín, comandante del escuadrón de granaderos á caballo que se ha formado, y la cesión que hace de *una tercera parte de su sueldo* don Eduardo Kaillith, barón de Holmberg, que marcha á incorporarse al ejército del interior. El gobierno ha mirado con distinción los sentimientos nobles de estos ciudadanos; ha ordenado se les dé las más expresivas gracias á nombre de la Patria, y que se publique en *Gazeta* para que aparezca un testimonio público que los honre y los haga *merecer el afecto de los hombres virtuosos*".

A un siglo de distancia de los varones que dictaban estas líneas, ¡con qué honda veneración llega al fondo del alma el perfume sencillo de aquella su clásica honradez y esa plácida, elevada y modesta virtud desaparecida ya con ellos! Para la abnegación del soldado pobre, que aumenta su escasez disminuyendo la de la Patria, piden sencilla y lealmente *el afecto de los hombres virtuosos.* Los Césares de Roma Imperial poseían tesoros y provincias conquistadas al enemigo, con que pagar la victoria de sus capitanes, y el manto de senador vitalicio para mejor sazonar la recompensa; el dominador de la Europa mo-

derna tenía títulos nobiliarios, posesiones, rentas y famosas riquezas con que engrandecer y cubrir de mundanas vanidades el orgullo y la avaricia de sus tenientes triunfadores; el gobierno republicano de las Provincias Argentinas sólo tiene para ofrecer al capitán que se apresta á la emancipación americana el anticipo -- á cuenta de su gloria -- de la *estimación de los honrados!*

Hoy su posteridad y la historia saben que la evocación del gobierno patriota en este momento modesto pero solemne de la vida de San Martín, reposaba en regazos de la Providencia, siempre infalible en sus designios eternos. La ambición impúdica, la falta de elevación moral, el predominio personal sofocando la voluntad y la felicidad de los pueblos, el quemante anhelo de la gloria y los ruidosos triunfos, nada tienen que ver con él: La figura del *Primer Capitán* y también del *Primer criollo de la América* debe buscarse entre *el afecto de los hombres virtuosos,* como lo quiso la Junta de 1812.

*
* *

Pisaba el suelo nativo el Comandante San Martín en un momento psicológico de la Revolución, en que todo lo que se agitaba á su

derredor debió reconcentrarle sus serenas energías en un punto concreto, que era ya en aquella hora el *alma mater* de su visión de soldado y patriota. Producíase en esos instantes un fenómeno que evidencia aquella fuerza misteriosa que la certeza de sus destinos dá á los pueblos. Nunca había cruzado la Revolución por un período más difícil y angustioso, y sin embargo nunca como entonces se había encarnado en los patriotas con mayor valentía la seguridad infalible de su triunfo. Sentían la patria ardiendo en medio de serios peligros, pero la sentían viva y dominadora. San Martín traía desde España esta convicción y se confirmó en ella inmediatamente de su arribo á Buenos Aires.

Y porque grandes eran las resistencias que vencer en aquellos momentos y tremendas las angustias del gobierno revolucionario, igualmente grandes y firmes debían ser las energías y los resortes destinados á vencerlas hasta sacar triunfante la causa americana.

A los dos años de afrontar heróicamente la tempestad revolucionaria, las fuerzas físicas y la fortuna pública de las Provincias Unidas parecían profundamente debilitadas; las dos tendencias políticas de la primera hora, la *morenista ó radical* y la *conservadora,* se encontraban y chocaban armadas con nue-

vos elementos de juicio y de visiones patrióticas en un campo experimental de enseñanzas ya concretas y positivas, como resultado de su ejercicio absoluto del gobierno del virreynato, y de su múltiple difusión en el exterior por medio de una diplomacia activa que tenía trazado un plan habilísimo de fecundas conquistas para el porvenir cercano de la Revolución; las Provincias comenzaban á manifestar rasgos peligrosísimos á la unidad y respeto debido al gobierno central; el erario público pasaba por difíciles vicisitudes que hacían la desesperación del Triunvirato; el bloqueo de la escuadra de Montevideo había casi clausurado la principal fuente de los ingresos fiscales,—y el ejército del Alto Perú, vencedor desde La Paz hasta Tupiza, vigorizado por los esfuerzos empeñosos del virrey Abascal que organizaba en Lima los recursos necesarios para una campaña definitiva, estrechaba amenazante y soberbio el suelo de la patria por el Norte, mientras un ejército portugués, fuerte de más de seis mil hombres, se acercaba por el Este al centro de la Provincia Oriental, corriéndose con tres mil soldados más de la misma procedencia paralelos al Uruguay sobre las provincias del delta; y por fin, las fuerzas españolas de Montevideo, retempladas con esta conjunción de ejércitos

que convergían hacia Buenos Aires de acuerdo con el plan concebido en Junio de 1810 por Abascal y Liniers, veían cercano el momento de reconcentrar sobre la Capital un ejército de catorce á diez y seis mil hombres.

Todo esto constituía un peligro muy serio para las Provincias Unidas y, sin embargo, frente á la amenaza de esas fuerzas y al aparente agotamiento físico y financiero, el espíritu revolucionario y la conciencia de la libertad, eran un hecho que tenía la irrevocable sanción de sus pueblos:

En 1812 la Revolución Argentina estaba triunfante y la libertad política era una conquista encarnada en el alma criolla que nadie podía retrogradar sino á costa del sacrificio del pueblo que la había proclamado.

La decisión de los generales patriotas desbarataría, por el Norte, el orgulloso ejército español descendido del Alto Perú, y la diplomacia de la Junta, diplomacia donde aún presidía la visión de Moreno, inutilizaría por el Este los esfuerzos del ejército portugués, produciendo el cisma entre las encontradas aspiraciones lusitano-españolas que chocaban en Río de Janeiro, y ganando la simpatía del gobierno inglés, cuyos intereses políticos y comerciales en Sud América explotó con patriótica sagacidad.

Pero esto no bastaba al pueblo argentino. Los destinos de la emancipación de la mitad del continente habían caído en sus manos desde la primera hora de la revolución, y se sentía con fuerzas y voluntad para realizarlos. Su futuro *Capitán* esperaba á los umbrales de los grandes acontecimientos.

San Martín venía con la concepción de un plan fundamental cuyo desenlace sería el triunfo definitivo de las armas patriotas en toda la extensión del Continente: Herir el poder español en su centro fuerte y estratégico. Este centro estaba en el Perú. Su capital era el gran resorte político-militar de la influencia del despotismo español; allí estaba perenne y prepotente la reacción antirevolucionaria, y á Lima debía llevar su espada.

Esta concepción fué firmísima en su alma.

Nadie ni nada lo desvió de ella. Y sin embargo, la fuerza de voluntad que debía desplegar en aquellos días agitadísimos para mantenerse impertérrito dentro de ese objetivo y aproximarse sin demora á su realización, debió ser grandísima. Todo lo solicitaba, á fines de 1812 y en los albores de 1813 hacia el lado del drama que se estaba desarrollando, como acabamos de ver, en Montevideo, en las costas del Uruguay y en Misiones, su cuna:—un ejército portugués dueño del Norte

de la Banda Oriental; otro sobre el Uruguay la Banda Oriental; otro sobre el Uruguay abarcando por el oriente hasta Yapeyú; un caudillo alzado con poderosas fuerzas contra su gobierno, y dentro de los muros de San Felipe, desafiando el poder de la capital, un ejército español compacto y disciplinado, en vísperas de aumentarse con nuevas fuerzas esperadas por momento de España.

Hacia esos rumores vecinos, llamativos sobre todo para la gloria de los militares recién llegados á su país, se dirigían las miradas de todos, menos la suya. Alvear, Rodríguez, Belgrano, Soler, los Balcarce, French, Rondeau y otros más tenían señalado allí su campo de gloria, y allí volaban sus ansias patrióticas; allí estaba el anhelo público que no veía, por el momento, otro peligro que el lusitano-español, ante el cual el ardiente patriotismo de la Capital creía amenazados los triunfos de la Revolución.

El alma de San Martín es la única fría ante tales preocupaciones. Nada parece temer por el lado de los ruidos lusitanos. La marcha del ejército portugués por el centro de la Provincia Oriental y sus escaramuzas con los patriotas en el Alto Uruguay, ni le inquietan ni le arrancan una palabra de carácter militar. Sonríe plácidamente de las maniobras de los

generales Curado y Souza, cuando de ellas se le instruye, y desprecia á Artigas cuando sabe que está hostilizando el ejército de la patria.

Comprende que todo eso es transitorio y que en la Capital palpitan fuerzas, hombres y recursos suficientes para dominar aquellos peligros.

Su vista de pensador y de guerrero está en campo más alto; su trayectoria es más vasta, y su objetivo más trascendental y definitivo: ella tiene por basamento los Andes y ningún accidente extraño á su visión serena lo desviará jamás de la línea recta de sus concepciones. Aquella es su misión y su destino; allí irá, y para ir á ella está preparando los elementos de la ascensión.

*

* *

Apenas llegado, encontró en los hombres, en la propaganda oficial, en los principios políticos, en la generosa grandeza de los entusiasmos del pueblo, hasta en el lenguaje de la prensa y los documentos oficiales,—el derrotero expansivo de la Revolución que tenía por lema y objetivo la emancipación de toda América. Buenos Aires hablaba en nombre de ella y su esfuerzo se extendía hasta el último extremo del continente en que hubiese un pueblo esclavo que redimir.

Proclama en el Cabildo abierto del 24 de Mayo de 1810 el derecho de regir sus propios destinos, y la primera condición que se impone, es una expedición *inmediata* á auxiliar sus hermanos del Alto Perú que todavía estaban chorreando sangre bajo las terribles ejecuciones de Goyeneche.

Pero lo de proteger á las provincias de La Paz, Cochabamba y Potosí contra el despotismo del virrey de Lima y sus sangrientos sicarios, era un hábil pretexto: derribar á éste del salio virreinal, como acababa de hacer con Cisneros, era uno de los verdaderos objetos de las tres grandes etapas de la Revolución de Mayo. La redención de Buenos Aires, Lima, Santiago, eran los propósitos fundamentales. El espíritu argentino encarnado en su Revolución debía ir inmediatamente del Plata al Pacífico y al Rimac, y por eso salieron las dos primeras expediciones á Lima por el camino del Alto Perú; y por eso salieron á Chile sus emisarios, por cuyo intermedio llevó al Pacífico junto con su palabra de orden,—su propaganda, su misión grandiosa de americanizar la Revolución de Mayo, sus consejos, sus rogativos, toda su alma entera, con su ardimiento y sus vicisitudes, constituyendo con los patriotas chilenos, desde mediados de

Agosto de 1810, la primera alianza que conocieron los pueblos de la América latina en los albores de su emancipación.

La *redención americana*, la *libertad americana*, la *felicidad de América*,—tal es el lenguaje que en el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata sale de los consejos de los patriotas dirigentes, de sus Juntas de Gobierno, de sus tribunales y cabildos, de sus Sociedades Patrióticas, de su pueblo todo, -- y que sus soldados corean por el ámbito del extenso Virreynato. La grandiosidad de esta heróica actitud explica el fenómeno único en ambos continentes que ofrece la historia argentina,—de que sus armas, siempre ocupadas en el exterior, después de destrozar al enemigo en sus fronteras, jamás hubiesen dado lugar á ser vencidas dentro de su territorio, y que por el contrario, todos sus grandes y famosos triunfos irradiaron sol de gloria bajo cielos extraños, á distancias fabulosas de su cuna, por donde habían otros hombres y otras regiones que redimir de la esclavitud.

*
* *

Los primeros brazos que estrechan al futuro Libertador, cuando pisa el desembarcadero

del Muelle, son los de Alvarez Jonte, Goyo Gómez, Rodríguez Peña, Chiclana y Paso; hombres todos cuyos honrados corazones debieron palpitar leales y gozosos al contacto del ancho pecho del criollo, y poseedores también todos, de los secretos diplomáticos de la Revolución en lo tocante á Chile y el Perú, como que eran depositarios de las vistas profundas y extensas de Moreno sobre la necesidad de *no dejar de mano* (*) el cuidado del espíritu público en aquellos pueblos de allende los Andes.

Alvarez Jonte, el ardiente propagandista de la Revolución argentina en Chile, -- uno de los patriotas de 1810 á quien los argentinos le debemos grandes y fecundos sacrificios, en espera aún de la justicia póstuma, -- y que unido á San Martín desde la infancia en dulce amistad, no le abandona un solo instante hasta sucumbir á la sombra de su gloriosa bandera en los arenales de Pisco, -- le debió informar del estado general de Chile, del espíritu de sus hombres de acción, de la rehacia apatía de *los Pelucones,* del localismo reinante como rasgo primordial de sus pueblos, de los recursos militares y financieros de Santiago y Concepción, y por fin, de la ne-

(*) Carta de Moreno á Jontes. Septiembre de 1810. (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores).

cesidad de un brazo fuerte que fuera á remover y sacar á la vida de la dignidad ciudadana toda aquella hermosa fuerza dormida en regazo de un patriotismo inerte al que sólo faltaba para despertar, el latigazo de luz que les hiriese enérgicamente la conciencia de sus destinos naturales.

Pero lo que más debió complacerle, iluminándole el alma con el intenso fulgor de hermosas y cercanas perspectivas, fué sin duda la revelación del tratado secreto que á nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata, había propuesto al gobierno de Chile, en Septiembre de 1810. Aquel tratado, -- el primero que se propone celebrar formalmente el gobierno revolucionario de Mayo, -- echaba las bases fundamentales de un vasto plan político, económico y militar, que será para siempre gloria imperecedora de los hombres que lo concibieron.

Discutido en la Junta durante el mes de Agosto, en los tremendos días de la Revolución, mientras rodaban las cabezas de los reaccionarios de Córdoba,--Moreno establece los puntos cardinales que tocaban de inmediato las necesidades del momento y las permanentes del futuro argentino, y Alvarez Jonte los formula días después, los amplia y los ilustra en un tratado definitivo, acompañado de

una *Exposición de motivos,* que hace de esa bellísima pieza un ejemplo digno aún hoy, de meditación y respeto.

Separar completamente el *Reino de Chile* de toda comunicación con el virreinato del Perú, cuidando de cortar con especialidad el intercambio con Lima, para cegarle su principal fuente de recursos, -- y consumar una alianza militar que pusiera inmediatamente en Chile una fuerza de cuatro mil hombres, listos para recibir las órdenes que el interés militar de la Revolución requiriese, -- todo dentro de la más estrecha unión de ambos pueblos, el argentino y el chileno, -- he ahí los puntos principales del tratado que por la feliz inspiración de Jonte llevaba la profética denominación de *La Primera Unión del Sud,* y que fué en realidad en América Meridional la única que quedó formalmente realizada y la única de resultados eficientes y grandiosos, antes y después de las farsas teatrales de Bolívar sobre presuntas alianzas continentales.

Para hacer entrar por estas ideas á la mayoría de los *pelucones* de Santiago, que participaban del gobierno, yá como miembros reales de él, yá por su influencia notoria en la aristocracia chilena, Jonte había aconsejado el *argumento del garrote,* -- lo que le costó

las antipatías profundas de todos ellos, la resistencia que opusieron sordamente á su noble ardimiento patriótico, y por fin, su regreso á Buenos Aires. San Martín debía sonreir alegremente al escuchar de labios de aquel fogoso heraldo de Mayo, las alarmas que en el seno del gobierno saavedrista ó *de los diputados* produjo su proposición de imponer á *garrotazo* limpio entre los rehacios de Santiago, la guerra al virrey del Perú y la franca adhesión del gobierno chileno á los principios de la revolución de Buenos Aires (*).

José Gregorio Gómez y Orcajo, llamado por San Martín y sus íntimos *Goyo Gómez,* famoso después en todo el continente por su patriotismo y las prendas genuinamente argentinas de su franco y leal carácter, debió corroborar y ampliar con datos y antecedentes valiosísimos para el futuro Libertador las informaciones de Jonte, por que desde Julio de 1810, en que trató los primeros chilenos en Mendoza, había corrido del otro lado de los Andes las más novelescas vicisitudes de la hora crepuscular de Chile, tratando y conociendo de cerca todas las capas sociales, des-

(*) Correspondencia de Jonte al gobierno de Buenos Aires, Octubre de 1810. (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores).

de los más altos *coronados,* como llamaba en su pintoresco lenguaje, á los obispos y sacerdotes, hasta la ínfima gleba de *rotos,* pasando por el estado intermedio de civiles y militares revolucionarios, de realistas francos y *pelucones* indecisos.

Campechano cuando las circunstancias lo requería, pero correcto, con un natural *don de gentes* que hacía simpática su alta figura de plácida fisonomía iluminada por unos ojos claros, siempre sonrientes; sagaz y medido en sus empresas, observador y de un innato sentido práctico que lo ponía siempre sobre la acción, -- de un patriotismo y desinterés á toda prueba, -- fué elegido por la *Junta de los siete* para pasar á Chile llevando los secretos de la revolución de Buenos Aires, y se dió tal maña, no obstante haber caído en poder de las autoridades españolas de Santiago, que antes de dos meses de estadía en aquel país, ya conocía á sus hombres principales, -- había predicho los caracteres que tomaría allí la revolución y, mezclándose con la masa del pueblo, tomábale *el pulso* como soldado y se ponía de acuerdo con Jonte, unos meses después, sobre la conveniencia de *enganchar* infantes entre los *rotos,* para engrosar las fuerzas del Alto

Perú, bajo la égida de los oficiales y soldados de las provincias argentinas.

Todo cuanto San Martín escuchase de labio de estos dos patriotas, unidos á su persona por la más noble amistad, merecía su completo crédito, pues que era trasunto fiel de lo que pasaba á la sazón en Chile, porque de mediados de 1810 á comienzos de 1812, nada había cambiado substancialmente en aquel país.

Nicolás Rodríguez Peña, Chiclana y Paso, como miembros de los diversos gobiernos patrios, y como sus representantes en la campaña del Alto Perú, respectivamente, poseían todos los detalles y las circunstancias íntimas de los azarosos sacrificios consumados por las Provincias Unidas en aquellas lejanas regiones. Ellos debieron instruirle exacta y minuciosamente de la magnitud del desastre sufrido por la primera gran expedición contra Lima en la traición de Guaqui; (*) de las estupendas dificultades y penurias que vencer para llegar á dicha capital por aquella ruta; del espíritu y carácter especiales

(*) Algunos historiadores han llamado al desastre del Desaguadero ó de Guaquí, "la sorpresa". Nosotros pensamos, apoyados en documentos fehacientes del mismo gobierno realista del Perú, que aquel fué el resultado de una verdadera traición meditada por Abascal y Goyeneche desde dos meses antes del suceso.

de las poblaciones altoperuanas, y de las ingentes sumas invertidas hasta entonces en el sostenimiento de los ejércitos del Norte. El espíritu de San Martín debió ensancharse y aclararse ante la palabra de estos compatriotas, y su visión genial, su clara y firme visión de vencer á España en América, hiriéndola en Lima por el camino de Chile y el Pacífico, debió confortarse ante la base de aquellas revelaciones, como el ala del cóndor, cuando tomando impulsión en el ensayo, encuentra el apoyo del aire y se lanza á sus dominios.

*
* *

Si las informaciones íntimas de sus amigos predilectos le daban á conocer el espíritu de la Revolución en aquellos momentos, infiltrando á su alma los rayos de luz que su secreta visión necesitaba,—los decretos del ejecutivo, las resoluciones administrativas y políticas, así como las proclamas y las publicaciones oficiales, diéronsela á torrentes, abriendo á sus ojos de clara penetración el cuadro de una evidente independencia política que manifestaba sin reato su ardorosa existencia, aún bajo las simulaciones que las conveniencias diplomáticas exigían en aquella hora crítica.

En el preciso número de la Gazeta que

anunciaba su arribo á la patria, halló estos sugerentes conceptos que solicitaban hondamente su meditación: "Siglos ha que calculaban los mejores políticos la revolución general de las colonias españolas, y el trastorno de su metrópoli: los acontecimientos del mundo conocido especialmente desde la mitad del siglo XVIII, eran un presagio cierto de esa época suspirada por todas las almas sensibles. Debió llegar, y llegó luego que Fernando VII *fué proclamado último rey en la dinastía de los borbones.* Desgraciado príncipe! El vino á pagar los crímenes de sus ascendientes, y *sus contrastes pusieron en nuestras manos la llave del destino á que éramos llamados*: como á hombre yo lo compadesco... pero como á rey... ¡Ojalá no quedara uno sobre la tierra y se borrara aún la memoria de lo que significa esa voz!"

Es sabido que San Martín, como todos los militares de la época y la inmensa mayoría de los patriotas civiles, miraba con repugnancia la máscara fernandina que encubría por conveniencias diplomáticas los actos oficiales de la revolución; pues bien, el mismo artículo esclamaba: "sigamos con la máscara de Fernando VII, dicen algunos: las circunstancias no permiten otra cosa... ¡Oh circunstancia, cuando dejaréis de ser el pretesto de

tantos males!"... Y en el número siguiente, en un escrito magistral que auspiciaba la urgente necesidad de la reunión del Congreso, pudo leer exortaciones de esta naturaleza: "El éxito de nuestras armas, la disciplina militar, la administración interior, la opinión pública, la energía y el orden, todo está íntimamente unido á la deliberación de la próxima asamblea. El pueblo la espera con un deseo inquieto, y si su esperanza puede ser un principio de cálculo, yo diría que va á empezar una nueva serie de acontecimientos felices: *yo diría que la victoria nos llama* y que los ejércitos están ya sobre el vestíbulo de su templo, yo diría que el espíritu público vuelve á su turno, y *que la patria al fin va á sentarse sobre el trono que ocupaban los déspotas*... Estamos en el caso de apurar todos nuestros esfuerzos: la pluma y la espada deben estar en acción contínua, y ojalá no fuera preciso emplear más que la pluma: pero nuestros enemigos se obstinan; se muestran sedientos de nuestra sangre y es preciso destruirlos ó consentir el exterminio de la patria".

Una de las grandes vistas políticas de San Martín, y que obedecía á generosa inclinación de su alma, era el sentimiento de la unidad americana, que lo inducía á ver hermanos de

causa común en todos los hijos del continente, tal como había implicitamente jurado en la Logia Lautaro al abandonar el suelo europeo para venir á ponerse en obra bajo el sol de la patria; y ese mismo sentimiento le salía al encuentro, brillando en todos los actos de gobierno y particularmente en una de las páginas más bellas, más trascendentales y honrosas que han producido las juntas revolucionarias que siguieron á los días de mayo, — como es la fórmula de la carta de ciudadanía argentina redactada bajo el gobierno del noble y enérgico Chiclana, de Pueyrredón y Rivadavia, en Julio de 1812.

En esa fórmula con que el *Estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata* acordaba su ciudadanía á quienes estimaba dignos de ella, expresaba que tenía por tales á los que habían dado *pruebas positivas de su adhesión á la causa santa de la libertad del pueblo americano,* exponiendo además su vida y su fortuna en defensa *de los derechos de esta capital y provincias libres de la Unión, — y protestando sus ardientes deseos de formar una parte de la gran familia americana".*

He aquí, como el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, es decir, el gobierno del país argentino, que había circunscripto su límite jurisdiccional, en lo adminis-

trativo y económico, al límite del extinto virreynato, extendía en lo que era de trascendental política y de dignificación humana, por que afectaba á la libertad, — extendía, decimos, su potestad política á toda la extensión de la América, exigiendo á los hombres que venían á ampararse con la ciudadanía de las Provincias del Plata, una *adhesión á la causa de la América* y un deseo de formar parte *de la gran familia americana.*

Y como esta gran familia necesitaba echar las bases firmes de su futura grandeza, el hombre que quisiera hacerse argentino, debía jurar también, *"reconocer la soberanía del pueblo, obedecer á su gobierno, sostener la conservación del sistema, y resistir con las armas cualquier agresión que se intente contra el país por los españoles ó cualquiera otra nación extranjera".* Cuando el severo comandante del Regimiento de Granaderos tomaba en sus manos la Gazeta del 24 de Julio de 1812 y leía esa fórmula en que se contenía de hecho la declaración de la independencia, no solo del pueblo argentino, sino también de todos los pueblos sudamericanos, — el que dijese, al observarlo, que aquella carta y aquel hombre se completaban, habría dicho una verdad histórica que es hoy un orgullo argentino y una honra para la humanidad.

Esa fórmula, que era el trasunto del alma argentina, eminentemente americana en sentido no solo de la raza, sino de su amor por los beneficios comunes á sus hermanos continentales, — fué la que usó el gobierno de las Provincias Unidas desde sus primeros actos, y era la misma que emplearía unos días después al inaugurar el Congreso del 31 de Enero de 1813 ante el cual sus diputados juraron "sobre los santos evangelios desempeñar fiel y exactamente los deberes del sublime cargo á que lo elevaban los pueblos... para *promover la felicidad común de la América*".

El pensativo y rígido criollo encontró también, á su llegada, que se había suprimido el paseo del estandarte real, "por indigno de un pueblo libre"; que se había trocado la cucarda roja y gualda por una escarapela azul celeste y blanca que lucía sobre la visera del kepí en la frente de los soldados argentinos; que se habían cazado los nombramientos de los funcionarios públicos del gobierno español, para hacerlos refrendar por las autoridades del nuevo gobierno; que estaban suprimidos para siempre los ignominiosos *servicios personales,* ni había ya *mita* ni *yaconazco* ni *encomiendas.* También encontró que exis-

tía un canto para las glorias nativas en que se elevaba al cielo el alma argentina, y que la visión profética de la grandeza patria, había requerido el buril de la historia para perpetuar en el tiempo las glorias de la Revolución de Mayo. Y por una hermosa coincidencia, el futuro vencedor de los Andes, el primer capitán de Sud América, leía juntos en la misma página de la Gazeta del 24 de Julio de 1812, los dos decretos ordenando que se escribiese la Historia de la Revolución y que se entonase el canto de la patria en todos los actos públicos. Decía el primero: "Sería ciertamente muy doloroso, que después de los grandes sacrificios que se hacen *por todas partes* (andaban á la sazón nuestros soldados por todos los rumbos de Sud América, por el Alto Perú, por el Sur de Chile, por Misiones, por la Banda Oriental) á la libertad de la patria, quedasen sepultadas en el abismo de lo pasado las glorias de sus ilustres hijos, y *privada nuestra posteridad de unos ejemplos dignos de su imitación.* El gobierno que en medio de las grandes atenciones que fijan todos sus cuidados, no deja de meditar sobre lo que puede de cualquier modo conducir á la *felicidad y á la gloria del pueblo americano,* ha determinado que se escriba la historia filosófica de nuestra feliz revolución, para per-

petuar la memoria de los héroes, las virtudes de los hijos de la América del Sur y la época gloriosa de nuestra independencia civil" (*).

El segundo decreto, tan bello y conceptuoso como aquel, expresaba que: "El pueblo americano será feliz cuando el corazón de cada uno de sus individuos esté tan penetrado de las virtudes públicas, que *pueda mirarse su conducta como un modelo exclusivo de las generaciones venideras"*... y considerando que uno de los grandes resortes de sublimar el alma y acrisolar el patriotismo, es la recordación de las glorias de la patria bajo el influjo de la lírica musical, "era, — decía, — de la mayor importancia, el que en todos los espectáculos públicos se entone al principio de ellos, *con la dignidad que corresponde* la marcha de la patria, debiendo entre tanto permanecer los concurrentes de pie y descubiertos". Pero como la primera cuerda que debía hacerse vibrar era la más dulce y sensible, la del niño, — el decreto disponía igualmente: "Que en las escuelas de primeras letras se cante todos los días al fin de sus distribuciones *un himno patriótico,* y que en un

(*). Fué encargado de este honroso mandato el Rmo. P. Fray Julián Perdriel, quien falleció sin haber dado cima ni aún á la compilación de los elementos necesarios, por causa de achaques que asaltaron inopinadamente su virtuosa existencia.

día señalado, en cada semana, concurran á la Plaza de la Victoria todos los estudiantes de primeras letras presididos de sus maestros, y puestos al derredor de la Pirámide del 25 de Mayo, repitan los himnos de la patria, *con todo el decoro y acatamiento que exige esta augusta deidad de los hombres libres''.*

¿Qué sería lo que estas tocantes manifestaciones del gobierno patriota hablaba en el alma aparentemente imperturbable del hijo de Yapeyú? Y que fulguraciones cruzarían por sus ojos oscuros y profundos,—y que lágrimas de secretas ternuras correrían por el fondo de su pecho al escuchar el 25 de Mayo de aquel año, el segundo aniversario glorioso,—aquel discurso de su íntimo y bien amado Jontes, en que rodeado de un coro de niños y de damas, ponía á Dios por testigo de la justicia de la causa americana y de la firmeza con que juraban todos defenderla hasta sucumbir en la demanda?

El momento histórico estaba, pues, preparado. El programa revolucionario tenía desplegadas sus banderas, y el porta-estandarte de la libertad y de la dignificación humana en el nuevo Continente, velaba á su sombra.

*

* *

"Vengo puramente, dice, á servir á mi Patria y á los intereses de América". Y esta sencilla declaración que pronuncia cuando pisa las arenas de Buenos Aires, es el basamento eterno de su eterna grandeza. Al pronunciarlas no mintió á los hombres ni defraudó á la Historia. Bajó al sepulcro con su juramento cumplido, y la sombra de la lealtad de su alma es el manto de grandeza que amortaja su figura en la inmortalidad.

La rectitud del alma, la honda convicción de los principios morales, la incólume honradez — eso que en la historia de los hombres simbólicos se ha llamado la *unidad de la vida* — no es más que la sintética definición de la virtud: la línea recta comienza y termina en esa deidad, y cuando el hombre no ha salido de ella durante el largo transcurso de su vida, apesar de los embates que asaltan en las revoluciones al que va á la cabeza de los acontecimientos, su grandeza es tan cierta como la existencia del tiempo. La unidad de la vida de San Martín fué una línea recta que no se quebró un solo instante ni en las más insólitas sorpresas que terribles y grandes pasiones tendieron á su paso.

Las mismas bases de su programa político, son la definición histórica de esa unidad: "Unión, Fuerza, y Virtud" es el juramento

que presta en la Logia Lautaro. La *unión* de los patriotas americanos es la unidad del pensamiento redentor, — la Independencia: proclama esa unión como supremo secreto del triunfo y al pensar así, hasta los principios de la naturaleza lo justifican, por que la unión es la ley de la molécula, sin la cual no puede ponerse en movimiento el universo físico; *fuerza* es la manifestación de la vida,—vibra en el rayo solar y fluye en la sabia de la planta que sube por la rama, esplende en la flor y madura en el fruto; la *virtud* es el único fin del hombre por la que valga la pena de vivir la miserable existencia, á cuya sola condición se diferencia de la bestia y perdura en las edades. San Martín cumplió lealmente su juramento: jamás desgarró la familia americana en la más mínima porción del territorio que comprendía sus dominios nacionales, ni arrancó una lágrima á sus hijos en las criminales luchas civiles que abominó con toda la energía de su alma; como fuerte nadie lo superó en el suelo de América, ya se lo contemple en el campo de batalla, ya soportando silencioso la proterva calumnia; ya chocando con la sensual ambición de Gloria, ante cuya falta de virtud se inmola con la serena grandeza de un astro que describe naturalmente su órbita hacia ocaso para no

violar las leyes superiores que señalan una región más alta al imperio de su nombre y de su gloria.

La singularidad de esta virtud, estóica desde sus primeras hasta su última manifestación en el ocaso de su vida, (*) es lo que han expresado sus grandes biógrafos cuando han dicho, con Mitre, que *San Martín no fué un hombre sino una misión... manifiesta en la unidad de su vida y lo compacto de su acción en el tiempo y el espacio;* ó con Vicuña Makena, quien, distinguiéndole de "la prodigiosa multiplicidad de las facultades del genio de Bolívar" dice que *San Martín es la inflexible unidad del genio mismo;* ó cuando Sarmiento lo apellida *la última manifestación de las virtudes antiguas que brillaron al principio de la Revolución de la Independencia Sud Americana,* y por fin es lo que Don Vicente Fidel López enseña cuando define las *virtudes del patriota que se dedica exclusivamente á hacer la independencia de Sud América; hombre maduro, sabio y preparado para todo á los treinta años;*

(*) "Prohibo, que se me haga ningún género de funeral: y desde el lugar en que falleciere, se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento; pero sí desearía que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires". Artículo 4°. del testamento de San Martín.

que imponía respeto, no solo porque se dejaba ver en él la posesión tranquila de sus grandes cualidades militares, sino por la austeridad de la vida y sus costumbres intachables que le daban su sello. He ahí la uniforme y constante virtud de la vida del patriota en que entran por igual medida, el hombre, el ciudadano y el soldado, para fundirse en el molde sublime del apóstol, el día en que su posteridad volcó su arcilla humana en el crisol del tiempo sin que la severa mirada de la historia descubriese un puñado de escorias capaz de desmentir la exquisita pureza de sus componentes morales.

*
* *

Ha jurado luchar con todas las energías de que sea capaz pura y exclusivamente por el triunfo de la independencia americana, y al día siguiente de pisar el suelo de la patria, lo tenemos realizando estaicamente el más penoso de los sacrificios del guerrero: crear al soldado, para hacer ejércitos; modelar la máquina articulada, creando personalmente desde sus piezas más insignificantes, hasta el más alto y armónico conjunto de ''aquella mecánica humana'' que solo considerará perfecta cuando á un leve toque de clarín, vibrando

á unísono el acero y el alma del soldado, se mueva gallardamente hacia la victoria.

Aquí está la primera piedra del edificio moral del Libertador. Sobre ella lo verá la historia levantarse "como las creaciones geológicas de los Andes, en silenciosa magestad" (*).

Cuando el más grande filósofo del siglo de oro de las letras españolas, don Francisco de Quevedo, ofrecía su trabajo sobre Mario Bruto á un soldado de la guerra de Cataluña, inmortalizado en el sitio de Lérida por la férrea esquetes de su disciplina guerrera, le señalaba el camino de la inmortalidad por haber "*coronado su grandeza* más gloriosamente con lo *rústico de la fagina,* que con las *presunciones del laurel,* cuyas ramas mancila la recordación de haber sido ninfa". El juicio de seis generaciones de americanos ha revestido ya, como en su manto definitivo, con esta profunda y poética sentencia la egregia imagen del General San Martín.

Sobre su armadura de soldado y ciudadano impecable no sienta con bastante propiedad la rama del laurel, demasiada liviana "por haber sido ninfa" pródiga de brillo y difusión sobre las frentes ambiciosas de las caricias del renombre: la rama enhiesta del ro-

(*) Vicuña Makena, San Martín y Bolívar.

ble, enjendro del tiempo y símbolo de la virtud fuerte, acompaña la figura "del más grande de los criollos" en su paso por el tiempo y la recordación, bajo la custodia de un pueblo libre que aspira á merecerlo en todos los instantes de su vida. El lo presiente en el fondo de su alma. Jamás un devaneo liviano le hace inclinar la frente para dejarse señir las coronas de ramas y luces fugaces que la ovación entusiasta de los pueblos ofrece á la cabeza de los triunfadores. El resplandor de la gloria momentánea no inturbia ni un instante el tranquilo flujo de sus venas. Jamás aquella diosa lo vió doblar las rodillas á su planta.

Habría despreciado con ruda indignación á quien le ofreciera fundir medallas con su efigie, al revez de lo que hace el caraqueño por inspiración propia, para repartirlas entre sus servidores que desgarran luego su obra efímera y la entregan al ludibrio de miserables pasiones.

¡Ningún halago personal endulsará los sacrificios que se impone expontáneamente en servicio de pueblos á quienes no solicita reconocimiento alguno!

¡Ninguna ambición para el presente, ninguna recompensa para el futuro!

Es la ley de la línea recta que gravita en el

fondo de su naturaleza, — y esa línea recta de su conducta, esa honradez ingénita y severa se refleja con rasgos inequívocos en todos los momentos de su vida, y culmina en los más graves y trascendentales que le toca presidir, observar ó resolver.

Su estilo entonces es un trasunto de su rígido temperamento militar. Su pensamiento es claro, sólido y va recto á su objeto. Su dicción se hiergue escueta de todo adorno ó disimulo y se imprime en el alma del lector con la energía de un surco tajado en piedra á golpe de acero. Oigámosle hablar en una de las horas más espectantes y solemnes de la independencia americana.

Hállase en pleno camino de sus grandes sacrificios. Por ellos vá recto á la inmortalidad de su nombre, pero no hay en su actitud ni la vislumbre de un rasgo que deje sospechar la debilidad de una ambición liviana ó una vanagloria personal.

Belgrano y él, el coronel San Martín, han sido en primer término las dos figuras elegidas por el Congreso soberano de 1816 para poner al frente del gobierno ejecutivo: ambos declinan todo trabajo á su favor y el congreso elije al general Pueyrredón, el 3 de Mayo (1816) Director Supremo de las Provincias Unidas.

San Martín, que no ha querido ni escuchar hablar de su elevación á aquel altísimo cargo que lo alejaría de la dirección inmediata del ejército que disciplina en Cuyo, y que ha estado excitando enérgicamente al Congreso á que declarase la independencia, como base del desarrollo de una política americana, eminentemente continental — escribe á un Diputado de la asamblea soberana estas palabras encaminadas á reforzar otras iguales que dirije al flamante Director Supremo:

"El tiempo es corto. Hay mucho que hacer y las distancias son largas. Es preciso que extendamos nuestras miradas á un horizonte más elevado... Buenos Aires debe ser el centro de los recursos para el Ejército de los Andes...

Necesitamos pensar en grande; si no lo hacemos nosotros tendremos la culpa.

Yo hago estos esfuerzos solo por el bien general (léase, de la América)".

La circunstancia de haber tenido en el Congreso importantísimos partidarios de su candidatura á Director Supremo del Estado, y el recuerdo de haber sido él quien derrocara á Pueyrredón del gobierno del Triunvirato, tres años antes (8 de Octubre de 1812), dieron motivo á que surgieran en Buenos Aires y en Tucumán rumores interesados que lo presen-

taban erróneamente como adverso á la persona y la política del nuevo Director, exhibiendo á ambos como dos entidades desafectas que llegarían brevemente á chocar en el estadio de la política y la administración. Conocido por él uno de estos rumores, escribía al coronel Vicente Dupuy, gobernador de San Luis: "Mendoza y Julio 22 de 1816. ...Muchos de estos que se llaman hombres han creído que la venida del oficial del N.° 8 que me trajo pliegos de Balance... era una trama entre el director interino y yo para no reconocer á Pueyrredón; ca... que ya le falta á uno paciencia para aguantar tanta majadería. En fin, despreciemos estos miserables y hagamos reclutas que es lo que nos interesa. Lo quiere mucho José de San Martín".

No se puede hallar en más hermosa desnudez el alma escuesta del soldado. Esas líneas esterotipan el espíritu del guerrero.

Hemos visto como habla al Director Supremo, veámos como lo hace al Supremo Congreso: "¡Hasta cuando esperamos para declarar nuestra independencia! ¿No es una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón, y por último hacerle guerra al soberano de quien se dice dependemos, y no decirlo, ya que no falta más que decirlo? Para los hombres de corazón se han hecho las empresas. Si esto no se

hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, por que reasumiendo la soberanía, es una usurpación que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir, al rey de España". (*)

La franqueza, la honradez y la lógica del juicio no pueden ser mayores.

Pero volvamos á los primeros días del mes de Marzo de 1812. Durante ellos se ha puesto en comunicación con el gobierno de su patria, y está en vísperas de modelar la primera obra de sus manos. La iniciación es modesta y silenciosa. Acerquémonos á ella.

(*) Carta á Godoy Cruz, de 12 de Abril de 1816.

CAPITULO II

Los Granaderos á caballo. — Psicología de la caballería argentina. — Su ejecutoria. — El Retiro. — El primer escuadrón de Granaderos. — Teoría de San Martín sobre el soldado. — La tabla de Honor. — Los caballeros sin miedo y sin tacha. — La virtud del patriotismo. — La voz de la cuna. — Listos para la prueba.

TODOS AMAN SU PATRIA, Y MUY POCOS TIENEN PATRIOTISMO: EL AMOR Á LA PATRIA ES UN SENTIMIENTO NATURAL, — EL PATRIOTISMO ES UNA VIRTUD. (GAZETA DE BUENOS AIRES, DE 13 DE ENERO DE 1812).

Los Granaderos á caballo son la epopeya de la Revolución de la Independencia, ha escrito Sarmiento, — esta inmensa flor de lúz abierta siempre para el alma argentina en todo estadío donde haya una belleza, una nota íntima, una gloria patria que admirar.

Ninguna consagración más exacta, más sintética y más hermosa que ese enunciado histórico escrito para esculpirse en piedra

granítica sobre la arcada del monumento que, allá en los tiempos venideros, se erigirá á la más gloriosa y singular unidad guerrera que paseara en triunfo la América Meridional.

No se concibe á estos ginetes sin la exaltación del más gallardo y sereno heroismo. Donde ellos se alzan, álzase el valor reglado en el desprecio de la vida y la religión del pundonor y la gloria.

Su nombre evoca en el alma argentina, lo que la *Guardia vieja* en la historia guerrera de Francia. Es la épica de las armas nacionales; el más alto exponente del heroismo argentino; es el toque de clarín que suena anunciándose gloriosamente en las márgenes del Paraná caudaloso y repercute durante quince años de lucha entre dianas triunfales hasta Pichincha, Junín y Ayacucho.

Salen de sus filas decenas de generales y centenares de oficiales superiores que pueblan de caballerescas hazañas los fastos guerreros de la América, y sus correctos escuadrones se cubren de gloria en *San Lorenzo, Montevideo, Tucumán, Sipe-Sipe, Guardia Vieja, Putaendo, Achupallas, Las Caimas, Chacabuco, Talcahuano, Carampangue, Maipú, Bio Bio, Acarí, Pasco, Cangallo, Chan-*

cay, Jauja, Concepción, Lima, Río Bamba, Pichincha, Torata, Moquequá, Junín, Ayacucho!

La fama que como un nimbo de grandeza precedía á guerreros semejantes, impúsose en todo el continente á su contacto con los soldados de Bolívar, que al ruido de las victorias argentinas venían del Orinoco obedeciendo el impulso de una expontánea gravitación histórica: cuando los Granaderos de San Martín pisaron el suelo del Perú y de Colombia, perdieron su nombre de pila en labio de los soldados colombianos y recibieron el de *Granadero de los Andes,* — eufonia majestuosa que nació expontánea del seno de los *Llaneros,* y que por ser trasunto de verdad gloriosa ha pasado á su posteridad y vive hoy consagrada por la Historia.

De estos ginetes que salen de las orillas del Plata con el modesto nombre de Granaderos á caballo y regresan al término de la cruzada emancipadora con el dictado del más gigante accidente geográfico del nuevo mundo, "anunciando que no quedaba un español armado en todo el Continente", se ha dicho que era la obra exclusiva de San Martín, cuyo genio estaba presente en el espíritu de cada una de sus unidades.

Cuando alborozados los pueblos desde Buenos Aires hasta Lima con la primer victoria del ejército de San Martín en la cuesta de Chacabuco celebraban oficios en las catedrales de Santiago de Chile, en Córdoba y Buenos Aires, los oradores sagrados, refiriéndose á los Granaderos á caballo que, fraccionados en distintos escuadrones caen desde lo alto de las quebradas sobre la vanguardia enemiga y la meten á sablazos bajo las masas de su infantería, sembrando la muerte y el espanto por donde alcanzaba el casco de sus caballos, en tanto que los jefes veteranos del ejército español exclamaban: "¿Qué tropa es esa!" — la voz *prodigio* resonó simultáneamente á ambos lados de los Andes, desde lo alto del púlpito sagrado, — *¡prodigio!* exclamó la pluma de sus publicistas en la prensa, —*prodigio* repitieron los Congresos y Asambleas del Plata, de Chile, de los Estados Unidos del Norte, — *prodigio* escribieron en la Historia los pensadores europeos. Y sin embargo, aquella proeza era solo un ensayo en conjunto con que los Granaderos quisieron responder á la confianza de su creador el día en que, como Generalísimo del ejército libertador de Chile los puso á la cabeza de las columnas de vanguardia para anunciar á Marcó y Marato la visita de su General. La

epopeya recién comenzaba, y ya el renombre de su singular grandeza guerrera conquistaba de un salto el escabel de la fama dentro y fuera del continente.

*

* *

¿Quiénes son estos fabulosos ginetes? ¿Cuál el secreto de esa arcilla humana que se templa al fuego de un genio superior y responde al gesto de su brazo como la luz al rayo? Ese soldado sin rival es el *criollo* de las ciudades y el *gaucho* de las campañas argentinas que, obedeciendo á su espíritu dilatado por horizontes morales que no estrecha el servilismo y exalta, por el contrario, una ingénita rebeldía, ha montado á caballo en esta parte de América dejando á pié al español que lo introdujo. El caballo era el elemento que necesitaba el espíritu enérgico, personalista, y por lo mismo, independiente del criollo. Cuando se apodera de él por primera vez, su naturaleza moral se complementa y el dominio de su tierra y de su vida le pertenecen. Desde ese día la valla de las leyes y la autoridad tiránica del monarca que pone freno á la colonia, serán un grillo material á sus miembros, pero jamás la rienda de seda en que la mansa aquiesencia del ciervo convierte las cadenas

que le reatan. Acostumbrado "á mirar desde arriba y tragar distancias" donde los pagos que recorre se escalonan á decenas de leguas, su horizonte es el del águila y el valor personal el aire de sus pulmones. Esta forzosa connaturalización de elementos no podía operarse sin su dominio del noble bruto, por eso el caballo es el resorte fundamental de su vida. Es su vida misma. Y como ésta se desenvuelve libre y enérgica á través de vastas regiones, con el hábito de vencer los peligros que le amenacen, ya vengan del hombre, las fieras ó la naturaleza, — todo lo que sea dilatarle el campo de acción encontrará en el gaucho el resorte ágil y varonil que realizará la empresa. Originalidad tan característica de esa raza debía tener forzosamente su lenguaje propio, y por eso el criollo monta siempre un *pingo,* mientras ve al maturrango invariablemente en miserable *mancarrón.*

Ambas expresiones íntimamente apegadas al espíritu de la campaña argentina, no son de léxico español sino de invención exclusivamente americana.

El *sarrazeno,* el *chapetón,* el *godo,* el *gallego,* el *maturrango* ramplones, no pueden ginetear en *pingos,* porque entonces serían *gauchos, criollos, jinetes* cabales, y desde lue-

go quedaría sin aplicación el desecho de su ganado caballar, — el *mancarrón,* que adjudica á aquellos con lástima. De aquí su desprecio por la caballería española durante toda la guerra de la Independencia. Y de aquí también por qué los *gauchos,* caballeros en esos corceles y convertidos en *regimientos,* fueron la vanguardia de los ejércitos argentinos que llevaron por toda la América la bandera libertadora.

El *criollo* puesto á caballo sobre la pista de su libertad política tenía fatalmente que conquistarla, porque era invencible frente á los recursos y las fuerzas que podían oponerle á la sazón sus dominadores. Era lógico, pues, que el *Primer Criollo de la América* montase á sus paisanos sobre su resorte natural y que ajustando las piezas de aquella armadura viviente, rápida y fulminante como el rayo, le diera el férreo temple de su alma y la lanzase por "las Américas" (*) á libertar esclavos y fundar naciones. San Martín, como organizador y guerrero, buscó y utilizó la fuerza natural que debía buscar y utilizar para la consumación de su obra in-

(*) En el lenguaje de los viejos soldados de la Independencia y aun después de la guerra con el Brasil, "las Américas" expresaba las grandes secciones y comarcas continentales que habían recorrido desde el Plata al Pacífico, de Este á Oeste, y desde los cerros de Paraguarí hasta el Pichincha, de Sur á Norte.

mortal. Y en este acierto de su intuición guerrera, se ve la chispa del genio creador que la naturaleza había preparado generosamente. Es sabido que la guerra, como arte y aun como hecho espontáneo, no es igual en todos los tiempos ni en todos los lugares. Independientemente del hombre, de su educación moral y su temperamento físico,—la tierra, el clima, las distancias, los accidentes naturales; la condición geográfica, en una palabra, requiere su tipo propio; — y la inteligente adopción de él, forma el rasgo característico del genio guerrero del lugar, que debe contener forzosamente el secreto de la victoria.

En las abiertas y dilatadas llanuras argentinas, como en las "abras" de sus inmensos bosques y los "senos" de sus innumerables corrientes de agua, el rápido y seguro dominio de las regiones tenía que ser la gran ley de los sucesos militares. En el estado actual del mundo, el dominio de la locomotora y del eléctrico son la llave maestra de la estrategia preparada desde el gabinete militar, porque por su intermedio se dirige á voluntad, donde es requerido, el rayo aniquilador. El caballo manejado por el gaucho hecho soldado fué entre nosotros la locomotora y el alambre eléctrico que condu-

cía los incidentes de la lucha á través de pasmosas distancias, sin que se cortase el hilo ni se apagase el fuego en las entrañas del centauro. El hombre dueño de ese temple, ese vehículo y aquel horizonte, jamás podía ser un ciervo miserable. Esta fué la íntima y enérgica convicción del general San Martín, desde que pisó á su primer regreso el suelo de la patria, hasta que se extinguió su vida. Conocía, además, las páginas gloriosas que correspondían á la caballería criolla desde el día en que la planta del invasor extranjero había hollado las riberas del Plata, de donde no pudo pasar.

*
* *

Los antecedentes de la caballería argentina que precedió á la creación de los Granaderos, son tan brillantes cual lo podría exigir el pueblo más avanzado del siglo XVIII, en cuanto á disciplina y á la dignidad profesional de las armas, — dignidad y disciplina adquiridas merced al brillo y distinción de la oficialidad encargada de imprimirles su carácter. El cuadro de oficiales que inauguró en 1806 el primer escuadrón de caballería patricia, estaba formado por el núcleo de los jóvenes

más distinguidos de Buenos Aires, como que eran los únicos á quienes se les había confiado el secreto de la "Reconquista". La República Argentina nacía con dignidad á la vida libre y era lógico que sus manifestaciones más visibles, — como la creación de sus ejércitos, — surgiesen con el rasgo de elevación que estaba en todas las cosas creadas por sus manos.

Hasta 1806 no conocían nuestras provincias otros cuerpos del arma de caballería que los lanceros apellidados "Escuadrones de Blandengues", constituídos con gauchos del litoral que formaban la masa característica del cuerpo, con sus virtudes y sus vicios levantiscos, y algunos "maturrangos" sacados de las cárceles por las autoridades españolas, para hacerles purgar sus delitos en las fatigas de campaña.

Este rudimento del arma después famosa, sólo servía entonces para los fines humildes á que se la destinaba: el cuidado de las fronteras y el de la policía suburbana y de campaña, siendo lo más frecuente que sirviese en el vasto litoral del Plata, Paraná y Uruguay, como freno morigerador del contrabando. Eran, en una palabra, y con más propiedad definidos, "escuadrones de policía

fronteriza y costanera", — como la llama un cronista de la época, — que no poseía ni la constitución ni el temple de los cuerpos veteranos. Carecían, pues, de la disciplina y peculiar contextura de los cuerpos destinados á disputar la victoria con ejércitos militarmente montados.

La formación de tales cuerpos le estaba reservado á los gobiernos de las Provincias Unidas. Un estadista - general, — de preclara memoria, — hombre de alcurnia y distinción, don Juan Martín de Pueyrredón, fué quien echó las bases de la caballería argentina, creando casi con su sólo peculio, bajo reglas científicas y de personal decencia y hombría, el primer regimiento digno del nombre de aquella brillante arma, que el pueblo de Buenos Aires, entre los fulgores de su triunfo, bautizó en 1806 con el apellido de su creador y comandante. Los *Húsares de Pueyrredón* son la pila de limpio acero en que nacen á la vida de la gloria aquellos guerreros argentinos que la historia y la leyenda han llamado "los centauros de la Independencia Americana". En los *Húsares* se vieron por primera vez en Sud América, el brillo, la decencia y la corrección en la per-

sona y el traje del soldado de caballería; la disciplina y el talante militar (*).

Los *Húsares* habían entrado á la Plaza Mayor — desde ese instante de "la Victoria" — arrollándolo todo á su paso, acaudillados por un paladín brillante que representaba junto con sus oficiales, la crema y nata de la sociedad porteña. — Hermoso, prestigioso y de varonil arrogancia, rico y caballeresco, en plena florescencia de la vida, era el comandante de los húsares una figura digna de dejar con su nombre el basamento de la que sería famosa caballería de la patria. La diosa Phalas, de visión profunda, había dispuesto que planta tan noble no decayera. Frente al comandante Pueyrredón se levantaría en breve el comandante San Martín; á los *Húsares* sucederían los *Granaderos;* y frente á las primeras victorias, surgiría la epopeya. Los caballeros sin miedo y sin tacha que vinieron á vestir el famoso dalmán de Granaderos, podían llevar sin mengua la mano á la visera para

(*) El lujo, la disciplina y el buen talante de ese cuerpo y el de los "Dragones de la Patria", creado en los días subsiguientes, llamaba la atención aun de los militares europeos. Su nombradía se hizo famosa, constituyendo el orgullo de Buenos Aires. — F. Seguí, "Los últimos cuatro años de la dominación española en el antiguo Virreinato de la Plata". — Ignacio Núñez, "Noticias históricas de la República Argestina".

saludar á los hermanos predecesores de su arma: allí andaban todos por los cuatro vientos del Virreynato haciendo á sablazos la libertad de América,—apellidábanse Pueyrredón, Balcarce, Martín Rodríguez, Núñez, Alcaraz, Luca, Chiclana, Vivas, Castex, Diego Herrera y cien más, todos de los llamados por la sociedad de entonces "jóvenes decentes", que hacían el lustre y buen tono de los severos salones de nuestros antepasados

Surgieron después de estos *Húsares* y antes de los Granaderos, los no menos famosos *Dragones de la Patria,* que durante tres años se bate frente á los muros de Montevideo, hasta caer rendida la plaza, para seguir luego la bandera de la patria en sus lejanas campañas. Tras estos vinieron los *Decididos,* que levantan sus gallardías guerreras en el norte argentino, cuando hubo que oponer barrera insalvable á las tropas vencedoras de Goyeneche. Los *Húsares,* los *Dragones* y *Decididos* fueron en los gloriosos albores de la caballería argentina, los cuerpos que concentraron en sus filas el mayor número de oficiales y soldados de distinguida alcurnia.

Rara era en Buenos Aires y los otros pueblos del litoral la familia distinguida de patriotas que no tuviera entre los dos primeros cuerpos algún miembro suyo en la clase de

jefe, oficial ó simple soldado. Del tercero ha dicho el General Paz, anotando las memorias de Belgrano: "Los *Decididos* eran mozos decentes de Tucumán y Salta".

Así se manifestaba el patriotismo argentino en los días de su revolución emancipadora, — y tales fueron los antecedentes que halló el General San Martín sobre la caballería de la patria, cuando vino á imprimirle con los Granaderos su sello definitivo (*).

*
* *

Rememoramos á un siglo de distancia la creación de los Granaderos, esta primera manifestación del patriotismo del General San Martín, y gracias al amor con que las generaciones sucesivas han conservado los antecedentes de su nacimiento sobre el escenario de la patria, podemos hoy, á pesar del tiempo transcurrido, seguirlo de cerca y paso á paso, con la más rigurosa comprobación histórica, á través de su primera labor en servicio de la libertad de su tierra. Esa labor es aparen-

(*) Los otros regimientos de caballería que en 1815 formaban el número de 9, — y algunos con más de 900 plazas, como el mandado por el coronel Ramón Rosendo Fernández, — si bien tenían á su frente una brillante oficialidad, estaban constituídos en su mayoría por voluntarios y enganchados entre la población común.

temente obscura y sobre todo ordenada, persistente y modesta, sin más ostentación que la manifestada por la existencia natural de las cosas humanas, en un momento y un estadio profundamente agitados por la Revolución.

Corría el quinto día de aquel en que pisara *el muelle* de Buenos Aires, cuando el General Don Francisco Javier de Viana y el coronel Don Marcos Balcarce, autoridades superiores del Estado Mayor del Ejército patriota, se dirigieron al Gobierno en una breve nota, manifestándole la presencia en el país de "Don José de San Martín, que en el ejército de España había servido de Comandante en el Regimiento de Dragones de Sagunto... y que las noticias extrajudiciales que se tenían de este oficial lo recomendaban á ser colocado en un destino donde sus conocimientos en la carrera le facilitaran la ocasión de poderse emplear con la ventaja que puede producir su instrucción (*)".

He ahí la forma en que el gobierno de las Provincias Unidas tiene conocimiento oficial de la presencia en Buenos Aires del hijo de Yapeyú, y de los antecedentes militares que lo habilitaban para merecer la honra de servir en los ejércitos de la patria.

Simultáneamente con esta presentación, de

(*) Véase la nota en el apéndice.

fecha 16 de Marzo, el comandante San Martín debió hablar con los miembros del Gobierno sobre las vistas que había cambiado con las autoridades del Estado Mayor para llenar las necesidades inmediatas del ejército de la Capital, porque al día siguiente, 17 de Marzo, le presenta el plan de la creación de un "Escuadrón de Granaderos á caballo", cuyas bases, en lo relativo al sueldo de la oficialidad y la tropa, estaban calcadas sobre la organización del Regimiento de Dragones de la Patria. Examinado el plan por el Ministerio de guerra, el 21 del expresado Marzo, en breve decreto el gobierno dió vida legal al que iba muy pronto á ser, no un escuadrón, sino un Regimiento de Granaderos á caballo, é inmediatamente el comandante San Martín se pone á la obra, pidiendo venia para elegir el lugar donde había de cuadrar su primer pelotón de reclutas.

*
* *

A nueve cuadras al norte de la Plaza de la Victoria, había un espacio de terreno despejado, de *pampita,* extendido sobre una pequeña loma, abierta completamente de toda arboleda ó edificios hacia la parte del Río y que estaba separada de la Ciudad por un an-

cho zanjón cubierto de matorrales, que corriendo del poniente á naciente desembocaba en el Plata al pié, precisamente, de una alta barranca que determinaba en el lado opuesto á la ciudad el comienzo de la altura que describimos.

Sobre el costado norte de esta explanada se alzaba un amplio edificio, antigua residencia española conocida con el nombre de *El Retiro,* que la Gobernación colonial convirtió en cuartel de tropas regladas, sin duda para mantener en vigilancia los *asientos de negros,* explotados por poderosas compañías inglesas, y cuya extensa *barriada* se extendía de allí hacia el noroeste costeando las barrancas del Plata (*).

Al costado derecho del cuartel, la famosa quinta del Brigadier Don Miguel de Azcuénega dá al lugar la nota de un fresco oasis, con sus sendas flanqueadas de naranjos, sus bosques de durazneros, sus madreselvas y sus dilatados cercos de ramosa pita; y allí cerca, cuadrando un lado del campichuelo, la fábrica de aguardiente del *angloargentino* Don Juan Thwaites, y otras casas quintas que

(*) En el Archivo General de la Nación existe un plano del siglo XVII, donde están marcadas las manzanas que constituían el asiento de aquel triste comercio.

en el estío dan animación al lugar con la presencia de sus alegres moradores.

Por fin, dominando la curva saliente hacia el río que formaba esa eminencia, en la parte más alta y avanzada de la barranca, mostraba la negra silueta de sus seis gruesos cañones una antigua batería, asentada en el mismo lugar donde en los días próximos á la época de la conquista se levantaba una capilla llamada "De San Sebastián" (*).

Ese fué el lugar elegido por el comandante San Martín para organizar sus escuadrones de Granaderos á caballo. La tradición de otros cuerpos de la misma arma le tenía señalados otros puntos como *Barracas* al sud, y *Miserere* al oeste de la Ciudad, dos lugares propicios al mantenimiento de los caballos y fácil

(*) Curiosa es y no carece de poesía la propensión que en esta parte de América han mostrado los advocadores de "San Sebastián", de erigir sus capillas y ermitas sobre los cabos más salientes á las aguas. La "punta" de la barranca del Retiro donde elevaron su capilla, era entre todas las barrancas de Buenos Aires la más avanzada sobre el Plata. Paraná arriba otra ermita, hacia el siglo XVII, reflejaba su humilde campanil en las aguas del río, desde la más saliente de siete "puntas" de tierra que, formando otras tantas corrientes, cerca de la confluencia con el Paraguay, dieran nombre á la ciudad de Vera. ¿Quiénes eran estos ignotos sacerdotes que se alejaban del centro de las poblaciones, para evocar junto á los ríos argentinos, con modesta esquila al simpático y joven mártir cuyo nombre no puede separarse de la dulce piedad de Irene y de Lucina?

racionamiento de las tropas, pero él eligió resueltamente ese lugar, como el más propio en todo sentido, á los fines de la nueva y severa escuela militar que venía á implantar.

Allí, cerca del ambiente culto de la ciudad, — con un cuartel confortable y suficiente para el decoro de sus oficiales y su tropa, ofrecía á sus soldados en las horas del descanso la grata sombra de las quintas y arboledas naturales que se esparcían á espaldas del cuartel, camino á las pintorescas poblaciones costaneras extendidas hasta San Isidro, — y á su frente la vista majestuosa del Plata, por cuyas anchurosas aguas podían distender libremente la mirada.

Mientras sobre el terreno se levantaban los corrales á espaldas del cuartel para los primeros caballos donados por los patriotas de la campaña de Buenos Aires y se abría hacia el río una hermosa avenida para abrevadero entre la barranca de la Batería y el cuartel, el *Comandante* pasaba revista silenciosamente por los cuarteles á las tropas que los coroneles Ocampos y Ramón Balcarce habían traído del interior y el litoral, respectivamente; observaba en los ejercicios á los *voluntarios* de la capital; tomaba nota secreta de la conducta moral y la capacidad militar de la ofi-

cilidad residente en ella y escribía los basamentos de la tabla guerrera en que había de modelar el alma de sus soldados.

Inmediatamente la mirada de la Capital fulyó hacia el lugar donde el agudo acento de los clarines apagaba en el alba otoñal el eco de las campanas de Buenos Aires. La salutación habitual de la ciudad colonial al Dios de las alturas, al despertar de cada día, parecía substituirse por la música guerrera de aquellas fanfarras y toques estridentes de combinados clarines. El nuevo sentimiento de liberalismo que había conmovido en sus cimientos la Capital Argentina, parecía cobrar más atrevidas y pujantes alas en aquel ambiente caldeado por hondas conmociones y terribles peligros del año 12.

La *Academia* en el salón principal del cuartel, el *picadero* á su espalda, y el *campo de maniobras* en la plaza del frente, absorvían las horas del día y de la noche del circunspecto *criollo* cuyo nombre comenzaba á pronunciar con inusitado respeto la población de Buenos Aires.

Iba á formar soldados continentales, los libertadores de varias y lejanas naciones, y escogió con cuidado los resortes de la empresa, tomando los elementos que debían pasar por

todas las pruebas de que es susceptible la naturaleza humana, saliendo airosamente vencedores de todas ellas, por grandes y difíciles que fueran.

Al asomar Abril comenzaron los primeros cuadros de reclutas á llenar la plaza del Retiro con sus rumores guerreros. Esos neófitos del heroismo disciplinado eran dignos del maestro. Sanos, ágiles y vigorosos, — jóvenes todos, — allí estaba aquel plantel de soldados americanos representando con sus ejemplares más hermosos á todos los pueblos argentinos desde Cuyo hasta Corrientes. Todos habían sido personalmente elejidos por *El Comandante,* y todos respondían gallardamente á las fatigas que les imponía desde el alba, hasta más allá de la hora en que la extinción del día llama á reposo la naturaleza; pues con la noche venían las clases de academia, en que se teorizaba la enseñanza cotidiana recibida en el *campo de maniobras.*

Todos estaban tocados de la chispa genial de su jefe y su misterioso influjo era el hilo conductor de aquel temple militar que no conocía la palabra fatiga. "Desde que San Martín tomó bajo sus órdenes los reclutas y piquetes de otros cuerpos destinados á formar el regimiento de *Granaderos á caballo,* la Pla-

za del Retiro, y por eso, *Plaza de Marte*, tomó un aspecto interesante de actividad militar. A todas horas del día no se oía allí más ruído que el clamor estridente de los clarines. Convertido el piso en una pampilla llana y abierta, cuya carácter severo y muda extensión hacia el vasto horizontes del Plata se ha hecho desaparecer con un pésimo gusto y con olvido de lo que correspondía á una de nuestras más hermosas tradiciones, no afrecía entonces á la vista, desde el amanecer al anochecer, otra cosa que grupos de granaderos á caballo ensayándose en el arte de vencer.

En el centro, los unos hacían temblar la tierra al desatar cargas de frente con la furia del huracán. Otros ejecutaban más allá las evoluciones difíciles de la estrategia ó aprendían técnicamente el manejo del sable; y en un rincón más apartado trabajaban constantemente los picaderos dedicados á formar el caballo de guerra". (*).

*

* *

El soldado es para él la contraposición del simple combatiente, por heróico que este sea

(*) Vicente Fidel López. Historia de la República Argentina, tomo IV, folio 119.

Para que ese artífice de la victoria guerrera sea digno de su nombre, el *soldado* debe ser ante todo y por todo una entidad moral, característica é inconfundible con los otros tipos del arte humano. Su porte debe ser el de una grave y severa hombría, y su alma en trasunto de su porte: esta entidad moral será perfecta teniendo por regla la disciplina más rígida é inquebrantable, por fundamento el sacrificio de la vida en aras de la Patria, y el honor por alma. El soldado debía salir de sus manos hecho de una pieza, como el bloc fundido sale de su molde, cabal y definitivamente modelado.

San Martín decía con firmeza: "El soldado se forma en *cuarteles ó campos de instrucción*..... Sepa usted que cuando el número de los reclutas es mayor que el de los soldados en campaña, hasta ahora he conocido en los fastos de la guerra el que los reclutas se formen soldados en un ejército de operaciones". (*).

Confirman estos juicios la amarga advertencia que escribía al egregio Dupuy en 1816: "si no hacemos las cosas en grande y como es debido, tendremos que hacer *guerra con gauchos*". Muy pocos sabían como él la im-

(*) Carta de San Martín á Godoy Cruz, de 15 de Mayo de 1816. (Arch. S. M.).

portancia guerrera del gaucho, pero lo tenía por la negación de la disciplina.

De ahí que donde quiera lo llevó la campaña emancipadora de América, allí sentó é ilustró su recuerdo de ínclito soldado con un *cuartel ó un campo de instrucción*. (*).

El *Campo de Marte* (Retiro), en el Plata, *La Ciudadela* en Tucumán, El Campo del *Plumerillo* al pie de Los Andes, la *Hacienda de las Tablas* y *Santiago* en Chile, los cuarteles de Lima en el Perú, son lugares que se levantan ante la posteridad como gloriosos testigos del genio grave y disciplinado de este soldado que iba sembrando escuelas del arte de vencer con dignidad á través de las comarcas por donde llevaba la enseña emancipadora.

Grato es y feliz para el alma argentina rememorar el centenario de la primer victoria del general San Martín, teniendo por testigo de sus fatigas á sus mismos oficiales, colabo-

(*) Grande era la importancia que daba el Libertador á esa paciente "fagina de la Gloria", de hacer soldados y completar maestranzas. Decíale al comandante Corvalán en 1815, con motivo de negarse á la solicitud que éste le hiciera de abandonar la jefatura de la Maestranza del ejército de Mendoza, para incorporarse al ejército: "La gloria de servirla (la Patria) es una misma. Tanto trabaja usted en su defensa forjando en Mendoza los instrumentos de ella, como lanzándose al frente de sus enemigos".

radores gloriosos de su obra, que se erguían en la ancianidad, como en un día de batalla, cada vez que recordaban su nombre de *Granaderos á caballo*, para hacer materialmente la venia á la sombra de su viejo *General*. El honorable y bravo coronel Melian escribía bajo las canas de su altiva cabeza de soldado de los Andes:

"Apenas llegados los reclutas que mandaban las provincias, rivalizando en patriotismo, se procedía inmediatamente á su instrucción entre los oficiales...., sin que pudiera decirse que los unos trabajasen más que los otros. *El general San Martín, el primero era nuestro émulo. Tomaba un recluta y lo aleccionaba, á comenzar desde los giros.* Disciplinamos y amaestramos el Regimiento de Granaderos á caballo hasta ponerlo en pie de guerra de más de 800 hombres, *de una manera que aseguro con orgullo que la América del Sud ni tuvo ni tendrá tropa más instruída, ni más valientes que aquellos soldados modelos de subordinación y bravura.* Díganlo sus hechos, y diga la patria cuantos laureles cortaron con sus sables para tejer la corona que orla la frente de la Nación Argentina". "San Martín *escogió lo más florido de la juventud* para oficiales subalternos. Alvear, Za-

piola y Larrea (R) eran sus oficiales superiores. Con esta base unida á los talentos de su jefe, *en muy pocos días sorprendió aquel cuerpo al pueblo de Buenos Aires haciéndole ver los primeros soldados en América que podían compararse con los mejores de Europa*''. (*).

*

* *

A la rigidez de la enseñanza táctica en el *Campo de maniobras* que producía aquellos soldados maestros en el manejo de sus armas, típicos por su arrogancia militar, que "llevaban la cabeza erguida con exageración y avanzaban el pecho adelante con altanería y no daban vuelta la cara sin volver el cuerpo entero'', cuyo aire los hacía inconfundible entre cien regimientos similares, "que de diez cuadras podía conocerse á la distancia un oficial del ejército de San Martín, por esa transfiguración del aspecto humano, labrada por la dilatación del espíritu, siendo hasta ahora fácil conocer un viejo coronel ó un simple soldado, por la manera de llevar la cabeza á la Saint-Just, mirando más arriba del horizonte''; (**) á esa rigidez decimos, correspondía

(*) Memorias del Coronel José Melián.—"Revista del Paraná".

(**) Sarmiento. — "Viog". San Martín". Obras.

la severidad de la disciplina moral, cuyas leyes constituían *la tabla de honor* que juraba todo oficial enrolado en las filas del cuerpo. Esa tabla, especie de *Decálogo* sagrado de la religión patriótica jurada, era el único código á que quedaban sujetos en primera y última instancia, puesto que de su correcta observancia pendía la permanencia del iniciado en el regimiento. El que se mostrase indigno de sus observancias, era definitivamente juzgado por sus leyes y el oficial cesaba, so pena de su vida, de vestir el uniforme de la patria.

He aquí aquella tabla de acero que fuera escrita de puño y letra por el egregio soldado, á cuya sola vista, en los días que ha corrido ya un siglo desde aquellos en que fuera trazada, se baña el alma en una severa unción, que es reflejo de la perenne supervivencia de una gloria inmortal: *Delitos por los cuales deben ser arrojados los oficiales.*

1°. — *Por cobardía en acción de guerra, en la que aún agachar la cabeza será reputado tal.*

2°. — *Por no admitir un desafío, sea justo ó injusto.*

3°. — *Por no exigir satisfacción cuando se halle insultado.*

4°. — *Por no defender á todo trance el ho-*

nor del cuerpo cuando lo ultrajen á su presencia ó sepa ha sido ultrajado en otra parte.

5°. — Por trampas infames como de artesanos.

6°. — Por falta de integridad en el manejo de intereses, como no pagar á la tropa el dinero que se le haya suministrado para ella.

7°. — Por hablar mal de otro compañero con personas ú oficiales de otros cuerpos.

8°. — Por publicar las disposiciones interiores de la oficialidad en sus juntas secretas.

9°. — Por familiarizarse en grado vergonzoso con los sargentos, cabos y soldados.

10°. — Por poner la mano á cualquiera mujer aunque haya sido insultado por ella.

11°. — Por no socorrer en acción de guerra á un compañero suyo que se halle en peligro, pudiendo verificarlo.

1p°. — Por presentarse en público con mujeres conocidamente prostituídas.

13°. — Por concurrir á casas de juego que no sean pertenecientes á la clase de oficiales, es decir, jugar con personas bajas é indecentes.

14°. — Por hacer un uso inmoderado de la bebida en términos de hacerse notable con perjuicio del honor del cuerpo.

Yo estoy seguro que los oficiales de honor

tendrán un placer en ver establecidas en su cuerpo unas instituciones que los garantizan de confundirse con los malvados y perversos, y me prometo (porque la experiencia me lo ha demostrado) que esta medida les hará ver los más felices resultados, como la segura prosperidad de las armas de la patria.

Nota. — El cuerpo de oficiales tiene un derecho de reprender (por la voz de su jefe) á todo oficial que no se presente con aquel aseo propio del honor del cuerpo, y en caso de reincidencia sobre este defecto, quedar comprendidos en los artículos de separación de él.

Firmaban estas disposiciones, dándole sanción y acatamiento, los siguientes oficiales de los dos primeros escuadrones organizados á la sazón:

Domingo Albariño, Hipólito Buchard, Manuel Soler, Lino R. de Arellano, Ladislao Martínez, Rufino Guido, Carlos Bowness, José María Urdininea, Mariano Necochea, Luis José Pereyra, Anselmo Vergara, Angel Pacheco, Juan Manuel Blanco, José Hilario Basavilbaso.

Códice tan serio debía tener un tribunal excepcional que cuidase de su aplicación. San Martín trazó igualmente de su puño y letra la organización y procedimientos del tribunal

de honor que juzgaría los casos ocurrentes.

Helo aquí textualmente:

Establecimiento de la reunión mensual de los oficiales y cadetes del Regimiento de Granaderos á caballo.

Cada domingo del mes deben reunirse todos los oficiales y cadetes en casa del Comandante del Regimiento. Este abre la sesión por un pequeño discurso en que demuestra la utilidad de tal establecimiento y la obligación que tiene todo oficial de honor de no permitir en el seno del cuerpo ninguno que no corresponda á él.

Concluído el discurso mandará salir oficial por oficial á otra pieza en la que habrá unas tarjetas en blanco para que cada uno escriba lo que haya notado en la comportación de algún compañero.

Concluído esto se levantará el Sargento Mayor ó el Capitán más antiguo en defecto de este, y correrá el sombrero en el que cada oficial depositará su papeleta con la mano cerrada para introducirla. .Recogidas que sean las pasará al jefe principal para que las revise en secreto y si encontrare alguna acusación y el acusado se hallase presente lo mandará salir, lo que verificado hará presente al cuerpo de oficiales la papeleta que ha dado motivo á la saílda anterior.

Cada oficial tiene derecho para hablar sobre el particular que se propone, lo que discutido á satisfacción, se nombrará una comisión de tres oficiales que será á elección de todo el cuerpo para la averiguación del hecho; pero dichos oficiales deberán ser más antiguos y de superior graduación que el acusado.

Hecha la averiguación, se citará á junta extraordinaria á la que la comisión de residencia hará presente el encargo que se le ha confiado, y según lo que resulte de la exposición se volverá á discutir sobre ello, cuya discusión concluída, se pasará á votación secreta; es decir, por papeletas y en los mismos términos en que se verifican las acusaciones; pero firmando cada oficial su dictamente que, poco más ó menos, deberá ser concebido en estos términos: "el teniente Don Fulano de Tal no es acreedor á alternar con sus honrados compañeros" ó "el teniente Don Fulano de Tal es acreedor á ser individuo del cuerpo".

La penalidad de éstos será lo que decida la suerte del oficial y en caso de empate el del jefe general valdrá por dos.

Si el oficial acusado saliese inocente se le hará entrar á presencia de todo el cuerpo de oficiales y se le dará una satisfacción por el presidente.

Si el oficial acusado saliese reo, se nombrará una comisión de un oficial por clase, para anunciarle que el respetable cuerpo de oficiales manda pida su licencia absoluta y que en el interín que esta se le concede no se presente en público con el uniforme del regimiento y en caso de contravenir le será arrancado á estocadas por el primer oficial que le encuentre.

*
* *

El general José María Paz, tan rígido y severo como era, llegó en los días de su ancianidad á juzgar excesiva esa escuela del honor, considerándola peligrosa para la unidad misma de los cuerpos y atentatoria del respeto gerárquico. Chocaba á sus vistas de experto general que, por la escuela del Libertador, un joven teniente de 20 años arrastrase resueltamente al campo de honor á un veterano general y se batiese con él en perfecta igualdad legal.

Pero esto era precisamente el secreto en que se contenían, por que era su molde propio, los caballeros sin miedo y sin tacha que formó como tipo perfecto del soldado argentino "que debía imprimir su sello á todos los ejércitos de la República".

La limpidez del honor militar debía mantenerse incólume en sus oficiales desde el día que vestían su dalmán guerrera hasta el postrero de su carrera. Del cadete al general no podía haber más transiciones que la gerárquica del natural ascenso á los grados superiores, pero sin que se modificasen la dignidad y el pundonor inmanentes á su carácter militar. De tal forma, la armadura moral con que revestía á sus soldados debía permanecer, desde el cabo al general, y al través de toda su existencia profesional, sin una sola falla que permitiese poner en duda la integridad del soldado-caballero.

Los sacrificios que á la libertad individual, á los sentimientos afectivos y á la natural laxitud de la vida imponía este régimen, eran grandísimos: San Martín lo comprendía y los dulcificaba habilmente cuanto las circunstancias le permitían, pero cohonestaba su imposición con las exijencias de patriotismo, que era para él una virtud de necesidad suprema en los momentos históricos en que venían surgiendo las nuevas nacionalidades de esa su América, á cuyo servicio ponía todo cuanto había recibido su ser de mano del Creador.

Así escribió y afianzó en la bandera de los ejércitos el lema trascendental y eterno que el Gobierno de las Provincias Unidas del

Río de la Plata había grabado en los decálogos educativos del pueblo naciente á la libertad: "El amor á la patria es un sentimiento natural, *el patriotismo una virtud*".

El genio severo de San Martín puso ese lema de estóica grandeza en la mano firme de sus Granaderos para que lo trasmitieran á los ejércitos de la patria. Y ellos lo hicieron conocer del mundo.

* * *

La obra grande que con tan profunda convicción preparaba de esa manera, recibió del alma del *misionero* su toque de íntimas reminiscencias, que por surgir de su cuna, — poblada de poéticos y trágicos recuerdos, — que no volvería á ver jamás, tiene su tinte de varonil ternura. Cuando el primer escuadrón de Granaderos había adquirido la disciplina suficiente para mostrar la contextura del futuro regimiento, formando en la Plaza de la Victoria á la aurora del segundo aniversario del 25 de Mayo, entre las dianas de los otros cuerpos de la ciudad, el repique de las campanas y las salvas de artillería en el Fuerte y el Campo de Marte, — se puso en obra para alistar los escuadrones sucesivos que formarían definitivamente la unidad del

cuerpo con su organización de regimiento. Entonces manifestó al gobierno su deseo de que hiciera un llamado singular á los hijos del lejano Yapeyú, su cuna natal, invitándoles á que viniesen á sentar plaza en las filas de los Granaderos.

El deseo fué llenado por el gobierno, como era natural, con la aquiescencia debida. Rivadavia redactó un oficio, en que haciendo la debida "justicia á la *adhesión* con que los hermanos de Misiones han abrazado la santa causa que defiende el pueblo americano, prestándose de un modo decidido, generoso y cual para sostenerla dignamente corresponde", los exhortaba á presentarse en Buenos Aires, *defiriendo al deseo que ha manifestado el benemérito comandante del nuevo cuerpo de Granaderos de á caballo, Don José de San Martín, hijo de Yapeyú, de reunir en la fuerza militar de su mando un número proporcionado de sus connaturales, por la confianza que de ellos tiene, á efecto de proporcionarles la gloria de que igualmente, como todos los demás americanos contribuyan con las armas al logro de la libertad de la Patria.*

La voz de la cuna hablaba en el corazón del comandante de los Granaderos. Y acaso indicado por él mismo, el gobierno comisionó á

don Francisco Doblas, como hijo que era también de Yapeyú, para que "convocase á la juventud del territorio y los invitara á alistarse voluntariamente en los Granaderos con objeto de sacudir el yugo que los amenaza".

Los apellidos que después florecieron entre las filas de los Granaderos, — Atienza, Blanco, Robles, — entre los que vistieron el dalman de oficial, atestigua que la cita fué escuchada dignamente. De aquellos anónimos hermanos de su cuna; de aquellos heróicos sableadores que cruzaron los Andes, que navegaron el Pacífico y que á la vista del nevado Chimborazo suspiraban nostálgicos de las tibias caricias de su aire nativo y el rumor de sus palmeras, donde vivieron felices, — de esos nada nos cuenta la historia... y sin embargo ¡cuánto tendrían que decirnos!

*

* *

Es fama que cuando en la mañana del 8 *de Octubre de* 1812, durante la famosa revolución de ese nombre, apareció el Regimiento de Granaderos á Caballo formado en la Plaza de la Victoria, con sus sables envainados y en una serena y rígida actitud, — la muda imponencia de esa fuerza, que contrastaba con los otros regimientos formados en el mis-

mo lugar, había impresionado tan grandemente al pueblo allí egolpado, al Triunvirato y al Cabildo, que un grupo de patriotas avanzó hacia San Martín diciéndole que la sola presencia de su persona en la sala Capitular decidiría el triunfo del movimiento. Y en efecto, así sucedió.

"El Regimiento estaba listo para toda prueba", — decía el general Alvear recordando, años después, la escena.

Si, el Regimiento estaba listo. Y su noble oficialidad, consciente de la importancia del cuerpo, había escuchado con religioso respeto la siguiente nota, mandada leer por la superioridad en alta voz: "Señor Coronel del Regimiento de Granaderos á Caballo: Acompaña á V. S. el gobierno el despacho de Coronel del Regimiento de Granaderos á Caballo. La superioridad espera que continuando V. S. con el mismo celo y dedicación que hasta aquí, presentará á la patria un cuerpo capaz por sí solo de asegurar la libertad de sus conciudadanos".

CAPITULO III

Los Marinos de Montevideo. — Su orgullo característico. — Carácter romancesco y á la vez cruel de la guerra entablada con los patriotas del litoral argentino. — La Junta de Buenos Aires trata de normalizarla. — Bloqueo y bombardeo de Buenos Aires. — El virrey Elio y el buen humor de los gobiernos patriotas de Chile y Buenos Aires. — Los sables de palo de los criollos, según dicho virrey. — Michelena y Soler: desafío medioeval que termina en pánico. — El bombardeo de Buenos Aires. — Actitud de la Junta patriota, la sátira.—Bombardeo de la ciudad de Corrientes, su heróica actitud.—Nuevo bombardeo de la capital. — Asaltos y depravaciones en las costas del Paraná y el Uruguay. — Aurora del año 13. — A las puertas de San Lorenzo.

¡CUANDO VAMOS Á ARRASTRAR LOS PELIGROS NO POR EL BIEN DE UN PUEBLO SOLO, SINO DEL VASTO CONTINENTE AMERICANO!

GAZETA MINISTERIAL 1 DE ENERO DE 1813

El mismo día en que Cisneros soportaba la amargura de verse depuesto del salio de los virreyes y confinado á una casa particular,

aunque rodeado de todas las atenciones de una exquisita cultura, comenzó á conspirar cautelosamente, acariciando la ilusoria esperanza de sofocar en sus gérmenes la hoguera revolucionaria.

Montevideo y Córdoba eran los nudos donde podía atarse de inmediato los hilos de una enérgica resistencia contra la capital, en el único caso de que el genio y la osadía de un hombre superior provocase y se pusiera al frente de la reacción española.

Acantonábase en la primera un cuerpo de infantería y otro de artilleros, compuestos de irreductibles veteranos; reconcentrábase allí la fuerza marítima del Virreynato, con un batallón de desembarco y un estado mayor de leales oficiales superiores, como Obregon, Soria, Romazante, Zalazar, Primo de Rivera, Michelena y otros más, á cuya cabeza se pondría Cisneros, trasladando la sede del gobierno á aquella ciudad; y sobre todo, y lo que valía más que todo eso, contábase con el espíritu españolista y de franca adversión á Buenos Aires que dominaba en la inmensa mayoría de sus habitantes.

En la segunda estaba alerta el prestigioso Liniers, y éste constituía el peligro más serio de la Revolución, una vez que pudiese combinar con el Virrey de Lima un plan de campa-

ña contra Buenos Aires, pero el rayo morenista debía suprimirlo de un golpe fatal en el *Monte de los Papagallos,* donde el desgraciado caudillo de la Reconquista encuentra inusitada sepultura bajo la umbría de algarrobos y espinillos sin flor....

Quedaba en pie de guerra Montevideo, pero embarcado hacia Canarias el virrey depuesto, único caudillo que por su alta graduación, su prestigio y su calidad de marino podía dar nervio á la plaza y organización y eficacia militar á la escuadra, quedaba por el momento aquel núcleo de la reacción española destinado á figurar como un peligro secundario, mientras no viniesen otras figuras de igual ó mayor importancia á ponerse á su frente. Seis meses después llegaría Vigodet, soldado de condiciones sobresalientes, y luego el férreo Elio, pero á esa hora la existencia de la Revolución se había afianzado sólidamente para temer por oriente un descalabro (*).

Sin embargo la presencia de los *Marinos de Montevideo* en aquel puerto, determinó una larga y originalísima contienda con los

(*) Téngase presente que circunscribimos la materia de estas páginas al período histórico de 1810 á 1813, y que, por consiguiente, los acontecimientos posteriores relativos á Montevideo y su enlace histórico con Inglaterra, Portugal y el Brasil, sólo por incidencia tocamos en el curso de la narración.

independientes de Buenos Aires, cuyas romancescas incidencias sería lástima se perdieran en el olvido y que van á tener, aunque someramente, su lugar propio en esta lijera monografía, porque fueron ellas las que motivaron y dieron singular carácter al combate de San Lorenzo.

*

* *

El orgullo de los marinos, vocablo consagrado por los papeles y las crónicas de la época era una singularidad histórica en Buenos Aires, casi un caso patológico, que eruptió ruidosamente desde que el espíritu criollo comenzó á revolucionarse en los días memorables de 1806. (*) Los oficiales de la marina española que en aquella época habían venido á prestar sus servicios por estas tierras, se consideraban superiores á toda otra entidad en el Plata, de modo que su enfermedad nacional, aquel antiguo y prevenido desdén hacia *los criollos,* hacíalos, á la luz de su soberbia, algo como el florón español de más lustre y valimento que bri-

(*) Habla un testigo ocular: "Los marinos sobre todo "se hacían insufribles". Así fué que un día un oficial de las nuevas tropas (criollas) por insolencias de uno de aquellos le apaleó públicamente con su sable en el muelle, á punto de dejarle sin poder ir con sus pies á su casa". F. Saguí. Ob. cit., fol. 36.

llaba en el campo de la política y de las armas. ¡En el pecado llevarían la penitencia más merecida! Cómo se vengaría de ellos, larga y despiadadamente, la aguda sátira criolla durante cinco años de incesante contienda!

Los rasgos originales sorprendidos en el ardor de la lucha, cuando brota la pasión espontánea y de exabrupto, mostrando en su genuino colorido el temperamento de los protagonistas, son los que mejor descubren la psicología del momento histórico que el observador estudia. Es este secreto colorido de la lucha singular entablada entre los criollos del litoral y los marinos de Montevideo, el que cuidaremos de exhibir á través de la rápida é incompleta reseña de sus episodios, porque ofrece de parte de los criollos singulares ocurrencias llenas de un heroismo caballeresco, mezclado de un buen humor satírico que dibuja su chispazo de luz amena en medio del ensañamiento de la lucha, como rasgo típico del carácter argentino, que contrasta ya entonces con el áspero y siempre torbo que mostró el soldado español durante la lucha de la Independencia.

*

* *

Guarecidos de los cañones que defienden

las murallas de San Felipe de Montevideo, *los marinos españoles* (*) aprestan sus buques y, divididos en dos escuadras, á una de las cuales llaman "sutil", levantan su rojo pendón de guerra contra los *rebeldes de Buenos Aires* y declaran bloqueado su puerto y el de los ríos interiores. En toda la extensión del litoral argentino no existe un barco revolucionario que pueda disputarles la posesión de las aguas, y *los marinos* se sienten fuertes é invencibles sobre el puente de sus naves donde imperan sus ciento ochenta cañones y su orgullo irreductible!

El libre imperio de las aguas pone alas al espíritu de sus jefes, y la facilidad con que corren sobre el ancho río, desde Montevideo hasta la Ensenada, les produce el espejismo de victorias definitivas y fatales para los "rebeldes", impidiéndoles ver la realidad de lo que pasaba tierra adentro, donde los criollos habían plantado la piedra inconmovible de su libertad, y que tenían recursos suficientes para hacerse de barcos que muy en breve asomarían sobre las mismas aguas, y desharían para siempre, como un puñado de hojarascas, las famosas escuadras españolas, con

(*) El vocablo fué en la época que rememoramos un término satírico consagrado por los papeles públicos y privados para ridiculizar el poder marítimo de España en las aguas del Plata y sus afluentes.

sus no menos famosos marinos del San Felipe.

Las primeras víctimas de la saña de éstos, — á contar desde Marzo de 1810, — fueron los pueblos situados á la margen derecha del alto Uruguay, en la que es hoy la provincia de Corrientes.

Como desde el primer gobierno de Elio en la Banda Oriental las autoridades de Montevideo estaban entendidas con los portugueses y con el general Velazco, gobernador del Paraguay, en Marzo de aquel año una fuerza portuguesa marchó sobre el Ibicuy, y posesionándose de su desembocadura, frente á Yapeyú, lanzó sus embarcaciones sobre las comarcas circunvecinas, asolándolas vandálicamente, en connivencia con los españoles que comenzaron desde ese día á remontar con sus barquichuelos artillados la corriente del Alto Uruguay.

Apenas tuvo conocimiento de estos hechos la Junta de Buenos Aires, remitió apresuradamente pertrechos de guerra al gobernador de Misiones, don Tomás de Rocamora, quien repelió vigorosamente la invasión.

De allí en adelante se seguiría una lucha sórdida, tenaz, y cruel por parte de los soldados del despotismo, que los patriotas mantendrían desde tierra, desventajosa pero

siempre heróica y victoriosamente. Durante cuatro años de esta guerra los *marinos españoles* sembrarían por todo el vasto litoral argentino del Plata, Paraná y Uruguay, el terror, la desolación y el incendio, — asaltando, robando, incendiando y matando en las poblaciones indefensas sentadas á sus márgenes.

A los seis meses de iniciadas estas depredaciones, un oficial de las tropas de Entre Ríos á las órdenes del comandante don Martín Rodríguez, escribía á la Junta desde el Gualeguay: *Señor Excmo.: No es exageración: Ni entre la villa ni en sus inmediaciones se permitía un solo criollo. Si divisaban alguno, aunque fuera de lejos, buscaban igual proporción que la que se busca á un pato, para asegurarle el tiro. De este modo mataron dos de los nuestros, y á otro hirieron. Otros muchos se escaparon.*

Así inauguraban en el litoral argentino las tropas españolas de Montevideo la guerra contra los independientes: cazando *como á patos* desde el puente de sus barcos á los indefensos pobladores de las costas. No obstante, este oficial patriota, al apoderarse por la fuerza del mencionado Gualeguay, y luego de Gualeguaychú, capturó dos barcos españoles que habían llegado recientemente de Mon-

tevideo con armamento y fuerzas de desembarco. El trofeo fué remitido á Buenos Aires, donde se celebró este original triunfo en que soldados de caballería de la patria apresaban en las aguas los barcos de la escuadra realista. La hazaña se repetiría luego hasta hacerse común y vulgar....

Tuvo lugar aquí un cuadro digno de recordación como muestra de las originalidades de aquellas luchas y de aquellos tiempos.

Oficiaba de matamoros por las costas entrerianas del Uruguay, un portugués, fanático partidario de los españoles de Montevideo, mal habido con la justicia de Buenos Aires y que había jurado nada menos que colgar en cada una de las villas del Uruguay otras tantas cabezas de los miembros de la Junta patriota de Buenos Aires. Rodríguez había recomendado la captura de este terrible Barbarroja. Llamábase don Joan Lamego, seguido de ocho ó diez apellidos más á usanza portuguesa, que no hace al caso.

El mismo día de la toma de los barcos, el capitán Bartolomé Zapata, que es el oficial de nuestra referencia, tuvo la alegría de capturar al terrible portugués. La descripción del importante acontecimiento posee un sabor local tan característico de aquellos momentos, que solo puede paladearse en toda su rique-

za, escuchando al ofical patriota: "Este portugués fué el único hombre que allí encontré" (se refiere al ataque de Gualeguaychú, de donde huyeron despavoridas las fuerzas españolas que la guarnecían al aproximarse Zapata con unos pocos paisanos malísimamente armados). "Apenas me sintió, cuando con la mayor ligereza salió al patio en camisa *con tres armas de fuego y un sable.* Y poniéndolas á los piés, se encaró una; mas poniéndose delante uno de los míos y otro al lado, le dijo aquél: tira cual y cual... y cuando el del lado le hizo volver los ojos, le dió tan fuerte chirlo que le dejó á sus pies *aleteando como un pollo"*.

Este parte es típico como revelación de la clase de guerra que comenzaba.

El gobernador de Montevideo don Joaquín de Soria y el jefe del apostadero naval y capitán de puerto, el famoso Zalazar, habían inculcado en sus tropas y en la población española de esa plaza, que la situación de bloqueo de Buenos Aires, establecido por ellos de hecho, antes de ninguna notificación, implicaba la guerra sin cuartel á todo el territorio, cosas y personas dependientes del gobierno de Buenos Aires, y que allí donde alcanzase la acción de sus buques y de sus fuerzas de desembarco, allí debía ir la ven-

ganza, la desolación y la muerte de los *rebeldes* en nombre de los derechos de la soberanía española, representada por ellos en el Virreynato del Río de la Plata.

*
* *

Para buscar medios de normalizar esta lucha salvaje á que se veía compelida la Junta de Buenos Aires, y para responder de la sabiduría y la elevación moral de un gobierno que conocía su situación ante los pueblos cultos de la tierra, el 15 de Agosto (1810), por un decreto magistral y profético que historiaba los acontecimientos sucedidos durante la rebelión de Montevideo, cortó toda comunicación con esta plaza y ofreció la ciudad de Buenos Aires á las familias y personas que huyendo de los desastres de la Península venían al Río de la Plata asegurándoles el amparo de sus desgracias bajo la garantía de la cultura de su sociedad y su gobierno.

Este decreto que reglamentaba clara y sobriamente las relaciones de la beligerancia, mientras durase el estado de guerra con la provincia rebelde, señala una página trascendental en los hechos futuros del Plata y es digna del estudio de quienes escriban filosóficamente su historia. Se descubre en ella la mirada profética, el nervio, la claridad del

concepto y la dicción literaria de Moreno... En tanto, el día 10 del mismo Agosto había salido de Montevideo el comandante de navío don Primo de Rivera, y el 12 desde balizas exteriores se anunciaba á la Junta como enviado del Supremo Consejo de Regencia.

El presunto diplomático nada menos pretendía que influenciar á la Junta con la representación del poder central que se atribuía, tratando de obtener de ella su reconocimiento é impedir el sitio de la plaza de Montevideo que alarmaba seriamente á sus defensores. Don Primo de Rivera no tenía tales credenciales, y rechazados por la Junta dos oficios que le fueron presentados en ese carácter, se atrevió á bajar á tierra en la mañana del día 14, presentándose inopinadamente en el Fuerte. Moreno lo recibió en nombre del gobierno, y el acta siguiente instruye de la manera en que el insigne secretario aleccionó al altivo *comisionado* del Supremo Consejo de Regencia:

"En la ciudad de Buenos Aires á 14 de Agosto de 1810 fuí llamado por la excelentísima Junta Gubernativa, y de su orden entré á la sala principal de la Real Fortaleza en compañía del señor secretario vocal de Gobierno doctor don Mariano Moreno, para presenciar las contestaciones de dicho secre-

tario con el capitán de fragata don José Primo de Rivera, que se hallaba en aquella sala; y habiendo tomado la voz el secretario dijo: Sr. D. Primo: la Junta previno á Vd. en su último oficio, que si traía órdenes escritas del Supremo Consejo de Regencia ó alguna credencial que autorizase su persona, para comunicar instrucciones verbales, podía bajar á tierra á desempeñar su comisión, y que en caso distinto diese por concluido el negocio, y cortada toda nueva contestación: ha bajado Vd. á tierra, y presentado al Gobierno, no manifiesta más órdenes que este pliego abierto y con actuaciones obradas en Montevideo. La Junta cree que el Supremo Consejo de Regencia entregaría á usted cerrado el pliego, que ahora aparece abierto. — Sí, señor, repuso don Primo; — cerrado se me entregó. — Cree también la Junta, añadió el secretario, que el conductor de un pliego cerrado para el gobierno superior de una provincia no tiene facultad para abrirlo. — Es verdad, repuso don Primo, y nunca me habría atrevido yo á abrirlo, sino que..... —Muy bien, señor, continuó el secretario; — si su comisión de usted era entregar este pliego, queda recibido en la forma en que se ha presentado; y aunque usted no está comprendido en la garantía condicional que

le ofreció la Junta, por consideración á su persona y á la moderación y generosidad del nuevo gobierno, está usted expedito para reembarcarse ahora mismo. — Don Primo sacó entonces un pliego cerrado rotulado para la Junta y dijo: — Este pliego remite para la Excelentísima Junta el Gobierno de Montevideo. Y el secretario contestó: — La Junta no admite pliegos, ni sostiene relaciones con un Gobierno refractario, que ha roto escandalosamente los vínculos de dependencia á la Capital, ultrajando la autoridad superior, y á que por ley constitucional del Estado debe reconocerse sujeto. Don Primo guardó entonces el pliego, y repitiéndose recíprocamente los ofrecimientos de urbanidad y atención, se despidieron; siendo esto cuanto he presenciado, y certifico por orden verbal de la Junta. — *Ramón Basavilbaso* (escribano de gobierno)".

Los hombres del gobierno español de aquella época, clausurados en la atmósfera de su característica ignorancia y sumisión al poder monárquico de que estaban connaturalizados, no sabían medir la talla y el espíritu de los hombres que veían levantarse á su frente en estas playas, ni tenían noción siquiera de la energía con que iban á conducir los nuevos destinos de la patria. En ese momento, co-

mo en otros, Montevideo olvidaba el significado y la solidez de la frase que la Junta había escrito á la faz del mundo en su circular del 27 de Junio de 1810: "La Junta cuenta con recursos efectivos *para hacer entrar en sus deberes á los díscolos que pretendan la división de estos pueblos*".

Había llegado al gobierno patriota el momento de acentuar los rumbos indispensables á su diplomacia, y así lo hizo, tomando como eje maestro de su juego al representante de la política inglesa en Río de Janeiro. El bloqueo de Buenos Aires decretado por las autoridades españolas de Montevideo, determinaba muy serios y trascendentales conflictos; abría contingencias enojosas con Portugal é Inglaterra y lesionaba grandísimos intereses materiales, aparte de los políticos, —todo lo que le sirvió al gobierno patriota para sacar notables ventajas en servicio del afianzamiento de la revolución.

Desgraciadamente, está fuera del objeto de esta semblanza el estudio de las hábiles é interesantes negociaciones con que la Junta patriota desarmó ante Inglaterra y el Portugal á los representantes del poder español en Montevideo y Río de Janeiro, obteniendo que el bloqueo de Buenos Aires fue-

se de hecho desconocido y aun mirado, á veces, como acto de piratería.

*

* *

El despecho que produjo en Montevideo el fracaso de Don Primo y la actitud firme del gobierno patriota, se tradujo en un acto ridículo como manifestación de guerra y no menos necio como estratagema de terror Mandó tres faluchos que, *sin comprometerse*, hicieran fuego sobre la ciudad, retirándose luego.

Uno solo de dichos faluchos creyó prudente la operación, y "tirando un cañonazo á las toscas, — dice la Gazeta del 24 de Septiembre, cuya palabra sabrosa queremos recordar — del frente del Retiro, huyó con una celeridad que hizo á todos advertir la dirección del ingenioso é intrépido Argandoña... El oficio de un guerrero es distinto del de un asesino. ¡Qué fin pudieron proponerse los marinos en tirar este cañonazo? La bala pudo haber muerto una lavandera y romper algunas bateas. He ahí el fruto de esta proeza.... Al fin se ha visto en el Río de la Plata que los marinos españoles han disparado un cañonazo con bala: tiemblen los marinos ingleses, de que Salazar se eno·

je, ó que se encapriche Argandoña en entrar con su falucho por el Támesis..."

Con este tono burlón los patriotas mantenían en el pueblo su desprecio por los reaccionarios de Montevideo y los templaba para la hora del castigo que llegaría próximamente. Al son de esa sátira, el gobierno de Buenos Aires sublevaba contra los *marinos* las poblaciones del litoral de aquella banda y proporcionándole armas, levantaba partidas que se mantenían en contacto con la campaña oriental, totalmente pronunciada por la Revolución de la Capital, y que no dejaban merodear impunemente á los corsaristas que se aproximaban á los caseríos de las costas.

Elio sentíase cada vez más aislado en el único punto de su verdadero radio de acción, — Montevideo y sus alrededores. — El 20 de Marzo (1811) lanzó una proclama con objeto de contener las partidas de los paisanos patriotas que se daban la mano con las sublevadas en toda la extensión del Uruguay.

"La Junta de Bs. Aires, decía, ni quiere ni puede daros los auxilios de soldados y armas que os promete, por que ni los tiene ni puede pasar expedición alguna por el río, que no sea desbaratada *por los muchos barcos armados con que le tengo inundado*". La Ga-

zeta del 4 de Abril glosaba con el buen humor que ponía siempre que trataba de Elio y sus congéneres: "Prescindamos de esa belleza particular de su locución... con que tiene el atrevimiento de asegurarnos *en el río* una *inundación de barcos*, que es de temer seguramente no basten á contenerla sus dilatadas márgenes, y *entre la creciente de buques por las calles de esta ciudad...*" Y téngase presente que la *literatura* del brigadier Elio no era la peor de sus cualidades. Este literato era nada menos que el virrey que la Suprema Regencia de España había mandado al Río de la Plata para mantener y acreditar el dominio del Rey en esta parte de América!

*
* *

Elio es un tipo singular que merece recordarse por que su sola presencia en estos países durante aquellos años memorables, esclarece la supina ignorancia que sobre el estado social argentino reinaba en los hombres de la Península, y los crasos errores en que caían respecto á la forma de atemperar siquiera los efectos del pronunciamiento revolucionario de Buenos Aires.

Elio era la personificación del odio español contra el americano del Plata. Era un

postergado del tiempo de la Conquista, que había sido olvidado en las arenas del Africa hasta comienzos del siglo XIX en que aparece por estos países.

Tocóle combatir en 1807 con los ingleses en Montevideo, donde por su atolondramiento y fanfarronada fué batido completamente, regresando á Buenos Aires en medio de la rechifla pública, donde recordó sin embargo, que "un soldado del Africa como él no pudo ser batido por los ingleses sino á causa de la inutilidad de la tropa que mandaba".

Nombrado por Liniers gobernador de Montevideo, después que el ejército inglés evacuó esa plaza, (1807) rompió y peleó ruidosamente con aquél, por sospecharlo en connivencia con los patriotas de Buenos Aires para independizar el virreynato. Escribíale á Liniers entonces: "*Esa* (los criollos argentinos) *es jente fina* y de mucha política que no quiere nada *con este bruto, áspero españolazo Elio...*"

El 22 de Diciembre de 1808 le escribía á Alzaga, refiriéndose á Pueyrredón: "Infelices traidores! Temblad, que habéis de morir en un *cadahalso...!* Montevideo ha puesto á los traidores un freno que no puede tascar!"

La Junta Central lo nombró, sin embargo, en 1909, Inspector y Comandante de las fuer-

zas del Virreynato. Los oficiales de los cuerpos criollos,—entre los que sobresalían "Los Patricios" y "Voluntarios" — representados por sus jefes respectivos, los coroneles don Cornelio Saavedra y don Pedro Andrés García, protestaron enérgicamente aquel nombramiento, tomando la representación escrita que presentaron al Virrey Cisneros, los acentos de una franca rebelión. "Lejos de ponerlo en posesión del mando, decían, debía asegurarse su persona y entregarla á los tribunales *como reo del Estado*. Ultimamente, agregaban, venimos á rogarle *no aventure la seguridad y tranquilidad de estos dominios*, que han estado y aun se hallan al borde del precipicio por su insujente conducta".

Cisneros comprendió la gravedad del caso y se dirigió inmediatamente á la Regencia (19 de Agosao de 1809) manifestando que "era de absoluta necesidad el que se mande pasar á esos reinos á dicho Elio, como uno de los principales medios que debe influir á sosegar á ambos pueblos (Buenos Aires y Montevideo) y sus vecindarios".

La Regencia lo nombraría, meses después, Virrey del Río de la Plata en sustitución del mismo Cisneros! Los desaciertos de la Regencia parecían hechos de exprofeso para

favorecer la revolución, pues el primer efecto que produjo el envío de Elio á estas regiones durante los agitados días de 1810, fué solidificar los estrechos vínculos que desde dos años atrás unían á los patriotas de Buenos Aires y de Chile, haciéndoles dar un paso de decisiva rebelión contra el gobierno de la metrópoli.

La Regencia de Cádiz, creyendo restaurar la integridad de la autoridad española en Chile, nombró á Elio en Febrero de 1810, Gobernador y Capitán General de ese reino, con encargo de asentarle su mano de hierro.

Los patriotas chilenos conocieron el nombramiento recién en Octubre y procediendo activamente, el 2 de Noviembre enviaba á la Junta de Buenos Aires la nota que por su intermedio dirigía al presunto Capitán General de Chile, haciéndole saber que en el país existía "desde el 18 de Septiembre una Junta Provincial Gubernativa... y que por lo tanto debía *evitarse la fatiga que en otro caso sería indispensable á su trasporte*".

La Junta de Buenos Aires acusó recibo de aquella comunicación, con la siguiente nota cuyo borrador de puño y letra de Mariano Moreno puede verse en el Archivo de la Nación: "Buenos Aires, Noviembre 23 de 1810. Excelentísima Junta: Con el oficio de V. E.

del dos del corriente ha recibido la Junta el que se acompaña dirigido al brigadier Elio, para *que se excuse la molestia de pasar á ese reino á tomar el mando* que parece habérsele conferido por la Península; y si *este individuo* arribase á algún punto de estas Provincias se tendrá el cuidado de que llegue á sus manos. Dios guarde á V. E., etc., — *Mariano Moreno''*.

¡Así cambiaban su excelente buen humor los patriotas de 1810, de allende y aquende los Andes!

Parécenos ver á través de estas intencionadas líneas, la sardónica sonrisa con que las trazara el genial secretario. Por supuesto que si Elio hubiera tenido el heroismo de poner los pies en cualquier "punto de estas Provincias", lo que la Junta hubiera hecho pasar á su destino no era la nota sino el cuerpo del *Virrey*, de la playa á la horca.

Mientras así se le esperaba por estos lugares, el 31 del mismo Agosto la Regencia le cambiaba el nombramiento de Capitán General de Chile, por el de *Virrey del Río de la Plata!*

En los primeros días de Enero de 1811, hallábase en Montevideo, su antiguo y predilecto campo de acción, el señor *Virrey Elio,* anunciándose al gobierno de Buenos Aires

(15 de Enero) con estas palabras: "Acabo de llegar á este punto, nombrado por S. M. Virrey y Capitán General de estas provincias... Ni mis deseos, ni las intenciones del supremo gobierno son, ni serán jamás el hacer revivir los antiguos odios y enemistades, ni el tratar de venganzas ó agravios particulares...." etc., etc.

Elio venía mandado por su gobierno para buscar la coyuntura que le ofreciera las circunstancias de dar un golpe de mano sobre los patriotas de Buenos Aires y tratar de detener el avance revolucionario, si los medios conciliatorios fracasaban.

La Junta le contestó: "La sola denominación del título con que V. S. se presenta á la presencia de un gobierno *establecido para sostener los derechos de los pueblos libres* contra el carácter dominante y opresor de los *mandones constituídos por el despotismo del poder arbitrario,* ofende la razón y el buen sentido... El verdadero medio, el único capaz de consolidar la felicidad de estos países, no consiste sino en que poniéndose V. S. de acuerdo con sus principios, *se abstenga de atentar á la dignidad y decoro de esta asociación respetable,* y que formando la resolución generosa de desnudarse de una investidura sin carácter, propenda con el in-

flujo que pueda haberle dado la opinión de ese pueblo, á reducir á buen sentido ese pequeño resto de refractarios, que en la vasta demarcación de este gobierno es el único que se resiste á conformarse á la voluntad general''.

El Cabildo, á nota parecida, contestó que el gobierno á que obedecía estaba pendiente de un Congreso próximo á reunirse, y que mal podía reconocer á un virrey acerca de cuyo nombramiento ''desconocía la autoridad de que dimana, y en una palabra, el ignorarse hasta hoy los principios legítimos bajo los cuales haya sido confirmado ese Congreso de Regencia *sin la menor intervención de las Américas*, por unas cortes en que tampoco han tenido parte, y cuya celebración no se ha comunicado por otro conducto que por V. S.'', que por consiguiente se mantendría con su pueblo dentro de su actual ruta de orden y respeto á las leyes, y que ''*solo hará uso de las armas contra aquellos que pretendan perturbarlo, derramando en tal caso hasta la última gota de su sangre*''.

La Gazeta del 7 de Febrero decía sobre estas ocurrencias: ''Al mismo tiempo que el mundo entero descubrirá entre la Regencia y Elio un proyecto concertado de convertir esta capital en una masmorra de esclavos,

admirará este acontecimiento como *el último arrojo de los tiranos*''.

''El gobierno de España *destinado á perderlo todo, elije siempre lo peor.* Un Elio á quien sabe que Buenos Aires no admitiría ni como el último de sus ciudadanos, es á quien constituye en el primero de sus magistrados, y por un infeliz gusto de autoridad arbitraria, prefiere el riesgo de perderla á la esperanza remota de humillarla. El es quien escribía á su querido Guerra: *''nada, nada de darles á entender debilidad, diablo! Decirles que se les ahorcará, decírselo y luego hacerlo''.*

* * *

Tal el hombre que no pudiendo asumir la autoridad de virrey del Río de la Plata en más de dos leguas cuadradas sobre las márgenes del río argentino, se dedicó á templar el odio de los corsarios y aventureros que llegaban á Montevideo de todas partes de la América, poniéndolos al frente de ''una porción de botecillos armados, — como avisábanselo á la Junta desde aquella ciudad — que protegidos por sus corsarios se introducen en todos los riachuelos del Paraná con el glorioso objeto de atacar y matar una multitud de hombres indefensos que buscan en el cor-

te de la leña un triste sustento para sus inocentes familias, y quemando sus canoas y saqueando sus chozas cantan el triunfo de la tiranía''. En comunicación con estas embarcaciones menores, armó una escuadrilla que operaba á lo largo de los ríos superiores, Paraná y Uruguay, con los que *había inundado* ambas corrientes, en tanto que hacía su manifestación de fuerza naval desde Maldonado hasta la entrada del Plata, bloqueando á Buenos Aires con sus 14 buques de guerra, de mayor porte que los anteriores, armados de 210 piezas de artillería.

Entre aquellos cañones y la rada de Buenos Aires, la Junta con su hábil diplomacia había conseguido interponer la mano de Inglaterra, pero no le era posible hacer lo propio en los ríos interiores y pequeños tributarios, á cuya marjen se extendían sus numerosas poblaciones ribereñas. Y allí había lanzado Elio su sistema de guerra fluvial, cuyo exponente eran el asalto por sorpreso, el saqueo y el incendio.

Como alguna vez en medio de sus ensayos bandálicos, sintieran la mano pesada de los patriotas que conseguían darles alcance, los animó burlándose del armamento de la caballería criolla que esgrimía *sables de palo con betún.*

Los *godos* de la Plaza hallaron graciosa la inventiva, y su prensa, lo mismo que el elemento guerrero, divulgó el dicho excomulgando de la estimación de los *leales soldados del rey* á los que temiesen en cualquier evento los *sables de palo con betún*....

"La patraña—contestaba la prensa de Buenos Aires — hace poco favor á los montevideanos, á los marinos y á las tropas que se han levantado allí. ¿Es posible que sea tanto el miedo de aquellos exércitos, que para darles valor, y hacer que se paren delante de los nuestros se vea precisado *aquel hombre* á finjirles que los sables que llevan son de palo? (*)"

*
* *

Para que comunicara su manifiesto á los pueblos del Uruguay, despachó Elio á fines de Marzo (1811), una escuadrilla compuesta del bergantín *Cisne*, un falucho, una balandra y la zumaca *Aranzarú*, un lanchón armado y dos botes, cargados todos de gente de desembarco al mando del famoso marino don Juan Angel Michelena. El 4 de Abril se presentó éste en el puerto de Santo Domingo de Soriano, conminando al comandante

(*) Gazeta.

del pueblo, don Celedonio Escalada, — á quien veremos en los preludios de San Lorenzo — á que depusiera las armas que había empuñado en servicio de la revolución, bajo la amenaza de que en caso de "no avenirse *á la razón,* será responsable *á ambas magestades,* de los males que sobrevendrán á los habitantes de esa población... y para la resolución de usted y del vecindario, *solo señalo dos horas,* debiendo entregrar las armas en dicho tiempo, en la ribera de este fondeadero".

Hecha esta conminación, preparó en línea de combate sus barcos, enfiló sus cañones y equipó debidamente sus tropas de desembarco, seguro de posesionarse de la comarca y llegar enseguida, navegando el Río Negro, hasta el pueblo de Mercedes, punto lleno de recursos y que había sido uno de los primeros en pronunciarse entusiastamente en favor de la revolución de Buenos Aiers. No contaba Michelena con la clase de militar que encontraría en esas playas. Era nada menos que el altivo Soler, quien, habiendo llegado á Mercedes el día antes, fué solicitado por el jefe de dicha ciudad y el de Soriano para que se pusiese al frente de las milicias que estaban en este último pueblo con aviso de la proximidad de una escuadra enemiga. Soler mon-

tó á caballo y en la mañana del siguiente día, llegaba al puerto de Santo Domingo á tiempo precisamente para contestar la intimación de Michelena con las siguientes palabras: "Las armas... de la patria no pueden rendirse: por tanto la amenaza de usted nada intimida una porción de patriotas esforzados y de tropas aguerridas que tengo el honor de mandar, y con las que perderé la última gota de sangre en honor de mi patria. — *Miguel Estanislao Soler*".

Michelena contestó este oficio rompiendo inmediatamente sobre el pueblo el fugo de sus cañones, iniciando el bombardeo con el bergantín *Cisne,* que "lanzó desde las diez de la mañana hasta las doce y media de la tarde los proyectiles de sus cañones de á diez y ocho, siguiéndole el falucho y los lanchones, haciendo un daño inmenso á la población".

Como el estrago de la población indefensa continuase, á la una menos cuarto le envió Soler á su ayudante don Domingo Gamboa en calidad de parlamentario, con la siguiente nota: "Señor comandante general de la expedición á la costa Orienta: Me es muy extraño el procedimiento de V. S. siendo un jefe militar, y que por solo esa razón debe saber como se hace la guerra. Los infelices vecinos á quienes V. S. está batiendo en sus

casas, no son los que sostendrán un ataque si V. S. se resuelve admitir el desafío á que le emplazo, saliendo de las baterías de sus buques: tengo tropas del ejército é intrépidos patriotas, á los que debe V. S. batir, y no á los ranchos de este pueblo".

Al retirarse este distinguido oficial, de brillante figuración después en las luchas de la independencia, "fué despedido con un cañonazo á metralla del mismo lanchón que lo había conducido á la orilla; la operación de este acto indecente fué matar un caballo y quebrar otro de los que acompañaban al parlamentario".

Contestóle el marino español: "Debo decirle que á todo aquel que no se ajuste á las leyes del legítimo soberano, debo mirarlo como traidor y *sublevado del fiel vasallaje de nuestro amado soberano Fernando VII....*

"Tanto á las tropas y vecinos de estas poblaciones y campañas hasta ahora por mi desgracia, no los he visto más que correr validos de sus lijeros caballos..., eche usted pie á tierra, y elija el sitio, verificaré yo el atacarlo y destruirlo en muy pocos momentos, previniéndole que solo para el caso de avenirse á manifestar ser un verdadero vasallo de Fernando VII recibí el parlamentario; y que yo, como que desde mi infancia he profesado

el arte militar, sé el cumplimiento de mis deberes *observando las ordenes de mi jefe"*.

Las consabidas *ordenes* de su *jefe Elio* eran las de bombardear y destruir esas poblaciones en caso de no someterse incondicionalmente á su autoridad.

Michelena contínó el fuego de sus cañones hasta las tres de la tarde, hora en que estimó prudente aceptar el desafío del oficial patriota, bajando á tierra con dos piezas de artillería, y dirigiéndose en tres columnas de ataque hacia el centro de la población. Soler los dejó entrar á esta y una vez en las calles, atacó simultáneamente y con tal ímpetu las tres columnas invasoras que tardaron menos en dispersarse y huir con espanto, que lo que había tardado el arrogante Michelena en escribir su amenaza de realizar lo propio con los milicianos patriotas.

Soler, después de hacer debida mención de la bravura de sus oficiales, terminaba su parte al gobierno de Buenos Aires diciéndole: "El denuedo, Excmo. Señor, y entusiasmo con que intrepidamente atropellaron estos valerosos paisanos dirigidos por sus oficiales, me obligan á recomendarlos á V. E., no advirtiendo la menor diferencia del más esforzado soldado: fué atacado el pueblo por los tres puntos á un tiempo, y los insurgentes

con fuerzas superiores á las de 160 hombres mal armados huyeron vergonzosamente *con dos piezas de tren sin atreverse á descargarlas por no detener su veloz fuga, sin embargo de estar sostenidos por los fuegos de su gruesa artillería*''.

Era indudable que por mucha que fuese la adhesión que Michelena prestaba á la veracidad de su virrey Elío, esta vez no estuvo conforme con él, en que fuesen de *palo pintado con betún* los sables de las milicias patriotas.

Veinte días después, este mismo *militar desde su infancia* mandaba asaltar por sorpresa el pueblo de Zárate, saqueándolo por completo, — mientras ''los cañones de los barcos lanzaban sus balas á la población con un fuego graneado de fusil, — y solo siendo respetada la casa de trato del gallego don José Maury''. Al día siguiente, desembarcaron en el pueblo de Las Palmas, repitiendo la operación. En ninguna de ambas poblaciones existían fuerzas de Buenos Aires.

Vengando estos vandalismos que manchaban las armas españolas en América, en esos mismos momentos, á comienzos del siempre glorioso Mayo, los *marinos de Montevideo*, rendían en el puerto de la ciudad de Corrientes una escuadrilla de trece buques perfecta-

mente armados y equipados, antes que pudieran realizar su intento de remontar el Alto Paraná y el Paraguay. Y por una hermosa coincidencia, el mismo día en que el pueblo alborozado de Buenos Aires celebraba el primer aniversario de su gloriosa Revolución, el virrey Elio firmaba en Montevideo su famosa comunicación proponiendo al gobierno patriota un *armisticio.*

A consecuencias de ese paso, el último mandón de *empedernidas entrañas* (*) que mantenía el despotismo español en América, como trasunto de la conquista, desapareció del Río de la Plata, pero dejando montado en la ciudad rebelde su terrible sistema de guerra fluvial con que había *inundado los ríos* argentinos.

La aceptación del armisticio fué una estratagema por ambas partes y la lucha comenzó á los pocos días más cruel que nunca (**).

*

* *

Antes de corridos veinte días lo tendríamos

(*) Palabras famosas de Don Juan María Gutiérrez. "Irupeya".

(**) Esta negociación es una interesantísima página diplomática de los días de la Revolución en que jugaron simultáneamente intereses políticos y financieros de Inglaterra, Buenos Aires, Portugal y España.

preparando nuevamente sus operaciones de guerra fluvial contra los patriotas pero dirigidas esta vez con más decisión aunque no con mayor suerte contra la ciudad de Buenos Aires. Creyendo imponer ventajosamente las negociaciones que había meditado con el gobierno argentino hízola preceder de un acto de guerra que sirvió simplemente para enconar las pasiones, aguzar el ingenio criollo y dar alguna novedad á la crónica contemporánea en la prensa porteña.

Molestaba á Elio su papel de virrey puesto en solfa por los patriotas de Buenos Aires, y lo que era más, la acusación de su ineficacia frente á las tropas argentinas, acusación cuyos rumores le llegaban por conducto del ministro español en Río de Janeiro, con quien al fin rompió ruidosamente por esta y otras razones; y montando su mentado corcel africano dispuso por tercera vez el bombardeo de Buenos Aires.

*
* *

En la tarde del 15 de Julio, con viento favorable y listos para entrar en acción salieron de la isla de Martín García siete barcos españoles, de los cuales dos eran bombarderas, y á las nueve de la noche anclaron en

el puerto de Buenos Aires. Aproximando á la costa las bombarderas al amparo de la obscuridad intensa de la noche, rompieron á las diez, sin previo aviso ni observancia de las más elementales reglas de la guerra entre naciones civilizadas un loco é infructuoso bombardeo de la ciudad, que continuó hasta la una de la mañana, retirándose á esa hora fuera del alcance de las baterías de tierra, de manera que cuando á la claridad del alba invernal los artilleros del Fuerte y el Retiro se prepararon á fijar sus punterías, la famosa escuadra española se hallaba en *valizas exteriores,* á muchas millas de la costa.

Unas horas después apareció un bote con bandera parlamentaria. Salió á su encuentro un oficial de la guarnición, quien recibió del emisario de la escuadra bloqueadora un pliego dirigido al gobierno, con advertencia que volvería al mismo sitio por la contestación.

He aquí la nota del comandante de la escuadra, que reproducimos íntegramente, porque en ella se descubre el estado de ánimo y la capacidad de Elío:

"El virrey de estas provincias del Río de la Plata ha puesto á mis órdenes una fuerte escuadra sutil, para *bombear y batir* á Buenos Aires.

Esta medida cruel, que pudo justamente

tomar desde el punto que desechadas sus moderadas y *benéficas* propuestas, conoció las *solapadas* (*) ideas de la Junta, jamás hubiera adoptado contra un pueblo benemérito é *inocente* (**), si la conducta, la más *atroz* y *destructora,* de los súbditos de ella contra Montevideo, no pidiera *una venganza,* y *venganza* proporcionada á los *ultrajes* que ha padecido el mismo pueblo, *á quien debió Buenos Aires la libertad que gozó,* y que desgraciadamente no goza.

Esa Junta ignoraba, que el Exelentísimo Señor Virrey tenía medios de batir á Buenos Aires, *pues ya estamos en el caso.* Todo el tiempo que Montevideo sea hostilizado, será bombardeado, *volado* y destruído Buenos Aires y sus inmediaciones". (Ya se ha visto que el heróico emisario de Elío, ejecutor presunto del *volado* de Buenos Aires, se retiraba á buena distancia de ésta en cuanto venía la luz del día, con la cual podían funcionar debidamente los cañones de tierra).

"Sólo una necia ignorancia pudo haber inspirado la más ligera idea de tomar á Montevideo, un enemigo sin armas, sin disciplina,

(*) y (**) No había tal gobierno "solapado" ni pueblo "inocente" para conocer y clasificar á Elío, pues ambos lo habían repudiado franca y enérgicamente, respondiendo con la guerra á su pretensión de pisar las playas de Buenos Aires.

ni conocimiento el más mínimo de lo que se necesita para atacar una plaza marítima, rica, abundante de lo preciso, de pertrechos, artillería, y dueña de todas las aguas por sus muchas fuerzas de mar.

"*Con la mecha en la mano, y en el preciso término* de dos horas, espero la decisión de esa Junta: de ella depende, ó la paz y tranquilidad de Buenos Aires y Montevideo, ó *la más terrible destrucción*".

El buen Elío, contando con el espanto que produciría á los hombres de Buenos Aires aquella actitud "de la mecha en la mano", cree tener ya el corazón de los patriotas temblando como un conejo, y dicta en seguida así las bases de la paz que concede:

"Si escoge la paz, ha de ser en estos términos:

"Buenos Aires no será hostilizada, ni bloqueados sus puertos, si la Junta hace retirar las tropas que ha enviado á la Banda Oriental, y que todo vecino se vuelva á sus hogares.

"Todo debe quedar en los mismos términos en que estaba á la llegada del Exelentísimo Señor Virrey, y deben retirarse á sus mandos los comandantes que estaban entonces en puestos y plazas.

"No se perseguirá, arrestará, ni causará

mal á nadie por las opiniones que haya tenido, ni partido que haya tomado en pró, ó en contra de la causa de la España, ó de la Junta de Buenos Aires: y el que quisiese ir á dicha ciudad, se le permitirá, dexando á todos en pacífica posesión de sus fortunas.

"Si la España fuese dominada por el usurpador (lo que ya parece imposible), el Exelentísimo Señor Virrey será el más *eficaz* en emplear su influxo para la unión estrecha de ambos pueblos, con lo que puede hacerse justamente feliz é impenetrable á las miras ambiciosas que puedan tener las potencias extranjeras; pero si la España subsiste, ¿con qué derecho se pretende obligar á un pueblo español á separarse de su madre? *Perecería* en su *ruina* si fuese necesario; pero no lo es y lo será menos con el auxilio de su madre España.

"El Excelentísimo Señor Virrey ofrece no proceder hostilmente contra la Junta de Buenos Aires, hasta tener una decisión absoluta del gobierno de España sobre los acaecimientos de este virreynato, siempre que los pactos estipulados se observen religiosamente.

"La negativa de estas proposiciones tan justas, y tan *lisonjeras* para quien ama á sus semejantes, ó la tardanza en contestarlas ca-

tegóricamente, serán la señal de fuego; y las órdenes para los movimientos retrógrados de las tropas que hostilizan á Montevideo, *se remitirán por la Colonia, y que deben constarme*, será la dulce señal de la paz y de la fraternidad."

¡Cómo debieron reir los patriotas de la pasmosa estultez del vizcaíno! ¡La Junta retirando sus tropas de Montevideo, espantada ante *la mecha encendida* de Michelena, y enviando sus órdenes secretas nada menos que por la Colonia, es decir, por manos del mismo Elío!

"Durante el tiempo de la negociación, no se hará operación alguna militar, como mudar artillería, ó pertrechos de guerra ó almacenes, porque este será un motivo de renovarse las hostilidades.

"Me hallo autorizado por el Excmo. Señor Virrey para hacer las presentes proposiciones, y operar *según el efecto que hagan.* La Junta será responsable á Dios, y á la humanidad, de los daños que padesca la benemérita ciudad de Buenos Aires.

"Dios guarde á V. E. muchos años. Bergantín ligero al ancla sobre el surgidero de valizas, á 15 de Julio de 1811. — *Juan Angel Michelena.*"

Por supuesto que la Junta, despreciando cuanta majadería se encerraba en semejante documento, lo contestó fastidiada, recién al día siguiente, en una enérgica nota de dos párrafos, cuyo fondo era este: procedan bárbaros.

"Ni el tono valentón con que usted insulta — le decía, — ni el amago de su ferocidad, por unos medios solamente capaces de ejercitar su encono sobre imbéciles é impotentes, será bastante á desviar el gobierno y pueblo de Buenos Aires de las justas medidas con que resiste las osadas tentativas del que le ataca... con conducta opuesta á las reglas que han fijado las naciones civilizadas", y que podía emplear "únicamente el genio atropellado del jefe imprudente que se empeña en sostenerse en una autoridad que no le han dado los pueblos. Bajo esta inteligencia, obre usted por sus principios.... y recibirá las lecciones prácticas de la energía de un pueblo cuyos esfuerzos no ha sabido calcular el gobierno de quien ha recibido usted su misión". Y nada más, ni nada menos.

Con este bárbaro atentado, Elío se proponía aterrorizar á los habitantes de Buenos Aires, esperando debilitar su fibra revolucionaria y levantar el espíritu de los españoles,

á la vez que les hacía llegar fácilmente comunicaciones ocultas al ruido y alarmas del bombardeo. Pero sus cálculos fallaron por completo. Lejos de producir pánico á la población, su alma se erguía indignada, mientras el desprecio á la insólita cobardía ocupaba el lugar que tomaría en breve la venganza merecida. Un coro de burlas respondió al acto de los marinos, y mientras sus cañones descargaban sobre la ciudad, los jóvenes de familia conocida se entretenían alegremente patrullando toda la noche por las calles y escaramuzando con las bombas que estallaban.

Estas bombas y estas escaramuzas que llenaban ruidosamente las calles de Buenos Aires, fueron los primeros entretenimientos juveniles del después famoso general Paz. La "Gazeta" exteriorizaba al otro día estos sentimientos, que muestran el temple caballeresco y gentil de la raza que nacía: "Permítannos las naciones cultas de Europa—decía,—donde debe llegar este periódico, que sin perjuicio de la moderación propia de su carácter y dignidad con que ha contestado el gobierno esta intimación, se desahogue hoy día con la pluma el justo resentimiento que ha debido causar en el ánimo de los generosos, de los esforzados americanos, un hecho, el más vergonzoso, de que no podrá presentarse ejem-

plo en la historia de la guerra, aun cuando recorramos todos los excesos que se caracterizaban de heroicidades entre los bárbaros;... *pero la sátira* debe también auxiliar alguna vez los justos reproches á las bajezas, la cobardía y los insultos", y con esta norma de criterio en que comenzaba á revelarse una faz característica y aguda del espíritu nacional, seguía examinando á fondo el atentado incalificable de Elío: "¡Buenos Aires bombardeado! ¿Precedió á romper esta hostilidad alguna intimación? ¿Tiene esta ciudad por ventura, algunas murallas que impida á esos bloqueadores el batirse cuerpo á cuerpo con sus habitantes y entrar á toque de ataque por sobre los cadáveres de sus defensores? ¿Fué bloqueado por alguna escuadra con tropas tan respetables y suficientes para rendirlo, que una indiscreta y tenaz resistencia hubiese hecho preciso echar mano de este último recurso de guerra? ¿Se ha visto alguna vez hasta ahora bombardear una ciudad abierta por cuatro ladrones, sin otro objeto que hacer daño y vengar inútilmente la confusión y resentimientos que les causan sus delitos y su cobardía?

"El uso de los diferentes medios de hostilizar en la guerra está fijado por las naciones, y son sus leyes de sacratísima observancia

entre los hombres. El bombardear una ciudad especialmente ha estado sujeto hasta aquí á todos aquellos antecedentes que dejamos apuntados, y será la primera vez que se falta á ellos. Una ciudad destruída no será tomada con este sólo arbitrio: la posesión gloriosa de sus ruinas se defendería aun con mayor empeño por los valerosos americanos... ¿Por qué no bajan y vienen á batir estas fuerzas *desarmadas, tímidas, pusilánimes é indisciplinadas?*

"Las naciones cultas, los enemigos realmente poderosos, así pelean; esta ciudad lo ha visto ya prácticamente, y tiene un testimonio de ello en las acciones gloriosas que han fundado su respeto: acometida dos veces por tropas inglesas... ¿se le vió acaso tirar una bomba? Trajeron la fuerza necesaria y acometieron con honor y bizarría; fueron vencidos por la energía de un pueblo que no sabe sufrir que se le provoque impunemente; pero no hicieron acción que desdijese del merecido concepto que distingue á aquella nación... Esta conducta vergonzosa es privativa y estaba reservada para los bárbaros marinos españoles de Montevideo.

"¿Qué culpas tienen los edificios en nuestras acciones? ¿No es para ellos los españoles mismos más ventajoso conservarlos, para disfru-

tarlos como hasta aquí, y con mucho más placer cuando nos destruyan? *¡Ah! Que si ellos fuesen capaces de recibir el contagio de las pasiones: nosotros éramos, españoles, los que debíamos destruirlos por haber dado hasta aquí en ellos tan generosa hospitalidad á unos hombres ingratos con nosotros; los campos serían mejor habitación para nuestras almas nobles; y en la rústica simplicidad de sus moradores se conservarían mejor el honor, la buena fe, la gratitud y todas las demás revelantes cualidades que nos han de hacer siempre superiores á vuestras indecentes maquinaciones...*

"Buenos Aires no tiene más murallas que nuestros pechos; y para acometer hombres que no tienen parapeto que los defiendan, excusadas son las bombas y las granadas; el fusil y la espada son los únicos verdaderos resortes del valor; lo demás no es pelear, sino hacer daño, y manifestar que son cobardes, pues son indecentes."

Con estos bellos conceptos y otros más no menos nobles y vibrantes, terminaba la *Gazeta* del 18 de Julio la enérgica condenación de aquel atentado.

*
* *

En ese mismo día en que la escuadra de

Michelena se retiraba del puerto de Buenos Aires entre la burla y la indignación general, se aproximaba otra escuadrilla sutil á la ciudad de Corrientes y echando ancla en su puerto, se aprestaba á cometer igual acto de cobarde perversidad con los patriotas de aquella localidad, sublevando idénticos sentimientos de caballeresca valentía y arrancando á sus autoridades los mismos acentos de desprecio é indignación que acabamos de ver.

En la mañana del 19 (Julio) se presentó frente al puerto de la tranquila ciudad, donde no existía á la sazón una sola pieza de artillería, una escuadrilla española de cinco buques, con fuerza de desembarque, al mando del marino don Manuel Clemente, y abriéndose sobre la ciudad en línea de combate, afianzó con un cañonazo la bandera de guerra, sin media palabra de notificación ni aviso previo de ningún género á las autoridades, permaneciendo por unas horas en actitud de amenazante expectativa, hasta que el gobernador, don Elías Galván, le dirigió un oficio requiriendo el motivo y los propósitos de tan inusitada operación. La respuesta no se hizo esperar, poniendo en descubierto los medios torpes con que el jefe de la expedición pensaba imponerse á la ciudad: ¡lo que venían buscando los marinos con ese formi-

dable apresto, era, sencillamente, obtener víveres! En consecuencia, pidieron carne, pan y batatas, y como se les contestase que la intimidación no era el medio de conseguir por aquellos lugares lo que pedían, echaron á tierra una fuerza en son de asalto, "pero está decretado que no hemos de hablar una vez de estos hombres, que no sea para quejarnos de su bajeza" (*). Las primeras descargas de unos cuantos fusileros los puso en vergonzosa fuga, reembarcándose nuevamente con la celeridad que su pánico les permitió. Aquella fué la señal para que los barcos rompieran el fuego de su artillería sobre la ciudad completamente desprovista de medios de repeler el bombardeo.

Es digna de recordarse la actitud asumida por el gobernador Galván en aquella circunstancia, y nada puede reflejar mejor la indignación y el heroísmo que sublevaban estos actos vandálicos en los pueblos argentinos de aquellos días memorables, que reproduciendo textualmente, en toda su espontánea ingenuidad, la nota siguiente:

"Señor comandante don Manuel Clemente: Es muy extraña la conducta que está usted observando con esta ciudad, siendo un militar, que no debe ignorar el arte de la gue-

(*) Gazeta de Buenos Aires, 15 de Agosto 1811.

rra. *Las casas que inútilmente está usted volteando, no son las que han de batir á usted, sino los patriotas que tengo el honor de mandar, y los que desean que ponga usted los pies en tierra, para hacerle conocer la diferencia que hay de los soldados mercenarios á los que sólo se batirán por conservar su libertad.*"

Vemos aquí la indignación del gobernador de Corrientes reproduciendo los mismos conceptos fundamentales de la Junta de Buenos Aires, ante el salvaje atentado de bombardear poblaciones inadvertidas de todo peligro y sin recursos de represalia y castigo. El resentimiento del patriota era hondo como bien se explica, y por eso continuaba diciendo: "No crea usted que se borrarán jamás de la memoria de los dignos hijos de estos países *las horrorosas operaciones de toda la costa,* en que ha *venido usted robando é incendiando casas*". Y como no podía faltar la consabida sátira que gravitaba entonces contra la ineptitud de los *marinos de Montevideo,* el buen Galván le dice luego: "Sólo en el Paraná ha venido á manifestar su gran táctica la marina española, después que ha sido siempre el descrédito de la nación. Si usted quiere realmente batirse, *baje á tierra, que lo espero,* y si quiere aglo-

merar más y más sus delitos, siga volteando ranchos, *que yo le aseguro que no irá muy lejos á pagarla*''.

Era profética la advertencia y seguramente que los tales marinos sabían á qué atenerse en cuanto á los peligros de *bajar á tierra á batirse.*

''No tienen ustedes — continuaba — en toda América un punto en que no se abomine un proceder tan temerario y raro como el de ustedes. Hasta Montevideo, ese gérmen de iniquidades, está en sus últimos apuros maldiciendo la hora en que abrazó el partido más injusto que se ha experimentado en el orbe. — Corrientes, 23 de Julio de 1811. — *Elías Galván.*''

Fracasado el intento de conseguir víveres por medio de la fuerza, y convencido el jefe de la escuadrilla qpe el presunto temor de sus cañones en vez de abrirle las puertas de la ciudad, se las había cerrado para siempre, levó ancla y volvió proa río abajo, sin otra cosecha de laureles que haber destechado algunos ranchos sobre la barranca del río.

Así se retiraban los *marinos* del puerto de Corrientes. Mientras tanto sus hijos se batían al norte, al oriente y al sur de su territorio. La voz de la patria los había llamado desde muy lejos, y allí habían ido.

Al mando inmediato del heróico Melián formaban en aquellos momentos la primera división de vanguardia que Rondeau organizaba en Mercedes para marchar sobre Montevideo, y cuatro escuadrones de caballería de sus mejores hijos, con un efectivo de 590 plazas, constituían, en unión con otros cuerpos, la reserva del ejército á las órdenes de Hortigueras.

*
* *

Hondos anhelos agitaban al gobierno de Montevideo en los primeros días de 1812, y particularmente al general Vigodet. La conspiración que Alzaga tramaba activamente en Buenos Aires, sonreíales en esos momentos con la promesa de un éxito fabuloso. Sin embargo el espíritu de la población española de la ciudad sentíase cada vez más deprimido ante la absoluta primacía de los criollos.

El sitio de Montevideo se estrechaba y los recursos de la defensa permanecían estacionarios.

La palabra enérgica del gobierno patriota lo había persuadido que le era inútil todo entendimiento con ella que no tuviera por base el sometimiento absoluto de la plaza al régimen de la Revolución.

Propúsose entonces una nueva operación

de guerra con que esperaba entonar el espíritu de los españoles que soñaban aún con una reacción monárquica á ambas márgenes del Plata.

Se trataba de un *horrible bombardeo* de la ciudad de Buenos Aires, según la *Gazeta de Montevideo;* y que según la *Gazeta de Buenos Aires* tan fulminante operación guerrera se redujo á lo expresado en la siguiente noticia: "Don Primo". El 4 del corriente (*) se presentó el *estupendo y nunca bien ponderado don Primo,* comandante de las fuerzas navales del *señor don Gaspar,* con su escuadra sutil de ocho buques armados, que llenaron de terror á *las pobres lavanderas* que cubrían las orillas del río. Los botes y lanchones se cruzaban repartiendo órdenes á los *bravos marinos,* cuyos *altos designios* eran tomar el bergantín "Keche", único buque que con su lancha cañonera sostenía la lid. En fin, puesta la escuadra en línea de batalla en frente del muelle, empezó á echar bala rasa hacia lo interior de la ciudad al mismo tiempo que batía al "Keche". Sufrió con paciencia y ánimo constante los fuegos de nuestras baterías y buques más de una hora, y no fué poco. Sus fuegos hicieron *destrozos considerables*: una

(*) Gazeta de Buenos Aires del 6 de Marzo 1812

garita del muelle *perdió algunos cascotes que no le hacían falta,* y el "Keche" recibió varios tiros en la maniobra. La escuadra sutil dexó un mastelero y algunos otros indicios de su mala fortuna, hasta que *cansada de divertir á los espectadores,* se retiró á fondear en el punto más distante. ¿Quién creyera que la escuadra de don Primo no hubiera traído otro objeto que *hacer escaramuzas en el río?* Pero no, lo que prueba esto es que don Primo tiene buenos deseos, aunque la fortuna no le ayuda por estar dislocado de su siglo: *Si él hubiera vivido en los tiempos de Nelson ó Mazarredo, Dios nos guarde, ¡qué destrozos no hubiera hecho!*

Sin embargo, estas empresas traen grande utilidad, porque así se ensaya la marina española para auxiliar algún día el desembarco de las tropas de su amo el rey José en los puertos más seguros de la isla. Espero las nuevas hazañas de don Primo, para anunciarlas al público."

Para muchas poblaciones patriotas del Paraná el mes de Mayo de 1812 amaneció alumbrado con los resplandores del incendio y las violencias del saqueo. Era la obra de la escuadrilla corsaria de lanchones y goletas, constituídas en vanguardia de la famosa *Escuadra sutil* de Vigodet y Elio. El día dos

"celebraron los marinos de Montevideo el aniversario de las víctimas de Madrid con un acto de sus acostumbradas piraterías. Asaltaron el pueblo de Zárate con toda su fuerza y tuvieron el placer de quemar las tristes chozas de sus moradores. Las familias amedrentadas del estrago huían con sus hijuelos y alguna ropa que pudieron librar de las llamas pidiendo venganza á los hijos de la patria contra los normandos del siglo XIX" (*)

Era la tercera vez que el laborioso pueblo de Zárate sufría el asalto de las tropas españolas de Montevideo. Por eso la Gaceta mostraba su justa indignación: "Cobardes! — decía — continuad el incendio: descargad vuestro furor contra los habitantes pacíficos de la costa occidental del Paraná; pero desgraciado del que caiga en las manos de un pueblo justamente irritado"... Simultáneamente, otra escuadrilla de corsaristas asaltaba y robaba, en las cercanías de Corrientes el famoso establecimiento y caserío de Cossio, emporio del comercio ganadero con el Paraguay y el Entre Ríos, destruyendo al retirarse entre las llamas del incendio, cuanto la industria de sus moradores había levantado en el grandioso y pintoresco lugar. Y po

(*) Gazeta, 8 de Mayo 1812.

cos días después, el 23, nada menos que el *ilustre marino* Posadas, como le han apellidado los historiadores peninsulares, desembarcaba al frente de 50 hombres en el puerto de Obligado, requisaba por la fuerza el ganado disponible en la localidad y prendía fuego al villorrio, reembacándose satisfecho de la *función de guerra* anunciada con loa por los bandos de Montevideo.

El comandante de San Pedro que acudió precipitadamente al rumor del asalto, escribía al Jefe del Estado Mayor del Ejército: "Desde una distancia considerable, advertí las llamas que salían de la casa de campo de Obligado, que durante el parlamento había sido incendiado por los marinos: á pesar de haberme empeñado en mi marcha no pude evitar ese daño. Inmediatamente que me divisaron se reembarcaron precipitadamente, pero á pesar suyo no pudieron librarse de los tiros de mis fusiles. (*).

A la destrucción de estos puntos siguió el asalto al pueblo de San Nicolás. En la madrugada del 9 de Octubre, anclaron frente á su puerto cinco barcos de guerra con su artillería preparada y echaron á tierra 150 hombres que asaltaron estrepitosamente la población, apoyados por el fuego de los cañones

(*) "Gazeta", Mayo 1812.

de abordo. Desembarcaron luego 7 piezas de artillería, y dominada por completo la ciudad, que no contaba con ninguna clase de fuerza regular, la entregaron "al saqueo desde las 7 de la mañana, hasta las 5 de la tarde, matando al presbítero Dr. Don Miguel Escudero, al que, después de haberles dado cuanto dinero tenía, le dieron un culatazo en la cabeza y un bayonetazo en la tetilla. A las cinco de la tarde levaron anclas y se dirigieron á Montevideo, pero al día siguiente, aparecieron nuevamente tres buques más, un bergantín, una goleta y un falucho, — y puestos en línea frente del pueblo lo comenzaron á batir con cañones de á 12 y á amparar su desembarco verificado en número de más de cien hombres con dos piezas de á 3, haciendo fuego á las casas y completando el saqueo de los anteriores". (*).

Buenos Aires recibió con indignación la noticia de tanta saña ejecutada con el más lamentable olvido de las leyes de la guerra y de humanidad: "Continuad desahogando los efectos de vuestro frenesí — decía el redactor del diario oficial — ya que se acerca el momento en que tedreis que ceder á la ley que se os prepara, y bajo la cual confesareis con harto dolor que la providencia ha destinado

(*) Gazeta Ministerial, 16 Octubre 1812.

los pueblos de América para ser libres y entrar en el rango del que por vuestra prostitución habéis salido". (*).

⁂

Los asaltos se sucedían así á través de las costas del Paraná y Uruguay, hasta que la aurora del año 13, que debía ser tan gloriosa, comenzó á cambiar la suerte de los piratas realistas en esas luchas singulares, crueles y novelescas.

Aquellos días vióse en el Alto Uruguay, en las cercanías de Yapeyú, una partida de criollos del lugar abandonar sus caballos y lanzarse al agua con el cuchillo en la boca para sorprender y batir una escuadrilla corsarista de españoles y portugueses; mientras en otro lugar del mismo río, fuerzas más organizadas, al mando de brillantes oficiales, realizaban hazañas semejantes que repercutieron ruidosamente en Buenos Aires y en Montevideo. Era esta un nuevo espécimen de esa lucha curiosa y romancesca entre fuerzas fluviales y ginetes *criollos* que se lanzaban al agua y volvían con los barcos enemigos que amarraban junto á sus cabalgaduras, allí mismo donde las granadas y balas rasas de los cañones habían fulminado la muerte.

(*) Gazeta Ministerial, 16 Octubre 1812.

El 20 de Enero, cuando la escuadrilla de Zabala se movía por el Paraná de las Palmas en rumbo á San Lorenzo, el Gobernador de Corrientes, Don Elías Galván recibía el parte siguiente del comandante de Gualeguaychú: "El doce del que gobierna, á las tres y media de la tarde, tuve parte por una de las guardias que amparan este Riacho, que dos buques enemigos estaban fondeados á su frente: á pocos momentos me avisa el guarda-costa que en el puerto de Landa hacían pie cinco más. *Ya se presagiaba que los piratas de Montevideo maquinaban una formal expedición con el designio de invadir estos puntos, saquearlos y demolerlos*: á esta amenaza era consiguiente una medida precautiva capaz de hacerle datar á la pátria el nuevo triunfo con que se ha coronado.

El enemigo se había entrado á un arroyo nombrado el Bellaco, en donde estaba abasteciéndose de carbón. La aspereza y escabrosidad del lugar formaban la esperanza del enemigo más que sus propios esfuerzos: no obstante llegaron los nuestros, se reunieron, y persuadidos de que perder la vida por la pátria no era otra cosa que mejorarla, dieron la señal de alarma, los provocaron, los acometieron, y triunfaron; panegirizar el mérito de la tropa sería entristecerlo; por esto

es que los dejo á su consideración: pero aún hay más que admirar: los soldados de la segunda compañía de este escuadrón, Antonio Gorosito y Matías Guzmán, llevados del furor que les inspiraba la presencia del enemigo, acordaron entre sí abordar á uno de los buques sin más arma que el sable en la boca, se echaron á nado y burlándose de su resistencia se hicieron dueños absolutos de él, con dos más que se habían apresado. Los tres son los siguientes: á saber; la goleta *Nuestra Señora del Rosario,* de 25 toneladas, propiedad del gallego emigrado Domingo Biscaya con dos cañones de á 4, 14 balas de este calibre, otros tantos sacos de metralla, y ocho fusiles, cuyos enseres se detallan en la licencia que traía el patrón de este buque. Otro de dos palos, perteneciente al gallego Vidal quien hacía de amo y patrón de él según consta en las declaraciones de los prisioneros, con dos cañones de á 8, 16 balas de igual calibre, 6 bolsas de metralla, y 5 fusiles. Una balandra con un cañón de á 12, 11 balas correspondientes, 6 bolsas de metralla, y 6 fusiles. Los prisioneros que quedan en este cuartel son 17, de los cuales hay 3 gravemente heridos: 4 negros esclavos tomados; entre estos aseguran que los muertos fueron 6 contando con dos

que se precipitaron al Uruguay, y que probablemente han perecido.

José Gutiérrez.

Gualeguaychú, Enero 20 de 1913.

Así comenzaba en las aguas de los ríos argentinos el año 13 que estaba destinado á ver triunfante la Revolución en donde quiera que chocasen las armas de la pátria con las de sus opresores.

Sin estas ligeras reminiscencias de la guerra litoral con los marinos de Montevideo, no podría comprenderse toda la importancia moral y material que tuvo para el país la acción de *San Lorenzo,* asunto de estas páginas, á cuyas puertas nos encontramos, pues el futuro vencedor cabalga en estos momentos camino hacia el campo inmortal.

Vá á vengar con un solo golpe de sables tres años de guerra pirática y asoladora, asegurando al pueblo argentino que desde allí en adelante no volvería la planta del invasor á estampar sus huellas en los pueblos de su dilatado litoral.

CAPITULO IV

Carta del doctor Paso á Sarratea sobre la inminencia de un ataque de las fuerzas sitiadas en Montevideo. — Situación desesperada de esta plaza á comienzos de 1813.— Vigodet prepara una expedición sobre el Paraná. — Las fuerzas de desembarco. — El triunvirato manda salir al coronel San Martín en protección de los pueblos amenazados por la expedición de Montevideo. Se le ordena un escarmiento. — El toque de silencio del 28 de Enero de 1812 en el cuartel del Retiro. — La marcha del primer escuadrón de Granaderos á caballo. — Un testigo insospechable. — La noche de San Lorenzo. — El combate. — Su importancia práctica. — Magnanimidad de San Martín. — Un recuerdo en Los Andes. — La columna inmortal.

SAN MARTIN ES LA PERSONIFICACIÓN DE LAS VIRTUDES ANTIGUAS.

SARMIENTO

PERO, SAN MARTIN, NO ES GRANDE SOLO POR SUS VICTORIAS, LO ES POR SU INMENSO AMOR Á LA AMÉRICA; PUDO SER UN NAPOLÉON, UN CESAR, Y FUÉ SOLO UN WASHINGTON!

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

El 25 de Diciembre de 1812 el doctor Paso,

miembro del Triunvirato, escribía á Sarratea, que se hallaba como representante del gobierno en el ejército de operaciones contra Montevideo, acantonado á la sazón en las costas del Uruguay: "Es tal y tan grande la inquietud de los riesgos que corre la suerte de nuestra causa, que me trae en continua agitación. Todas las apariencias, noticias de cartas, voces vagas del pueblo, nos anuncian un gran proyecto de Montevideo, bastante próximo. Por estos datos é indicaciones, y por las declaraciones de los pasados que usted nos ha avisado, puede aquel terminar á uno de cuatro objetos, á saber: un desembarco en esta ó en alguno de los puntos inmediatos por una combinación de los europeos españoles, según el plan que tengan acordado; una salida general contra el ejército sitiador; una expedición de agua y tierra sobre las bacterías de Punta Gorda, Santa Fe ó Bajada; otra igual sobre el Uruguay contra el cuartel general ú otro punto que nos corte el pasaje libre de nuestra correspondencia, pertrechos, etcétera.

"El primer designio me parece más que difícil.... Una salida general sobre ese nuestro ejército puede ser una parte del proyecto, pero el apresto de muchos buques, de los cuales hay algunos en Martín García, *indica*

otra operación; y no siendo verosímil contraerlo con tanto aparato al solo bombardeo de esta ciudad, es sumamente posible que intenten una empresa muy seria *en el Paraná,* ó en el Uruguay. Las noticias é indicaciones son generalmente al Paraná, las unas al grueso de 600 á 700 hombres de desembarco, las otras hasta el número de 1200 ó 1300 con objeto de destruir las baterías. Esta última noticia nos dá el doctor don Nicolás Herrera''.

Y continuaba diciendo: ''Sin dar crédito y valor á la magnitud con que se figuran, estoy convencido que hay un proyecto de mar y que debe ser con un objeto importante y fuerzas capaces de superar las dificultades que han de acometer... ''Si por falta de fuerzas competentes *perdemos las baterías y nos ocupan á Santa Fe y la Bajada,* las consecuencias son las más tristes y funestas: se pierde toda la artillería destinada al sitio que hay en ellas; se imposibilita el pasaje del grueso tren de la que se está fundiendo y el de la pólvora y cuanto auxilio haya que remitir; se imposibilita el sitio de Montevideo absolutamente, sin arbitrio posible, ni tampoco lo hallo para el regreso de esa tropa á esta banda''.

''Es evidente que debe usted soponer que no se puede batir á Montevideo antes de 8 á

9 meses: faltan que fundir cinco cañones, dos obuses y 500 granadas. Agregue usted que de ningún modo debemos contar con la buena fe del armisticio portuguész. Mr. Miller (*) me ha asegurado por un pasajero americano que había llegado un portuguéz del Río de Janeiro á Montevideo, con el encargo de asegurar á aquel gobierno que el del Brasil había sido forzado á retirar sus tropas *pero á reserva de ocurrir en un caso de apurado conflicto á su auxilio"*.

Las vistas y prediociones del doctor Paso

(*) Se refiere el doctor Paso á don Juan Miller, inteligente escocés radicado en el alto comercio de Buenos Aires, y "patriota decidido", naturalizado argentino, "en mérito á su adhesión al sistema general y el enlace que ha contraído en el país por el vínculo del matrimonio". (Gazeta, Marzo de 1812). Como Diego Winton, Juan Thwaites, F. Teathfield, Billinghurst, R. Ort y muchísimos otros, era de los bravos británicos que se sentían argentinos por su profunda simpatía á nuestro país y sus habitantes, y que exponían su sangre y su oro á las contingencias de la guerra de la Independencia.

Esta marcada y noble inclinación de los ingleses liberales hacia los argentinos, era tan característica y desembozada que sublevaba contra ellos el odio de los españoles de Montevideo, de donde, en estos mismos momentos, — mientras en Buenos Aires, Winton y otros recibían su carta de ciudadanía argentina, con honrosa mención, — Vigodet los expulsaba ignominiosamente "por rebeldes", ensañándose con especialidad contra Mr. Stuard y Mr. Relly, que pasaron, naturalmente, á Buenos Aires á engrosar el contingente de extranjeros distinguidos afiliados en la causa de la libertad americana.

eran exactas y demuestran que el Triunvirato tenía conocimiento de lo que en realidad meditaba el gobierno de Montevideo, sin que fuera posible, naturalmente, como no lo era en aquel caso de guerra, determinar con absoluta precisión el plan de ataque del general Vigodet.

*
* *

La situación del ejército español se hacía desesperante dentro los muros de Montevideo al finalizar ese año de 1812. Las deserciones, las pestes y el hambre habían cundido, determinando un gran desaliento entre los mismos españoles de fuste que hacían de directores de la opinión y la resistencia. El golpe recibido por sus parciales de Buenos Aires con el descubrimiento de la conspiración de Alzaga; el levantamiento general de la campaña de la Banda Oriental y el estrechamiento del sitio por las fuerzas patriotas, les hacían sentir la proximidad de un golpe fatal y definitivo. Y para corolario de esa triste realidad, la diplomacia del gobierno de Buenos Aires les había cerrado las puertas á toda posibilidad de obtener del Portugal en esos momentos ningún auxilio de importancia. Alentábalos sin embargo las noticias felices que les llegaban de la Península. Por ellas

mantenían esperanza de recibir fuerzas y recursos suficientes de la madre patria, con que mantener vigorosamente la resistencia de la plaza contra los ataques de Buenos Aires. Por parte de los patriotas la situación no era menos apremiante. Un ejército de 9000 hombres marchaba victorioso por las provincias del Alto Perú, y su vanguardia orgullosa y perfectamente organizada invadía ya el norte del territorio argentino, mientras al Oriente Artigas, sublevándose contra el gobierno de la patria, dividía, debilitaba y anarquizaba el ejército de Buenos Aires que sustentaba la guerra en esa parte de sus fronteras.

El plan fundamental que inspiraba las resistencias del gobierno de Montevideo consistía en buscar su conexión por el Chaco y Santa Fe con las fuerzas invasoras del Alto Perú y el Norte argentino, que venían desde Lima obedeciendo las combinaciones que con la Junta Central había acordado desde dos años antes y que tenía en el ministro español de Río de Janeiro, el marqués de Casa Irujo, su más entusiasta pregonero. La aproximación de la vanguardia de Goyeneche hacia las fronteras de Jujuy y de Salta, y la desesperante situación de la plaza impelió al general Vigodet á dar un golpe de mano sobre los sitiadores en la madrugada del 31 de Diciembre de 1812.

Las noticias que llegaban al gobierno patriota de estarse preparando en Montevideo una fuerte expedición naval de 1200 á 1300 hombres era exacta, pero sobre la base de que el defensor de Montevideo hubiese triunfado por tierra en el ataque preparado contra los sitiadores para obligarles á levantar el asedio siquiera momentáneamente.

La tremenda derrota sufrida en el *Cerrito* á consecuencia de esa operación, y en que España sufrió la pérdida de un soldado notable, el mariscal Muesas, cambió los planes concebidos, obligándose Vigodet á reducir la expedición marítima, por que no era posible desguarnecer un solo día á Montevideo del número suficiente de ejército en caso probable de sufrir un asalto general de la plaza. En presencia de esa derrota no tenían otra salvación los soldados del rey de España guarecidos en ese punto, como su único reducto en toda la extensión del Plata, que conservar expeditas á todo trance sus correrías por el Paraná y el Uruguay, porque eran las poblaciones de sus márgenes las únicas de donde podían surtirse de víveres frescos, por la fuerza de las armas.

Así lo comprendió el comandante San Martín, y resuelto á coadyuvar á la defensa, estratégicamente ordenada, del litoral argentino,

presentó al triunvirato á mediados de 1812 un plan general de defensa de los pueblos y costas más frecuentemente azotados por las marinas de Montevideo. Las grandes preocupaciones que absorbían la atención del gobierno en aquellos días angustiosos del esfuerzo argentino, impidió realizarlo en su totalidad, si bien dictó, de acuerdo con él, algunas medidas importantes.

Cuando las cosas apuraron y recibía San Martín orden de partir inmediatamente en socorro de los pueblos del Paraná amenazados de una inminente invasión, se lo recordó al gobierno en tono de reproche con su entereza acostumbrada: "Hacen muchos meses que presenté á V. E. un plan general de defensas de esas costas", le decía.

*

* *

Con la derrota del Cerrito que aproximó casi á los fosos de los bastiones las avanzadas del ejército patriota haciendo reconcentrar las fuerzas españolas á los puntos más próximos de la ciudadela, desapareció la posibilidad de continuar el apacentamiento de ganado en las cercanías, como lo habían hecho hasta entonces protegidos por el alcance de los cañones; á la vez que de las islas vecinas, de San Gabriel, Martín García y Gorriti lle-

gabanle anuncios á Vigodet de no existir más ganado con que alimentar la plaza. "Los granos acopiados, escribía un testigo presencial el 27 de Enero, apenas sufragaron para el consumo de 35 días, los recursos de carne fresca han desaparecido, y el agua... hay que conducirla en buques de ese magestuoso río" (el de la Plata). (*) Siete mil doscientas fanegas de trigo y doscientas de mala galleta, era todo lo que contaba á fines de Enero de 1813 la plaza de Montevideo para mantener cinco mil soldados, con una inmensa cantidad de ellos enfermos á causa de las penurias. En estas condiciones, — con la peste, la derrota y el hambre dentro de sus muros, — no le quedó á Vigodet otro recurso que intentar una expedición lo suficientemente respetable, que abriera una comunicación segura con los puertos y poblaciones capaces de proveer á la plaza del bastimento necesario, mientras conseguía distraer por la parte de los dos grandes ríos del litoral argentino las fuerzas que el gobierno de Buenos Aires tenía preparadas en las márgenes de ambos para lanzarlas al asedio de Montevideo. Si el ensayo definitivo dábale feliz resultado, esperaba, con algún fundamento, que de Río de Janeiro y de Cádiz recibiría muy en

(*) Gazeta. Enero 1813.

breve recursos con que cambiar su apremiosa situación. Si fallaba, solamente un poderoso ejército y una escuadra digna de ese nombre podrían mejorar la suerte de las armas del Rey en ese lugar del Río de la Plata. (*).

Para el objeto, preparó cautelosamente en Montevideo y Martín García los hombres y pertrechos necesarios, eligiendo los primeros de entre los elementos de hacha y fuego que habían asaltado y quemado repetidas veces las poblaciones costaneras de Buenos Aires, cuidando de poner junto á ellos un destacamento de tropa veterana escogida entre las mejores fuerzas de la plaza y haciéndolos comandar por dos oficiales probadamente valientes y conocedores experimentados del lugar á donde debían operar eficazmente. Era el primero el comandante de artillería Juan Antonio de Zavala "vizcaíno de cabello blondo, talla colosal y militar apostura, y el más ardiente agitador de la expedición". (**).

Había militado en el Paraguay contra las fuerzas de Belgrano y conocía el terreno y la naturaleza de guerra á que se le destina-

(*) Carta de Vigodet á Casa Irujo. Archivo Nacional.

(**) A. J. Carranza. "Revista de Buenos Aires", Tomo IV.

ba en tan señalados momentos. Era el segundo un exaltado enemigo de los *rebeldes criollos*, corsista por inclinación y bravura, don Rafael Ruiz, familiarizado en la navegación de los ríos Paraná y Uruguay: ambos, dos manos de hierro que habían sido bien elegidos por el general Vigodet, hombre de talento, para que, de acuerdo con sus cálculos las sentáran en todo su peso sobre los rebeldes que osaren resistirlos.

*
* *

A fines de Enero la expedición estaba lista y zarpaba de Montevideo y Martín García en número de once barcos armados, entre los que hacían escolta las sumacas y faluchos *Fama, San Martín, Aranzazu, Jesús María y Nuestra Señora del Carmen*, con 350 hombres de combate, aproximadamente, y la artillería de desembarco necesaria.

La misión expedicionaria era abrirse camino á lo largo del Paraná, con objeto de alzar y conducir á Montevideo toda clase de víveres frescos y recursos pecuniarios ó de guerra que consiguiese de las poblaciones extendidas á sus márgenes, cortando la comunicación y el comercio de Buenos Aires con el Paraguay, á cuyo objeto debía tratar de destruir y arrazar las baterías patriotas de Pun-

ta Gorda y las que pudiera hallar más al norte de dicho punto. El gobierno de Montevideo fiaba que esta expedición sería invencible desde que iba á operar en un litoral donde no existía un solo barco enemigo, y que tendría sus fuerzas de desembarco protegidas en todo momento por más de treinta cañones de grueso calibre, amén de la excelente calidad de la tropa fiada á dos bravos y expertos militares.

Como se ha visto, los aprestos de esta expedición de tanta importancia para los hombres de Montevideo no pudieron pasar desapercibidos á la observancia alerta de los patriotas de Buenos Aires.

La noche del 13 de Enero tuvo conocimiento el gobierno de la eminencia de la expedición, por el aviso del soldado Alejandro Rodríguez, ex-sargento de la milicia de la Colonia, que no había querido ser del número de los que se aprestaban en Martín García á probar en cabeza propia el *sable de palo* de los Granaderos.

Al día siguiente, 14 de Enero, marchaba oficio al coronel Balcarce, comandante de las baterías de Punta Gorda, y uno de los oficiales veteranos que halló en su seno la revolución argentina en 1810, ordenándole situase vigías en el paso las *Vacas*, y haciéndole

bien presente *que la seguridad de las comunicaciones de Buenos Aires con el ejército de la Banda Oriental, urgía por todo género de sacrificios para no aventurarlas.*

Simultáneamente disponía la Junta que se levantase por innecesaria la batería del Rosario y se reforzase las de Punta Gorda, que contaban á la sazón con 15 cañones de batir y una guarnición de 480 hombres.

No teniendo todavía el gobierno la seguridad absoluta, de si la escuadrilla española remontaría unida uno de los dos grandes afluentes del Plata, ó se dividiría atacando la una las guarniciones del Uruguay y la otra los pueblos y las baterías del Paraná, circuló con fecha 22 la noticia correspondiente á las autoridades militares y civiles del litoral á efecto de que tomasen las medidas convenientes para repeler la agresión, recomendando especialmente al gobernador de Santa Fe, que lo era el ardientísimo patriota don Antonio Luis Beruti, y al jefe de la comandancia militar de *La Bajada,* don Francisco Antonio Latorre que, con todos los refuerzos necesarios, completasen el estado de defensa de las baterías de Punta Gorda. Estas estaban listas y prevenidas á todo evento, porque desde el campo patriota de las costas del Uruguay le habían llegado rumores de un próximo ata-

que de corsaristas de Montevideo. Tenían perfectamente provistos sus 15 cañones y sus obras de defensa habían sido terminadas bajo la dirección científica del barón de Holmberg, quien marchaba á la sazón con rumbo á Salta donde tomó el mando de la artillería en el ejército del general Belgrano. El coronel don Marcos Balcarce quedaba al mando de las baterías.

* * *

El día 28 tuvo conocimiento el gobierno de que la expedición naval se aproximaba á San Nicolás, por donde cruzó, efectivamente, dicho día navegando resueltamente Paraná arriba.

Se estaba ya en la certeza del objeto del enemigo. El gobierno procedió rápida y enérgicamente.

Inmediatamente ordenó al comandante de Granaderos á caballo que, tomando *un escuadrón* de este regimiento de su comando, y una fuerza del *segundo batallón de infantería*, hasta completar 250 hombres, saliera sin pérdida de momento en protección de los puntos que pudieran batir las fuerzas de la expedición fluvial, siguiendo por las costas del Paraná hasta Santa Fé, y debiendo atacarlas

en el lugar donde desembarcasen, siempre que no fueran de mayor número y de acuerdo con las instrucciones dictadas por el estado mayor, que se le entregaban. (*).

Para el caso en que tuviese que cruzar á la banda oriental del Paraná en protección de Punta Gorda, se daban, simultáneamente, las órdenes del caso al gobernador de Santa Fe, á fin de que le tuviera listas todas las embarcaciones necesarias para el pasaje del río.

Considerándose necesario darle al comandante San Martín todos los medios de extender su radio de acción sobre terreno tan vasto en la apremiante empresa que se le confiaba, se ordenó que el comandante don Juan Bautista Morón, con una parte de su regimiento de caballería tratase de alcanzar sobre la marcha al jefe expedicionario y se pusiese bajo sus órdenes.

*

* *

El ardiente propósito de los miembros del gobierno era *hacer un escarmiento* con los marinos de Montevideo. Cargados de indignación estaban el pueblo de Buenos Aires y todos los de su vasto litoral con las fechorías sangrientas que habían venido realizando impunemente hasta entonces. La Gazeta de esos

(*) Véanse en los "Anexos".

días y las notas del Triunvirato expedidas á las autoridades fluviales lo demostraban elocuentemente. Había un anhelo público, vivo, palpitante, por infligirles un castigo ejemplar.

"Haga usted un escarmiento con los piratas de Montevideo", le dijo el gobierno.

Ese era el nervio de la orden. El *criollo* de Yapeyú se la guardó en lo hondo de su pecho, y ya veremos como la saca de allí para esculpirla sobre el terreno de la refriega.

Quedaba resuelto que él daría ese escarmiento. Necesitaba desde luego mucho sigilo á fin de que no se le escapara la presa. La clase de guerra que los realistas de Montevideo venían haciendo, tendría su merecido. Era la noche del 28 de Enero de 1812. El coronel de los Granaderos á caballo ha permanecido en su cuartel del Retiro desde las primeras horas de la tarde en que, después de conferenciar secretamente con el jefe del estado mayor, despidió un chasque que partió con oficios á galope tendido por el *camino de la costa*. Todo respira en el cuartel el habitual ambiente de orden. Los clarines sonaron su *toque de oración* hallando el Regimiento tendido en ala, seis pasos frente al cuartel, como á la hora de todos los crepúsculos. En el rostro del coronel, la severa tranquilidad

de siempre, no dejaba traslucir ninguna novedad.

Diez minutos antes de la hora de *silencio*, inusitadamente resuena en toda la amplitud de las galerías internas del Retiro la voz ronca y fuerte del coronel que ha dictado una orden, y el clarín de guardia, como el eco broncíneo de esa voz, manda *¡á ensillar el primer escuadrón!*

La Mayoría del cuerpo ha entregado silenciosamente á los granaderos del escuadrón sus pertrechos de campaña y á medio día han partido, camino de Olivos, los carros con municiones, sin que la población de la ciudad se apercibiera.

El *toque de silencio* encontró al primer escuadrón de Granaderos formado á caballo en el patio del cuartel. Apagado el último eco melancólico del clarín el escuadrón desfiló ante la venia de sus compañeros militarmente cuadrados y bajo la sujestiva gravedad de aquel doble silencio, el de ordenanza y el aconsejado por el patriotismo, poniéndose al trote, camino á la costa de Santos Lugares, en demanda de su primer ensayo guerrero.

Debía encontrar en ese pobladío la caballada de repuesto, que estaría lista para seguir su camino sin demora de momento. Llegó allí

á las 12 de esa noche, sin encontrar los caballos necesarios ni para su escuadrón, ni para el segundo de infantería que, según órdenes del estado mayor debía marchar junto con él.

Así tuvo cuidado de manifestarlo al gobierno, obrando siempre dentro de su enérgica rigidez militar, en una concisa nota datada á las 8 de la mañana del día 29 en la misma posta que llevaría después su nombre. Es de suponer que dada la premura con que se ordenó el aprovisionamiento de caballos á la columna, no hubieran tenido tiempo material de reunirlos y alistarlos en número de 250 que fueran los ordenados por el gobierno, en el concepto de que San Martín no se aproximaría á un desenlace con las fuerzas enemigas sin llevar la infantería montada del segundo batallón. Tal contratiempo no detuvo á San Martín. Dejando en dicha posta estas fuerzas y sin que se le hubieran incorporado las del comandante Morón, se puso en movimiento la noche del 29 trotando durante toda ella para aproximarse al Paraná, cuyas aguas saludó por primera vez desde su infancia al rayar la aurora del día 30 de Enero. Su anhelo inmediato era llegar precipitadamente á San Nicolás, por donde la escuadrilla española pasara el día anterior, por que allí debía reco-

ger datos seguros y buenos repuestos de caballos, resuelto á no perder la pista enemiga una vez que la pusiera bajo su vista.

"Cuéntase, dice un historiador, que fué una de esas noches memorables, que se le vió por primera vez á este militar tan austero como apegado de suyo á la rigidez del uniforme europeo, divorciado con él, trocando momentáneamente su entorchada casaca y plumoso *falucho,* por el humilde chambergo de paja y la manta ó poncho americano para así disfrazado, mejor observar los pausados movimientos del convoy, que seguía de hito en hito, y cuyas altas velas creía á cada paso divisar en lontananza".

Una vez llegado á San Nicolás destacó un pequeño grupo de sus granaderos, también disfrazados de paisanos, para despistar las espías del enemigo que infestaban las costas, al mando del teniente Don Angel Pacheco, para que, poniéndose en continuo contacto con los incidentes del convoy, se los transmitiese tan frecuentemente como fuese necesario, mientras él con el grueso de las fuerzas seguía de cerca la ruta de la escuadra, viajando preferentemente de noche para no hacerse siquiera sospechar.

En la mañana del sábado 30 de Enero, después de haberse detenido un momento el

día anterior á la vista del Rosario, ancló la escuadra corsaria frente á las barrancas de San Lorenzo, un poco al norte del monasterio que daba su nombre al lugar, y que estaba habitado á la sazón por unos cuantos misioneros franciscanos de *Propaganda fide.*

Bajaron á tierra un destacamento de 100 hombres, que se dirigió al convento en demanda de víveres. Allí supieron sin ningún lugar á duda que no hallarían ni una vaca ni un mal cordero, menos elementos de movilidad, porque todo había sido rigurosamente internado á gran distancia desde días anteriores; recogiendo por único trofeo las gallinas que servían de alimento á los buenos franciscanos y algunos melones requisados en la huerta del convento. "Formados los expedicionarios frente á la portería del convento, vieron á la distancia una pequeña nube de polvo que se levantaba en el camino del Rosario. Era Escalada — el comandante militar del Rosario — que noticioso del desembarco, acudía al encuentro con su cañón de montaña y sus 50 hombres medio armados. La campana del claustro daba en aquel momento las siete y media de la mañana. Cuando Escalada llegó al borde de la barranca, los españoles se replegaban so-

bre la ribera á son de caja en disposición de reembarcarse. Rompió sobre ellos el fuego con su cañón; pero los buques con sus piezas de mayor alcance le obligaron á desistir de su hostilidad". (*)

Esta primera resistencia de los milicianos rosarinos, sirvió de engaño á Zabala, haciéndole creer que, en el plan que meditaba desarrollar en aquel lugar, tendría que medirse con fuerzas improvisadas.

Amparado de las sombras de la noche del 31, se lanzó al agua un paraguayo que tenían prisionero los corsarios y se presentó á Escalada suministrándole datos importantes acerca del número de la fuerza expedicionaria, los planes concebidos para el ataque del lugar, y los propósitos fundamentales que la inspiraban. Al día siguiente, 1°. de Febrero, San Martín recibía aviso de que la escuadrill aanclada á la vista del caserío de San Lorenzo, tenía á su bordo una fuerza de 350 hombres de desembarco; que se ocupaban en aquellos momentos de montar dos cañones para desembarcar al día siguiente; y que su objeto era registrar el monasterio para sustraer los caudales de la localidad que suponían ocultos allí, y seguir luego hasta Punta Gorda, tratando de destruir, si podían, las

(*) Mitre. "Historia de San Martín", Tomo I.

baterías y en caso contrario pasarlas de noche y continuar río arriba para interceptar é impedir el comercio con el Paraguay.

Cuando estos avisos de Escalada llegaron á San Martín, hallábase éste á dos jornadas de retardo con relación á la marcha de la escuadrilla y traía su escuadrón dividido en dos mitades y marchando separadas, siempre con el fin de llamar la atención lo menos posible, aún entre la gente patriota de la comarca.

A las diez de la noche del día 2, sus pequeñas columnas llegaban á la posta de San Lorenzo, fatigadas por una marcha forzada de todo un día y parte de la noche. En esta posta memorable esperaban los caballos necesarios que habían aparecido allí por ensalmo, al influjo del activo Escalada. Y decimos por ensalmo, porque Diógenes mismo no les hubiera pispado ni una oreja, si hubiese llegado por allí unas horas antes á requerirlos. De la posta al fondeadero de la escuadrilla, distaban unos cinco kilómetros.

Una ocurrencia casi romancesca por lo singular, vino en este momento á ofrecer á la posteridad un testigo insospechable que nos ha dejado unas páginas valiosísimas sobre el combate de San Lorenzo, que esclarecen los rasgos militares del general San Mar

tín, rasgos cuyas severas virtudes no han sido superadas aún por ningún predilecto de América.

Este honorable testigo es el viajero ingles Mr. Robertson, hombre de fortuna, como de energía, quien no queriendo exponerse por agua á los desmanes de los marinos españoles, había emprendido por tierra un viaje en coche desde Buenos Aires al Paraguay, con la limpieza de quien sale á dar una vuelta por Palermo.

Nada más hermoso para nuestro objeto que escuchar al mismo Mr. Robertson la narración de los extraordinarios sucesos que le acaecieron en esa posta entre 9 y 10 de la noche del 2 de Febrero de 1812. Hallábase allí detenido por falta absoluta de caballos que arrastrasen su pesado carruaje, el que, estacionado frente al rancho del jefe de posta le servía de alojamiento.

"Me informaron, dice, de que no podía obtener caballos, porque considerando peligroso mantenerlos allí ante la aproximidad del enemigo, se había dispuesto que todos fuesen conservados á disposición del gobierno y prontos en un momento de alarma para ser retirados al interior ó entrar en servicio activo".

"Había temido ya semejante interrupción

en forma definitiva, pues sabía que los marinos se hallaban en número considerable en alguna parte del río, y al recordar mi delincuencia por haber forzado su bloqueo, *deseába mas bien caer en manos de cualquier otra partida, antes que en la suya.* Pero aquí me hallaba, y no advertía movimiento ni á mi frente ni por retaguardia''.

Antes de recogerse, Mr. Robertson quiso arreglar sus cuentas con el maestro de postas; ''cuando todo estuvo arreglado, dice, me retiré al carruaje y pronto me dormí profundamente''.

''Poco hacía que disfrutaba de mi sueño, cuando fuí despertado por un ruido de caballos y de sables''.

Como la preocupación que molestaba al viajero era caer en manos de los españoles, ''cuyo bloqueo había violado'', como dice, ''saliendo de Buenos Aires'' y sobre todo, agregamos nosotros, por haber contrariado las reglas de las preocupaciones españolas, haciendo caballeresco conocimiento con muchos de los patriotas que rolaban sobresalientemente en el comercio y la política, le hizo creer que estaba bajo la garra de aquellos: ''no había duda, pensé, que estaba en manos de los marinos!''

—"¡Quién está ahí!" — preguntó imperiosamente una voz.

— "Un viajero" — repuse.

"No dudé un momento — exclama Mr. Robertson,—en presentarme como víctima, confesándome que era inglés."

—"¡Ande pronto y salga!" — dijo la misma voz.

El valiente viajero estaba bajo la seca requisitoria de un granadero, y su mal rato se habría amargado más, si en ese momento no hubiera sucedido que "se acercaron á la ventana tres personas cuyas facciones no pude reconocer, en la obscuridad, *pero muy seguro de conocer la voz de uno de ellos,* cuando dijo este á los hombres: "no sean duros, no es un enemigo, sino como informa el maestro de posta, un caballero inglés que se dirige al Paraguay".

— "Los hombres se retiraron, y el oficial se acercó á la ventana de modo que pude descubrir, algo vagamente, sus distinguidas y prominentes facciones (eutures) y combinando sus rasgos con la voz le dije: seguramente es usted el Comandante San Martín, y si es así, aquí tiene usted á su amigo Mr. Robertson".

El buen inglés respiraba entonces alegremente: "el reconocimiento fué instantáneo,

mutuo y cordial'' nos dice. San Martín ''rió de todo corazón cuando le descubrí mis temores al confundir sus tropas con los marinos''.

El coronel me informó, continua diciendo, de lo que pasaba: ''forzar el desembarco esa misma noche; someter al pillaje á la región; y especialmente saquear el Convento de San Lorenzo''.

''Añadió que, á fin de prevenir esto, había sido destacado con 150 (*) granaderos á caballo de su propio regimiento; que había venido á caballo, viajando principalmente de noche, á fin de evitar ser observado, en 3 noches de Buenos Aires. Manifestó estar seguro de que los marinos ignoraban su llegada y que dentro de muy pocas horas esperaba estar en contacto con ellos. Ellos tienen doble número, añadió el gallardo Coronel, pero sin embargo dudo mucho que salgan con la suya esta vez''.

—''¡También yo estoy seguro de ello!'' le contestó el intrépido inglés, cuya alma se había templado de generoso entusiasmo en ese momento, el que revela él mismo en sus páginas, pues añade á renglón seguido: ''y me ocupé con mi sirviente de preparar vino para refrescar á mis huéspedes bien venidos''.

(*) Un error de Robertson: como se ha dicho, los granaderos que sacó San Martín fueron 120.

Aquella tropa cuyo temple de duros veteranos hemos advertido ante el coche de Mr. Robertson por la forma como tomaba posesión del lugar, había trotado y galopado continuamente por espacio de más de 12 horas. Debía estar rendida de cansancio y sin embargo no podía detenerse más que el tiempo reglamentario para cambiar cabalgaduras y tomar un rápido refrigerio. Allí muy cerca la voz del deber patrio los llamaba en el silencio solemne de aquel gran cuadro de la naturaleza que el día siguiente iba á alumbrar. con una victoria.

"San Martín había ordenado que se apagasen todas las luces en la casa de postas á fin de evitar que los marinos descubrieran su proximidad. Sin embargo conseguimos algún vino en la obscuridad", vino que el Coronel lo obligó á tomar precipitadamente, sin tiempo que perder, "de modo que fué, dice Mr. Robertson, *literally a estirrp-gloss,* un verdadero vaso junto al estribo, ó sea un *trago de partida,* pues cada hombre de la pequeña banda estaba al lado de su caballo y pronto á entrar en acción, á la palabra de comando".

El viajero formó en aquel momento interesante de su vida la firme resolución de acompañar al Coronel San Martín, y "así se

lo rogué", dice, "no siéndome difícil persuadir al Coronel que me permitiera acompañarlo. *Solo tenga presente,* me dijo, *que no es ni su deber ni su oficio combatir. Le daré un buen caballo y cuando advierta que la jornada se torna contra nuestra, dése prisa. Ya sabe usted que los* MARINOS *no son ginetes*".

"Le prometí obedecerle y aceptando el excelente caballo que con tanta amabilidad me ofrecía, cabalgué al lado de San Martín que iba á la cabeza de sus hombres en sombría y silenciosa falange".

La impresión que esta pequeña columna de granaderos de San Martín dejó en el alma del viajero inglés, fué profunda é indeleble. Recordándola años después exclama: "Hacían recordar á la hueste griega que entrañara el caballo de madera tan fatal á Troya...." (*).

*
* *

Todos los antecedentes, tanto orales (**)

(*) P. Robertson. "Letters on Paraguay", Tomo II, Cap. I.

(**) Muchas y espectables son las narraciones orales que de labio de los actores y contemporáneos han alcanzado á recoger los historiadores argentinos sobre este combate memorable. Ver Mitre, "Historia de San Martín"; Carranza, "Campañas Navales"; y "Revista de Buenos Aires", Tomo IV.

como escritos, testifican que era aquella una de esas noches calijinosas, precursoras de las formidables tormentas que son comunes en la mesopotamia argentina en esta estación, y que se caracterizan por la obscuridad y la pesadez atmosférica. Todos recuerdan la *intensa obscuridad* de esa noche.

Bajo el manto de aquella tormentosa lobreguez, la columna de granaderos se detuvo á las *doce* de la noche junto al portalón colocado á espaldas del Monasterio, y abierto silenciosamente al instante, se cerró de nuevo al paso de la última pareja de jinetes, todo con el más grande sigilo, "para que nadie pudiera saber la existencia de la fuerza allí dentro" (*).

Con los caballos al alcance de la mano, que ramoneaban la abundante yerba de la huerta, y perfectamente seguros dentro de los muros de piedra que la encerraba, el escuadrón tomó un breve y merecido descanso, á la voz de su jefe, pero quedándoles prohibido desnudarse.

En tanto San Martín, acompañado de los oficiales Necochea, Escalada, Díaz Velez, Bermudes, Castelli, el prior del convento y el cura Navarro, tomaba activamente las disposiciones pertinentes para poner el monasterio

(*) Robertson. L. cit.

en pie de defensa. Al efecto pasó una lijera revista á los 50 milicianos del comandante Escalada, á quienes vimos foguearse con los marinos en la mañana de esa misma noche; dividiólos en dos secciones que pasaron á ocupar los ángulos del monasterio situados sobre el campichuelo del frente; encargó á 12 granaderos, los únicos armados de carabinas, la defensa de la puerta principal de la iglesia; les indicó el número y la forma de troneras que debían abrirse en ella por medio de barrenos, y les dió sus órdenes severas sobre el momento y circunstancias del combate en que se harían sentir al enemigo. (*).

Tomadas estas medidas que comenzaron á tranquilizar la esplicable inquietud de los doce únicos pacíficos moradores del convento, montó á caballo y "salió solo y silenciosamente" á examinar el terreno donde pensaba efectuar sus operaciones.

Alzase el monasterio á unas 300 varas de las barrancas del Paraná y á más de 400 de los senderos entonces abiertos en ellas para comunicarse con la playa, presentando el terreno en esta extensión y las cercanías el aspecto de una elevada planicie. Entre el edificio y la barranca había, por consiguiente,

(*) "Correspondencia de San Martín". Adolfo P. Carranza.

apenas el espacio suficiente para ejecutar una carga á fondo.

Regresó San Martín con el pleno conocimiento de las barrancas de acceso al campo del monasterio, la distancia de la playa baja á lo alto de ellas, y los accidentes del terreno circunvecino, subiendo entonces á la torre de la iglesia "acompañado de dos ó tres de sus oficiales y mister Thompson, donde usando unos catalejos de noche trató de observar desde la pequeña abertura de una ventana, la calidad de las fuerzas y maniobras del enemigo". (*).

El juego de los faroles que telegrafiaban instrucciones entre los barcos y su ordenado enfilamiento paralelamente á las barrancas del río, cerca de los dos únicos senderos por donde podía subir formada una tropa de ataque, le confirmó que tan pronto como amaneciese los tendría bajo el sable de sus granaderos. Los buques transbordaban sus fuerzas de dseembarco á los bates y lanchas que comenzaban á verse cargados de hombres. El desembarco era pues inminente. Efectivamente, con los primeros resplandores del alba "San Martín y sus oficiales descendieron de la torre y tomaron sus respectivos puestos", dice nuestro testigo: "Los granaderos hicie-

(*) Thompson. L. cit.

ron su marcha fuera del cuadrángulo, ordenando San Martín que formasen desmontados y sin ser vistos de trás de los flancos del edificio".

*

* *

"San Martín subió solo nuevamente á la torre". (**).

Era pleno día, y una banda militar batía en ese instante la marcha granadera de los ejércitos reales asomando sobre la barranca á la cabeza de dos columnas en marcha por el camino del convento.

"Después de breves instantes bajó precipitadamente". Mister Thompson esperábalo al pie de la escalera. Al verlo le dijo sonriente: "Ahora, en dos minutos más estaremos sobre ellos sable en mano". La impresión que de súbito poseyó al leal inglés en ese instante solemne, ante la tranquilidad de soldado del coronel, cuya fría energía le pasmaba, se traduce en las palabras con que describe la escena: "Fueron momentos de ansiedad intensa para mí, dice; el enemigo pareció hallarse á mis pies, á una distancia no mayor de cien yardas. Sus banderas se movían alegremente y sus tambores y clarines tocaban una marcha rápida". Daban efectivamente las cinco

(**) Idem, Idem.

y media de la mañana, cuando la totalidad de la fuerza enemiga, compuesta de 250 hombres había terminado de ascender á lo alto de la *barranca de los Padres* y al son de pífanos y tambores, con bandera desplegada, marchaba resueltamente en dirección al convento, formada en dos columnas paralelas cuyas cabezas guardaban en el punto de contacto dos piezas de artillería.

En este instante montó á caballo el coronel San Martín. Irguiéndose en toda su arrogancia militar frente á los granaderos, y tirando del sable, los proclamó en dos palabras: "Tenemos los enemigos de la patria á nuestra mano. Espero, que tanto los señores oficiales como los granaderos se porten cual merece la opinión del Regimiento".

Dividió el escuadrón en dos compañías de 60 hombres; tomó el mando de la primera que debía atacar la derecha enemiga, y entregó el de la segunda que cargaría la izquierda, al capitán don Justo Bermudez, jefe de la totalidad del escuadrón. Al recibir este oficial las instrucciones sobre el flanco de ataque, pidió órdenes para lo sucesivo: *"En el centro de la fuerza enemiga daré á usted mis órdenes"*, le contestó San Martín.

La tropa española estaba á doscientos metros, próximamente, del convento. "En aquel

instante resonó por la primera vez el clarín de guerra de los Granaderos á Caballo, que debía hacerse oir más tarde por todos los ambitos de la América". (*).

Súbitamente salvaron los ángulos opuestos de los murallones que los ocultaba, y dando *frente en batalla* al enemigo, "sable en mano y en aire de carga, tocando á degüello", ambos escuadrones cargaron gallardamente al grito de ¡Viva la Patria" que era el lema que conducían sobre el pecho grabado en los lucientes botones de la casaca.

Cada una de estas dos columnas de soldados argentinos que van en son de carga, no pasa, como hemos dico, de 60 hombres. Llevan orden de arrollar una fuerza de infantería, compacta, fuerte de 250 hombres, protegida por dos piezas de artillería que marchan listas á su frente. Sin embargo tienen orden de no tirar un tiro. Deben esgrimir únicamente el sable y la lanza. Y las órdenes que requieran en el combate, serán recibidas "en medio de las fuerzas enemigas".

Sin embargo, estos soldados así sometidos á tan rígida prueba no son auellos veteranos á quienes "todo se les puede mandar, menos volverse á mitad de una carga", según la expresión napoleónica, sinó una fuerza recién

(*) Mitre. "Historia de San Martín".

disciplinada, con pocos meses de milicia, que entraba por primera vez á combate.

Pero la fuerte voluntad del que los guía, sabe lo que hace. Allí está él á la cabeza. Conoce el temple de su tropa y sabe que no flaquearán sus brazos!

Por la situación del monasterio con respecto al camino que traían las fuerzas invasoras, —desde el ángulo del murallón por donde apareció San Martín, hasta el frente y flanco derecho de aquellas, — la distancia á recorrer era más corta, y en línea recta, que la que debió efectuar el segundo escuadrón para salvar el resto de las murallas del edificio y cargar de flanco sobre la izquierda enemiga, cuidando de cortarle la retirada según el plan del jefe patriota.

Tal circunstancia determinó que la columna de San Martín chocase sola con la masa enemiga, arrollándole el frente y la derecha donde se hallaba el jefe de ella y la compañía de granaderos á cuya cabeza se puso en persona, al advertir la carga de los patriotas. Desorganizadas y arrolladas las columnas más importantes de Zabala, replegáronse sobre su retaguardia, retrogradando una buena parte del terreno recorrido, donde rehaciéndose rápidamente á la voz de éste y la de sus valientes oficiales, don Pedro Marrury, Ma-

nuel Olloa, Domingo Martínez y otros veteranos como éstos, trataron de formar cuadro sin conseguir ejecutar los movimientos, pues en ese instante caía sobre ellos el segundo escuedrón, cuyo ímpetu fué tan violento que granaderos á caballo é infantes españoles llegaron en la encarnizada refriega hasta el borde de las altas barrancas.

En ese momento tocaba *reunión* el clarín del comandante en jefe de los Granaderos á Caballo.

Sobre el lugar que diez minutos antes ocupaba el centro enemigo ,el capitán Bermudes recibía orden del coronel San Martín, — que se hallaba de pie, imposibilitado de caminar, con la mejilla derecha bañada en su sangre, muerto al lado su caballo de guerra, — de asumir el mando y cargar las fuerzas de su frente cuidando cortarles la retirada. El fuego de la artillería de los barcos se hacía recio y certero en esos momentos. El grito repetido de *¡Viva el rey!* lanzado por el bravo Zabala, era coreado vigorosamente por sus oficiales y la tropa que se sentían reanimados ante el apoyo eficaz de los cañones de la escuadra.

¡Todo era inútil! Allí á cien metros de la infantería española que se ha reconcentrado sobre la barranca del río, — forma rápida y

gallardamente el escuadrón de Granaderos, soportando impávido el fuego de la fusilería y los cañones enemigos, cuyos estragos no le hacen otro efecto moral que exaltar hasta la sublimidad su gallardía guerrera. Suena el clarín *á la carga, á degüello* ¡El ímpetu es tremendo! Arrollan los granaderos, sable en mano, cuanto hallan á su paso, — y con todos sus oficiales heridos, inclusive el jefe Zabala, caídos todos sus artilleros bajo el filo de los sables patriotas, arrebatada la bandera, y presa del pánico la tropa que ha salido ilesa de la refriega, precipítanse tumultuosamente los invasores, barranca abajo, lanzándose muchos al río donde perecieron ahogados.

Imposible cortar la retirada á un enemigo que no abandonaba la barranca del río, sobre la cual se reconcentró bajo el ímpetu de la carga llevada por San Martín.

Necochea, Bermudes, Arellano, Buchardo, Díaz Vélez, todos los oficiales lanzan sus corceles sobre las barrancas á pique, con objeto de cortarles la huída, pero es inútil intentar hacerlo "con hombres que—según la expresión del capellán Navarro, de los Granaderos, — se azotaban con pavor, barranca abajo, á cuerpo perdido". En esos momentos el jefe accidental Bermudes cayó con una pierna destrozada por el fuego de la artillería de los

barcos, y el teniente Díaz Vélez, que sablea un último pelotón de marinos, en el entusiasmo de la carga se desbarranca con su caballo y recibe en la caída un balazo en la frente y un bayonetazo en el pecho.

No habían corrido tres cuartos de hora del instante en que el clarín de los Granaderos lanzaba su primer acento, cuando desde el campo ensangrentado de batalla, formado en línea, frente á los despojos de sus compañeros caídos, tocaba las solemnes y agudas notas de triunfo que el viento dilataba por aquel magestuoso panorama y que las aguas del gran río argentino, siempre generosas para recoger rumores de victoria, transmitía sus ecos comunicando á las poblaciones de sus márgenes que desde esa hora no volverían las plantas de los déspotas á pisar sus arenas.

Mientras el coronel San Martín, cubierto aún de sangre y de fatiga, dicta el parte del combate, sentado al pie del pino que hasta hoy se eleva solitario como entonces en un ángulo del monasterio, veamos lo que pasó á derredor de su persona en el momento de chocar los 60 granaderos que conducía personalmente con la totalidad de las fuerzas enemigas, más de cuatro veces superiores en número; porque su modestia y grandeza de alma, dejará en vacío, al dictar aquel documen-

to, — para no hablar de su persona, — la parte más trágica, más sublime de heroismo y más providencial de aquella jornada memorable.

Colocado á la cabeza de sus granaderos, tendidos en batalla, conducíalos al ataque el coronel San Martín, al grito de ¡Viva la Patria! repetido por sus soldados quienes *"á todo galope cargaban despreciando el fuego de los cañoncitos, que comenzaron á hacer estragos en sus filas desde que fueron vistos por los españoles"*, dice el parte de éstos, *"y cubrían sus filas con tal rapidez, atacando con tal denuedo que no les dió lugar á formar cuadro"*, —chocó con la cabeza de la columna á cuyo frente estaba Zabala, recibiendo á quema ropa una descarga de fusilería y de cañones, que lo derribó á tierra cayendo apretado bajo su caballo muerto por un trozo de metralla. Inmediatamente trabóse á su derredor una lucha parcial entre los más aguerridos de la cabeza de la columna española y los pocos granaderos que en aquel momento combatían próximos á su coronel, por que el ímpetu de la carga, rompiendo y desordenando las cabezas de ambas columnas enemigas, los habían llevado más adelante de la línea del choque adonde yacían los primeros caídos.

Seria era la situación de San Martín en

aquel trance de su vida, y "contuso en tremendo porrazo" — como decía el coronel Espejo, — opreso por el caballo, sin poder usar de sus armas y, herido ya, habría perecido indefectiblemente á no llegar á su socorro la agilidad y la bravura de dos de sus granaderos, Juan Bautista Baigorría y Juan Bautista Cabral, quienes apercibidos del trance de su bizarro coronel, vuelven grupas y llega el primero en momento en que un granadero de Zabala echa atrás el fusil para clavar su bayoneta en el pecho de San Martín, — pero Baigorría rápido como el rayo lo atravezó con su lanza, mientras el segundo desmontándose resueltamente aparta con el vigor de un atleta el cuerpo del caballo que aprisiona á su jefe, pero cayendo con el pecho atravesado por dos balazos, al grito de *¡viva la patria, hemos batido al enemigo!* El heroismo de estos dos granaderos rehizo en favor de los patriotas el combate parcial y salvando la América en la persona de su futuro Libertador, le permitió expedir sus órdenes en el momento oportuno del combate, con lo cual la victoria quedó consumada inmediatamente. Antes que el sol del ardiente estío argentino tocase el cenit de aquel día glorioso para sus armas, un *propio* galopaba camino á Buenos Aires conduciendo el siguiente parte, firmado

por San Martín, y que original se conserva en el Archivo de la Nación:

"Excmo. señor: Tengo el honor de decir á V. E., que en el día 3 de Febrero, los granaderos de mi mando en su primer ensayo han agregado un nuevo triunfo á las armas de la patria. Los enemigos, en número de 250 hombres, desembarcaron á las cinco y media de la mañana en el puerto de San Lorenzo, y se dirigieron sin oposición al colegio de San Carlos, conforme al plan que tenían madurado. En dos divisiones de á sesenta hombres cada una, los ataqué por derecha é izquierda; hicieron, no obstante, una esforzada resistencia, sostenida por los fuegos de los buques, pero no capaz de contener el intrépido arrojo con que los granaderos cargaron sobre ellos sable en mano; al punto se replegaron en fuga á la bajada, dejando en el campo de batalla 40 muertos, 14 prisioneros, de ellos 12 heridos, sin incluir los que se desplomaron y llevaron consigo, que por los regueros de sangre que se ven en las barrancas considero mayor número. Dos cañones, 40 fusiles, 4 bayonetas y una bandera que pongo en manos de V. E., y la arrancó con la vida al abanderado el valiente oficial don Hipólito Bouchard. De nuestra parte se han perdido 26 hombres, 6 muertos, y los demás

heridos, de este número son: el capitán don Justo Bermúdez y el teniente don Manuel Díaz Vélez, que avanzándose con energía hasta el borde de la barranca cayó este recomendable oficial en manos del enemigo.

El valor é intrepidez que han manifestado la oficialidad y tropa de mi mando, los hace acreedores á los respetos de la patria y atenciones de V. E.; cuento entre éstos al esforzado y benemérito párroco doctor don Julián Navarro, que se presentó con valor animando con su voz y suministrando los auxilios espirituales en el campo de batalla; igualmente lo han contraído los oficiales voluntarios don Vicente Mármol y don Julián Corvera, que á la par de los míos permanecieron con denuedo en todos los peligros.

Seguramente el valor é intrepidez de mis granaderos hubiera terminado en este día de un sólo golpe las invasiones de los enemigos en las costas del Paraná, si la proximidad de las bajadas que ellos no desamparan, no hubiera protegido su fuga; pero me arrojo á pronosticar sin temor, que este escarmiento será un principio para que los enemigos no vuelvan á inquietar estos pacíficos moradores.

Dios guarde á V. E. muchos años. — San Lorenzo, Febrero 3 de 1813. — *José de San Martín.*"

Nota. — El buque comandante de la escuadra enemiga me ha remitido un oficial parlamentario, solicitando le vendiese alguna carne fresca para sustentar á sus heridos, y en consecuencia, he dispuesto que se facilite media res, exigiéndole antes su palabra de honor, de que no será empleada sino con este objeto.

Otra. — Siguen trayendo más muertos del campo y de las barrancas, como igualmente fusiles.

Otra. — He propuesto al oficial parlamentario si el comandante de la escuadra quiere canjear al único prisionero don Manuel Díaz Vélez.''

Este parte, que noticiaba un triunfo anhelosamente esperado, no sólo por la Capital, sino también y principalmente por los pueblos del litoral, directamente amenazados por la expedición, llegó á la redacción de la *Gazeta,* cuando su número del 5 de Febrero de 1813, estaba impreso y á punto de salir. Lo demuestra la colocación que le dieron y el tono de improvisación, — casi un solo grito de entusiasmo, — que comentaba el *ejemplar escarmiento* infligido por aquel puñado de valientes á los asaltantes de San Lorenzo.

''Loor y gratitud, — exclama el redactor, — á estos dignos defensores de la patria,

que en el primer ensayo de sus fatigas militares, han dejado la memoria de sus heróicos esfuerzos en los corazones de sus conciudadanos, y en el ánimo de los enemigos de la libertad, la idea del *temor* y del *escarmiento;* éstos recordarán con espanto el *3 de Febrero de 1813,* y los patriotas consagrarán este glorioso día á la admiración que inspira el valor de los héroes'' (*).

Oigamos bien al soldado modesto y valeroso, por que su palabra sin énfasis ni jactancias ha sido confirmada por la historia. ''Me arrojo á pronosticar sin temor, dice, que este *escarmiento* será un principio para que los enemigos no vuelvan á inquietar estos pacíficos moradores''.

La profesía se cumplió. San Martín tenía seguridad de ello. Había contemplado el porte de sus granaderos; había examinado su ''aire de carga'', había observado el vigor de sus brazos y había mirado el espanto y el estrago que sus sables produjeron en el enemigo. Y estaba satisfecho.

Desde aquel día jamás volvió un soldado español á posar su planta á orillas de los ríos argentinos ni sus naves volvieron á entubiar las aguas del Paraná y el Uruguay. Los gra-

(*) "Gazeta Ministerial" del 5 de Febrero 1813.

naderos á caballo habían cumplido su deber. Su organizador y jefe había cumplido el suyo más allá de lo que las necesidades de la patria y las leyes militares podían exigirle.

El gobierno de Buenos Aires, conociendo el número y la importancia de las fuerzas expedicionarias de Montevideo, y teniendo en cuenta el apoyo moral y material que le prestaría la escuadra en los desembarcos y asaltos que debía efectuar á lo largo del Paraná, habíale ordenado que se pusiera al frente de uno de los escuadrones de granaderos, otro del regimiento comandado por el coronel don Juan Bautista Morón, debiendo ir éste al frente de esa fuerza, una compañía montada del segundo de infantería y las milicias del Rosario y de Santa Fe, que debía reunir y poner bajo sus órdenes. San Martín se desentiende de estas disposiciones prudentes del gobierno, y valido del pretexto de la falta de cabalgaduras en Santos Lugares y la premura del tiempo, se pone á trote y á galope con 120 de sus granaderos, en demanda de la expedición española, perfectamente seguro de que le serán suficientes para darles el *escarmiento* que le ordenara el gobierno.

Pero el que así procedía en esta función de guerra no era un capitán de escuadrón, ni un simple sargento que debiera cargar al

frente de 60 granaderos, ni un oficial deseoso de acreditarse de valiente y obtener un grado más en el escalafón de su carrera. Tampoco era un jefe que fuera buscando entre los fusiles y las bayonetas de un puñado de corsarios y bandoleros, los laureles despreciables para la talla de un hombre que como él alzaba la cabeza más alto de esos lances adventicios y vulgares.

San Martín, coronel de los ejércitos de la patria, cargando en San Lorenzo personalmente, como un alferez á la cabeza de un escuadrón de Granaderos á Caballo, es sencillamente la definición de la moral trazada por él mismo á su existencia. San Martín en San Lorenzo define plenamente las hondas idiosincracias de su naturaleza. Es el *criollo misión* que realiza gallardamente el objeto de su vida: pertenecerse á la libertad de su patria.

Como *criollo* desprecia el valor de su existencia y la juega toda entera en un lance contra corsarios y bandoleros, á la par del último de sus soldados. Como *misión*, crea la escuela del soldado de su patria que será el tipo del guerrero que difunda sus calidades por todo el suelo de América.

Para que la América sea libre en el más breve tiempo posible y con el menor sacrifi-

cio de vidas y penurias, debe tener *ejércitos de soldados,* y para esto el instructor, que es él, debe estar presente al frente de las entidades que crea, lo mismo en las filas que recluta en el campo de instrucción, que sobre el campo de batalla el día que los conduce por primera vez á morir y á vencer. Necesítase para ello gallardías sublimes, y San Martín las tenía en grado infinito.

¡Y en qué circunstancias de su vida la jugaba de esa manera! Su carrera política había comenzado á dibujarse sólidamente en aquellas horas. Poseía la estimación apasionada de los miembros del Triunvirato que habían puesto en él los secretos de la política del país y era la figura que más se había impuesto en la Logia Lautaro, por su firmeza, su circunspección y la amplitud de sus vistas. Buenos Aires, y con ella las demás provincias argentinas, habían conocido en él su primer militar. Su fama de organizador y de rígido soldado cundía por el país entero. Aun había algo más íntimo y caro á su corazón que debía hacerle amable la vida. Frescos estaban los azahares de sus nupcias, y debían aún sonreirle tiernamente en su alma, cuando abandonó los brazos de su tierna compañera, para marchar súbitamente á la función de guerra, de donde le llevaría tinto con su sangre el

primer laurel cosechado á las márgenes del Paraná. ¡Azahares y laureles, ternuras y sangre, sacrificios del corazón y relámpagos de gloria: he ahí la épica auroral del futuro capitán de la América Latina!

*
* *

La noticia de este triunfo causó un grito de júbilo en Buenos Aires. Se había hecho conciencia en el pueblo que los Granaderos habían *escarmentado* á los marinos de Montevideo, y que no volverían á aventurarse por los ríos interiores del país.

Buenos Aires esperaba al gallardo Coronel para saludarle como á uno de sus predilectos, pero la contusión de la pierna derecha le impedía moverse. Mas, permanecía en el lugar á la vigilancia de los sucesos que pudieran sobrevenir, acaso complacido de esquivar su persona á la ovación y los agasajos del triunfo.

La Gazeta del día 12 publicaba las siguientes noticias:

"Por parte del coronel don José de San Martín, de 6 de Febrero de 1813, se sabe: que tres buques enemigos mudaron de rumbo río abajo el 5 del corriente, y el resto de la escuadra sutil ha seguido la misma derrota; que por la deposición de los prisioneros que

ha canjeado y aumento de fusiles, que ya pasan de 50, advierte más notable la pérdida del enemigo, y lo considera por ahora en estado de impotencia para repetir sus invasiones en las costas del Paraná; que, sin embargo, una respetable vanguardia observa sus movimientos, y lo demás de sus fuerzas seguirá sus marchas á sus órdenes si se lo permite su incomodidad, y sino á las del teniente coronel don Juan Morón; que ha canjeado al oficial don Manuel Díaz Vélez y tres paraguayos que tomaron en las islas del Uruguay, por sus heridos que eran casi cadáveres; y recomienda á S. E. la actividad del comandante del Rosario, y del teniente de milicias don Feliciano Piñero para prestar auxilios, á los patriotas voluntarios don Manuel Isasa y don Pedro Salíes, que han acreditado su valor; — exponiendo con distinción el patriotismo y entusiasmo del R. P. guardián del convento de San Pedro y del colegio de San Lorenzo."

El redactor comentó esta noticia con la siguiente:

"*Nota.* —Este suceso, resultado de la victoria de San Lorenzo, acredita dos cosas principalmente: lo primero, *el justo concepto que tenemos formado de la superioridad de los soldados de la patria* sobre la chusma va-

gabunda de marineros y mercachifles de que se componen las legiones enemigas; lo segundo, la temeridad de éstas en no querer confesar esta verdad sino á fuerza de los escarmientos en propia cabeza.

La expedición entrará desairada en el puerto de Montevideo, saltarán en tierra los restos vencidos, que huyendo á favor de las zanjas y barrancas pudieron escapar de caer bajo las filas de nuestros esforzados granaderos; sus semblantes pálidos y sus miembros mutilados, serán el mayor comprobante de su ignominia. Pero una victoria fingida en su Gazeta (vicio heredado de su madre patria) mantendrá en su ceguedad *á los Cíclopes que no han experimentado de cerca el sable* y las bayonetas de unos héroes, que por su libertad pelean *bajo la más exacta disciplina,* hasta que su bárbara obstinación los precipite á cobrar un infructuoso desengaño en la muerte."

Tratándose de *los marinos de Montevideo,* era natural que no faltase la sátira en tan señalada ocasión, y esta vez vino ella á sonreir en una forma tan propia del tiempo y tan picante y oportuna, que es digna de reproducirla sin quitarle una sola palabra, que acaso desmereciera su peculiar sabor.

Vigodet, contando retemplar el espíritu

de la plaza con la próxima ayuda del ejército portugués y los éxitos de sus expediciones fluviales, había exaltado aquellos días, por la centésima vez, en la "Gazeta", el valor *indomable* de los *soldados leales á su rey y á su sagrada causa,* valor que, según esas proclamas, hacía al soldado español superior en todo momento *á los miserables rebeldes de Buenos Aires.*

Con este oportuno motivo, el cronista de las noticias que acabamos de transcribir, continuaba diciendo:

"Ellos aun se creen con todo el esplendor del siglo XVI, y á nosotros nos consideran como reproducidos en aquella época; tal vez por esta causa han desplegado el carácter de aquellos tiempos: aun hoy leen con respeto muchas de las hazañas de sus paisanos, entre las cuales tiene un lugar preferente la del *capitán Zalazar,* que con 50 soldados salió en busca de un tigre y habiéndolo acorralado en uno de los bosques de este río *cerró con él y lo mató;* "suerte de grande ánimo, tiento y destreza" la llama un cronista español;—y entre las de cortesanía dan un mérito distinguido á la de Diego de Micuesa *"por haber servido de trinchante á don Alonso Henríquez, por ser hombre de buenos dichos, de á caballo y tañidor de vihue-*

la''. Y no obstante que saben por experiencia repetida que los naturales de estas provincias salen por diversión á caza de tigre, matando cuantos encuentran, y que son hombres tan de á caballo, que sólo por pasatiempo montan los más feroces é indómitos, *nada es bastante para apear á los señores peninsulares de sus rocinantes''*.

Las citas históricas, traídas con tanta sátira, son exactas, pues están tomadas de la famosa "Historia de las Indias Occidentales", de don Antonio de Herrera, tomo I, cap. 24, Dec. I, lib. 4, cap. 7. Debe recordarse que en Montevideo había sido otro capitán Zalazar el principal corifeo de la reacción monarquista, cuyo aire de valentón y de cruzado furioso contra los patriotas del Plata, le hicieron célebre desde los primeros días de Mayo de 1810.

La Gazeta decía verdad.

Tremendo fué el efecto moral que causó en Montevideo el desastre de su expedición. No sólo volvía sin la apremiante ayuda de víveres que necesitaba la plaza, sino que la conciencia aplastadora de la derrota y el pánico que denotaban en los restos de las fuerzas salvadas del desastre, hízole comprender al general español que tenía definitivamente cerrados los ríos argentinos y que no podría

contar con tropas que se atreviesen á invadir los pueblos de su litoral. El Virrey Elio los había burlado torpemente: los sables de palo que les dijo hallarían en mano de los criollos, eran rayos de acero y terribles y firmes los brazos que los fulminaban! Quedaba irreductiblemente reducido al mantenimiento de los muros de la ciudad, hasta que el destino de la España le enviase su última palabra.

El efecto de los sitiadores fué, naturalmente, inverso. Su espíritu se entonó, y el glorioso renombre de los Granaderos, cundió de loa en loa por los campamentos argentinos. La fama de *su sableada á los marinos* exaltaba la fibra criolla, y hasta la musa de los fogones guerreros improvisó sus endechos *á los criollos de San Lorenzo.* Al eco de la fama del sable de los Granaderos nació la más alta nota de *Victoria la Cantora,* la diva silvestre de las luchas montevideanas, la musa de los campamentos, — especie de calandria inspirada en el patriotismo de los criollos, que ora se posaba á la vera de los bosques y fogones para cantar los anhelos y los triunfos de los soldados patriotas, ora se escurría junto á los bastiones enemigos para canturriarle á las guardias españolas la mordiente picardía de su sátira que valaba al oído del *matucho* en la ligereza de una redondilla, más hirien-

te que una bala, bajo el cielo plateado y tranquilo de las noches estivales.

Del centro de la ciudad sitiada surgía al mismo tiempo la voz de un hombre distinguido que le decía á la junta de Buenos Aires, al transmitirle su impresión sobre la superioridad militar de los Granaderos de San Martín con relación á las tropas españolas: *"los criollos están vengados!"*. El patriota reflejaba la verdad de lo que sentían dentro y fuera de Montevideo los representantes del despotismo español. Tenían todos la conciencia de que sus soldados no competirían con los *criollos* en virtudes de altivez moral y guerreras gallardías. En la hora en que los Granaderos argentinos ponen tan alto el nombre de *criollo,* recordemos los antecedentes de esa palabra, pues entraña una honda enseñanza histórica y un timbre glorioso en la evolución de nuestra raza.

La palabra criollo no fué en su origen un nombre propio, ni un apodo insustancial nacido del acaso ó capricho de un momento. Fué un dictado denigrativo con que el español de la conquista señalaba deliberadamente en el americano una pretendida inferioridad de raza y condición moral. Quisieron expresar con ella la superioridad absurda que se atribuían los peninsulares sobre los america-

nos: frente á la palabra *criollo*, el nombre de *español* implicaba un escabel y un sello de dominio.

El dictado era fiel y orgulloso reflejo del estado de alma del español rudo que sentía la necesidad de vivir constantemente prevenido contra su propio hijo nacido en América, en cuya personalidad descubría ciertos timbres naturales bañados por la luz de una superior inteligencia, que molestaba instintivamente su orgullo y su ignorancia. Y porque era revelación y reflejo de un estado moral é histórico del español trasladado á América, es que cundió y se generalizó expontáneamente en labios de los dominadores, de uno al otro extremo del continente, y prendió con el arraigo de una vacuna fulminante en el léxico de la Corte y sus políticos.

Antes que la palabra tomase aquella carta de ciudadanía en el orgullo ofensivo del español ignorante, el *criollo* era el nombre con que se designaba á los negros de Guinea. *Criollo* era el *negro bozal*, es decir, el ser que el español estimaba degradado por la misma mano de Dios; el esclavo de la más baja, tosca y miserable condición, cuya monstruosidad física consideraba acompañada de la fealdad moral.

De esta manera, el negro de Guinea dejó de llamarse *criollo,* porque la generosidad española había puesto sobre la frente de sus hijos nacidos en América el obscuro dictado de la africana esclavitud...

Y bien, del mordaz labio español la arrancó el americano para hacerla el más bello florón de su raza. Allí estaba para atestiguarlo, el *Primer criollo.* Su fama llenaría el mundo. San Lorenzo es su pila de gloria en América. Y las aguas de esa pila jamás vieron enturbiarse la limpidez de su cirtsal glorioso á travez de su azarosa y prolongada existencia.

*
* *

Hemos visto que el coronel San Martín guardaba en el parte de la refriega un silencio absoluto respecto á la acción heróica del granadero Juan Bautista Cabral, muerto gloriosamente en la primera carga, por salvarle la vida. Sin el conocimiento de su carácter y de otros documentos que siguieron á aquel, este silencio parecería un rasgo de ingratitud. Era, empero, un rasgo de la magnaninmidad de San Martín.

Cuando al crepúsculo de aquel día memorable, recogidos los cadáveres del campo de batalla y enterrados piadosamente por los pa-

dres lorenzinos en la huerta del monasterio, — formado el escuadrón de Granaderos á Caballo con frente al río, el clarín lanzó su aguada y melancólica nota de oraciones, — y al llamarse lista se oyó el nombre de *Juan Bautista Cabral,* el corazón de aquellos hombres, firmes al amago de la muerte como la roca al asalto de la ola, se conmovió profundamente hasta las lágrimas, al oir que el sargento más veterano del escuadrón respondía: *"murió en el campo del honor, pero existe en nuestros corazones. ¡Viva la Patria Granaderos!"*

¡Era el alma de San Martín que hablaba; pero el criollo lo hacía por boca de la Patria!

Esa lista de oraciones se repitió en lo sucesivo, mientras existió el Regimiento.

¿Qué monumento más grande, más tocante, y más miltar y glorioso que esa inmortalidad consagrada por el regimiento, á la sombra de su bandera, y cotidianamente invocada á la hora en que el soldado eleva su alma al cielo en la voz de sus clarines?

Sin embargo no era ese el único tributo que rindiera á su salvador y á los demás caídos. Otros deberes eminentemente humanos le ocuparon apenas regresó á Buenos Aires.

"Como sé la satisfacción que tendrá V. E.

en recompensar las familias de los individuos del regimiento, muertos en la acción de San Lorenzo, — le oficiaba al gobierno el día 27,— ó de sus resultas, tengo el honor de incluir á V. E. la adjunta relación de su número, país de su nacimiento y estado. No puedo prescindir de recomendar particularmente á V. E. á la viuda del capitán don Justo Bermúdez, que ha quedado desamparada con una criatura de pecho, como también á la familia del granadero Juan Bautista Cabral, natural de Corrientes, que atravesado con dos heridas no se le oyeron otros ayes que los de *viva la patria, muero contento por haber batido á los enemigos;* efectivamente á las pocas horas feneció, repitiendo las mismas palabras".

La respuesta que tuvo el gefe de los Granaderos, fué el siguiente decreto: Buenos Aires, Marzo 6 de 1913, Considérense á las viudas de los valientes soldados que han rendido su vida en defensa de la patria y *escarmiento de piratas agresores,* con las pensiones asiguadas según sus clases, y muy particularmente á la viuda del capitán Bermúdez; *fíjese en el cuartel de Granaderos un monumento que perpetúe recomendablemente la existencia del bravo granadero Juan Bautista Cabral en la memoria de sus camaradas* y publíquese el present

oficio con este decreto y la adjunta nota á la Gazeta Ministerial para noticia y satisfacción de los interesados tomándose razón en el Tribunal de Cuentas."

Al poco tiempo, en la puerta principal del cuartel del Retiro hallábase fijada una placa alegórica con esta inscripción: "Juan Bautista Cabral, murió heróicamente en el campo del honor" ¡Murió en el *Campo del Honor!* Todo jefe, oficial ó clase que penetraba por la primera vez en el día al interior del cuartel, debía cuadrarse y saludar aquel símbolo y tributo.

No era esta la primera vez que San Martín se exponía á pasar como ingrato con sus salvadores, á fuer de silenciar por modestia las circunstancias alusivas á su persona que pasaron en los campos de batalla. El cuadro y el momento histórico en que esplende su magnanimidad en otro trance difícil de su vida, anterior á San Lorenzo, son dignos de recordarse en esta hora de centenarias remembranzas, por que á los rasgos individuales de su entereza moral, se mezclan la belleza de la escena y de la acción.

A la vista del poético Guadalquivir brilla sobre la espada del capitán San Martín el primer fulgor de gloria que exhibe su nombre ante la posteridad, difundido durante

la lucha napoleónica en los documentos oficiales con el dictado de *valeroso*.

"Un grueso destacamento de caballería francesa" perteneciente al ejército del general Dupont aparece en la mañana del 28 de Junio de 1808 en actitud de cargar las fuerzas de la vanguardia española mandada por el coronel Cruz Murgeón, á cuya cabeza marcha el capitán San Martín como jefe del escuadrón de vanguardia.

Apercibidas al combate las fuerzas españolas, la caballería francesa desiste del ataue. "Entonces, por inspiración propia", el capitán argentino "se pone al frente de *veinte y un jinetes*, haciéndose apoyar por una guerrilla de infantería y se lanza á escape por una estrecha vereda lateral, consiguiendo por esta maniobra alcanzar á los enemigos, que, superiores en número y no creyendo que con tan corta fuerza los acometiera, le esperaron en formación".

Los coraceros de Dupont, como pertenecientes al ejército vencedor de Europa, sabían por la voz corriente de sus generales que España no tenía ejército, y que por consiguiente no poseía soldados en el concepto militar de la palabra, y en esta convicción las águilas napoleónicas habían entrado á la

península seguras de efectuar un paseo militar.

Pero en esta lijera incidencia de vanguardia, y por esta vez, los coraceros franceses se equivocaban grandemente. Y así lo comprobó la solemne espectativa en que se colocó el destacamento de veteranos ante el aire de la carga iniciada por el oficial enemigo. Hallábanse en presencia de un verdadero soldado!

Avanzando con rapidez el capitán San Martín despliega sobre la marcha en batalla y cargando á la cabeza de sus 21 granaderos, se mete al centro de la columna francesa como una cuña de sables; deja fuera de combate á 17 coraceros, les toma prisioneros á los más audaces, les quita todos sus caballos, pero queda él tendido por tierra entre los cascos de estos y los sables enemigos, de donde lo saca milagrosamente uno de sus soldados, de nombre Juan de Dios, perteneciente á los húsares de Olivencia. Sin el heroismo de este húsar San Martín habría perecido bajo el sable de los coraceros de Dupont. No obstante, en el parte á su superior, recomienda el heroismo del húsar, pero sin mencionar las circunstancias en que se conquistara la nota meritoria, para no ocuparse de su persona.

¡El *criollo* comenzaba á hacerse inconfundi

ble ante la historia desde aquella hora temprana de su vida!

El pueblo argentino venera con orgullo y entusiamo el laurel de San Lorenzo, no solo por ser el bautismo de sangre de sus famosos Granaderos, sino por que en ese campo asoma fuerte y segura, como el gajo del roble, la sombra del futuro Capitán, cuya conflección moral tiene ya la severidad y el brillo del acero que pone en brazo de sus jinetes bajo las leyes militares que hemos conocido.

Gallardo le llamó la prensa de Buenos Aires, refiriéndose á su actitud en esa refriega, — *Gallardo* le llamó el famoso Congreso Soberano reunido aquellos mismos días, y *Gallardo* le llamó la América guerrera por la voz de sus más cultos y esforzados paladines.

Seis años después del combate de San Lorenzo, en un momento solemne de la vida del Libertador, en que por haber rehusado sincerarse personalmente de las torpes imputaciones del general Brayer, hablaron desde Chile los jefes y oficiales del Ejército Unido, — decían enunciando las victorias y los timbres característicos de su genio militar:

LA GALLARDA COMPORTACION DEL GENERAL SAN MARTIN EN EL ATAQUE DE SAN LORENZO; *los resultados de su celo luego que tomó el mando del ejército auxiliar del Perú; la organi-*

zación militar de la provincia de Cuyo; la combinación que precedió al heroico paso de los Andes; su arrojo personal en la batalla de Chacabuco; los sublimes objetos que le condujeron á la capital de las Provincias Unidas después de la victoria; la disciplina de su ejército; la independencia gradual y orgánica de las clases que lo componían; el orden de la marcha de las tropas á Talca y su conducta después del contraste del 19 *de Marzo, forman la apología de los hechos del General San Martín, que hasta aquí han arrebatado todo nuestro respeto, el de nuestros compañeros de armas en todos los países libres de la América, la estimación universal de nuestros compatriotas y la admiración de la Europa. Renunciamos de buena gana la gloria que se quiere atribuir á nuestra conducta militar, porque no pretendemos usurpar un tributo exclusivamente debido á nuestro General: él nos ha conducido á la Victoria,* NOS HA DADO EJEMPLO EN LOS PELIGROS Y HA SIDO EL PRIMER COMPAÑERO DE NUESTRAS DESGRACIAS Ó PROSPERIDADES.

No conocemos en la historia de América una apología más breve y completa, más gentil, más tocante y más sincera que esta página de patriótica grandeza, entregada por la

oficialidad unánime del Ejército Unido á la consideración de la historia en desagravio de su noble Generalísimo, lastimado por un impostor apellidado "General de los ejércitos de Napoleón Bonaparte".

El *gallardo* vencedor de San Lorenzo, á las márgenes del Paraná, continuaba siendo del otro lado de los Andes, *ejemplo en los peligros y el primer compañero* de sus oficiales lo mismo en las desgracias que en las prosperidades.

Este grito de patriotismo y de protesta que envuelve una apasionada y alta adhesión á su General, demuestra que la escuela del *soldado-caballero*, cuyas tablas de honor conocemos, estaba radicada desde el Plata al Pacífico: — Lo dicen sublimemente sus oficiales, — "Renunciamos de buena gana la gloria que se quiere atribuir á nuestra conducta militar, por que no pretendemos usurpar el tributo *exclusivamente debido á nuestro General: él nos ha conducido á la victoria*". Aquellos oficiales eran dignos de su General!

*
* *

Día vendrá en que el psicólogo profundo nacido del seno de nuestra raza, teniendo por tamiz la observación de dos siglos y por

base cuarenta millones de argentinos, trace con líneas definitivas y las imprima en la conciencia de un grande y característico pueblo, los rasgos singulares que hacen del General San Martín una de esas figuras que la madre Naturaleza crea solo de tiempo en tiempo para servir de ejemplo á los pueblos en su eterna aspiración á la perfección moral.

En el alma de este guerrero tan firme para la concepción atrevida como fuerte para la ejecución, los recuerdos de sus glorias no se encienden como chispazos de luz prendidos para iluminar en el fondo de su ser las excelsitudes de su genio guerrero, cual á César y Napoleón acontecen, sino que se vierten casi melancólicamente en una palabra de ternura para los que á su lado se sacrificaron y una sonrisa de desprendimiento para su obra personal.

Desde lo alto de los Andes, á la vista de su querida Mendoza, exhaló San Martín aquella palabra y dibujó aquella sonrisa, evocando *San Lorenzo,* en horas que debían ser imborrables á su memoria.

Un fiel del Libertador; un oficial de los Granaderos que amaba á su General como el hijo ama al padre, el coronel don Manuel de Olazabal nos ha legado aquellas reminiscencias, con otras muchas, en breves pero inten-

sas páginas, como son generalmente todas las escritas por aquellos veteranos que á solicitud de sus hijos trazaban, en la ancianidad, á manera de sablazos, breves y enérgicos rasgos de la epopeya emancipadora, de la que se consideraban, — pasado el fuego, — como muertos testigos que se sobrevivían milagrosamente.

Ante escena tan hermosa, deben hablar solo los actores. San Martín regresa definitivamente de Chile, para nunca más volver al grandioso teatro de sus hazañas; — corren los últimos días de Enero de 1823, y su antiguo cadete de Granaderos, ya comandante de regimiento y con el pecho cubierto de condecoraciones que atestiguan sus hazañas, sale desde Mendoza á recibirlo en la cumbre de los Andes. Oigámoslo:

"Llegada á aquella Ciudad la noticia de su viaje, su *Cadete* de 1813 en los *Granaderos á caballo* que narra estas líneas, y que se hallaba allí, se puso inmediatamente en marcha para el camino del *Portillo* en los Andes, acompañado de dos peones y algunas provisiones á esperarlo sobre la cumbre de la Cordillera.

"El sol aparecía en todo su esplendor en el oriente, cuando vió á la distancia una pequeña carabana que lentamente se dirigía á

la cumbre. Era el Gran Capitán. Venía acompañado de un oficial con dos asistentes, dos mucamos y cuatro arrieros, con tres cargueros de equipaje y comestibles.

"Cabalgaba una hermosa mula saina, con silla de las llamadas húngaras y encima un pellón y los estribos liados con paño azul por el frío del metal. Un riquísimo guarapón (sombrero de alas grandes) de paja de Guayaquil cubría aquella hermosa cabeza en que había germinado la libertad de un mundo y que con atrevido vuelo había trazado sus notables campañas y victorias. El chamal chileno (poncho) cubría aquel cuerpo de granito endurecido en el vivac, desde sus primeros años. Vestía un chaquetón y pantalón de paño azul, zapatones, polainas y guantes amarillos."

"Su semblante decaído por demás, apenas daba fuerza é influencia el brillo de aquellos ojos que nadie pudo definir."

"Cuando se acercó, Olazabal se precipitó hacia él y lo abrazó por la cintura, deslizándose de sus ojos abundantes lágrimas."

El general le tendió el brazo izquierdo sobre la cabeza y lleno de emoción solo pudo decirle: ¡Hijo!

Un momento después, invitado á descansar y tomar un poco de té ó café aceptó y

ayudándolo á bajar de la mula, se sentó sobre una montura. Inter se sebaba un mate de café que prefirió, dijo: *"¡Qué diablos! me ha fatigado esta subida"*.

Después que tomó el café con un bizcochuelo, mirándolo exclamó: *"Tiempo hace, hijo, que mi boca no saborea un manjar tan exquisito"*. Y luego: *"Bueno será, quizá, que bajemos ya de esta eminencia donde en otro tiempo me contempló la América"*.

"Nadie habría podido penetrar lo que pasaba en aquel corazón tan combatido por crueles desengaños."

"En el *Totoral* se detuvo dos días.

"El tres, de madrugada continuó su marcha para la Ciudad, é iban hablando indistintamente, cuando de pronto le dijo el General:

—¿Usted recuerda que día es hoy?

—En este momento, no, señor, le contesté.

—Pues este día en 1813, *poco más ó menos á estas horas, usted sabe que su Regimiento hacía su primer ensayo en San Lorenzo, que no habrán olvidado los* MATUCHOS, *ni yo tampoco, porque me ví bien apurado."*

El recuerdo acudido súbitamente á su cabeza meditabundo ante la visión de los campos argentinos que se extendían á su planta era todo para cumplimentar con ternura de pa-

dre al heróico oficial de Granaderos que, convertido ya en jefe de alta graduación, marchaba á su lado. "No habrán olvidado ese día los Matuchos", — era ratificando el concepto que tenía de haberse portado dignamente el escuadrón, infligiendo al enemigo con mano firme el escarmiento que se le ordenara. "Tampoco yo me olvidaré, porque me vi bien apurado", era el recuerdo verídico de aquel trance peligroso de su vida, dicho con el aire jocoso que imprimía á su palabra cuando en la intimidad recordaba de incidentes personales.

Tal es el único recuerdo acerca de su primer bautismo de sangre sobre el suelo de su patria, que nos ha dejado escrito el amor de sus contemporáneos. El nos descubre el mundo que bullía en su cabeza pensadora, en aquel momento de su vida y en aquel panorama gigantesco! Dejaba á su espalda para siempre, y para *no producir un escándalo en América,* el teatro de sus más gloriosas hazañas y su obra más grande de político y pensador; había clausurado expontánea y definitivamente su vida pública; la anarquía diseñada sombriamente en su patria, comenzaba á pedirle cuenta de desastres internos que no le correspondían; y junto á su corazón, yacía la tumba recién abierta de su compañera

en cuyos brazos pudiera acaso reposar su cuerpo y su alma torturadas por doce años de sacrificios y fatigas...

*
* *

Entre un ameno paisaje, el pueblo de los Estados Unidos de la América del Norte tiene levantada una columna en memoria de la Independencia, á cuyo pié se leen estas breves palabras: "Aquí cayó el primer inglés; allí detrás de aquel arroyo estaba formada la milicia americana".

Cuando el viajero se acerca á la columna, —ante el rumor de las aguas del arroyo y la grave sublimidad de esas palabras, la sombra de Wáshington se evoca instintivamente en su alma y llena todo el lugar, dilatándose luego hasta cubrir la extensión del vasto país.

Las aguas del Paraná, que sin duda están hechas por Dios para durar más eternamente que los arroyos, — y que se dilatan caudalosas frente las barrancas de San Lorenzo, hace un siglo esperan reflejar en el espejo de sus corrientes inmutables la columna que el pueblo argentino levante en el lugar donde el clarín de los Granaderos anunció á la América la aparición de su primer soldado. Dirá la columna: *Junto á esas barrancas, el Gran*

Capitán desató la primera carga de sus Granaderos. Allí derramó con ellos su primer sangre en América; y de allí partieron bajo su inspiración á redimir esclavos y fundar naciones hasta desalterar la sed de sus corceles en los torrentes que forman las nieves del Chimborazo (*).

Y ante la inscripción evocadora, á la sombra de esa columna y al rumor de aquellas ondas caudalosas, la sombra del *Criollo*, se levantará en el alma del viajero, y creciendo y dilatándose por la llanura, por el Plata, por los Andes, oirá una voz interior que le diga: es el padre de la Patria y digna imágen de las hechuras de Dios.

(*) Estas últimas palabras fueron escritas por el sabio y noble Don Juan María Gutiérrez.

El Estado Mayor del ejército patriota de Buenos Aires presenta al Gobierno al Comandante San Martín. (*).

Excmo. Supremo Gobierno.

Excmo. Señor: Don José de San Martín que ha emigrado del Ejército de España, habiendo servido de Comandante en el Regimiento de Dragones de Sagunto con la graduación de Teniente Coronel, se ha presentado en esta Capital ofreciendo sus servicios en obsequio de la justa causa de la patria.

Las noticias extrajudiciales que se tienen de este oficial lo recomiendan á ser colocado en un destino, en que sus conocimientos en la carrera le faciliten ocasión de poderse emplear con la ventaja que puede producir su instrucción. V. E. que está bien orientado de nuestro estado sabrá darle el en que lo considere más preciso.

Dios guarde á V. E. muchos años.
Buenos Aires y Marzo 16 de 1812.

Francisco Javier de Viana.
Marcos Balcarce.

(*) Algunos de estos documentos han permanecido inéditos; la mayoría de los otros son poco conocidos.

Cesión de una parte de su sueldo, que hace San Martín al ser nombrado comandante de los Granaderos.

Excmo. Señor: Reconocido á la alta confianza con que V. E. se ha servido honrarme, encargándome del mando y organización del Escuadrón de Granaderos de á Caballo, que se ha de formar; suplico á V. E. se digne admitir la cesión de cincuenta pesos mensuales de el sueldo que me corresponde, en beneficio del Estado, como la más pequeña parte del interés que me tomo en la prosperidad de mi patria.

Dios guarde á V. E. m. a., Buenos Aires, 24 de Marzo de 1812.

José de San Martín.

Excmo. Gobierno de las Provincias del Río de la Plata.

El Gobierno, por pedido de San Martín, exhorta los hijos de Yapeyú á combatir por la América en las filas de los Granaderos á Caballo.

Por cuanto se halla plenamente satisfecho del amor, y adhesión con que los naturales de los pueblos de Misiones, nuestros hermanos han abrazado la santa causa que defiende el pueblo americano, prestándose de un modo decidido, generoso, y cual para sostenerla dignamente corresponde. Por tanto, y *defiriendo al deseo que ha manifestado el benemérito comandante del nuevo cuerpo de Granaderos de á caballo, Don José de San Martín, hijo del pueblo de Yapeyú, de reunir en la fuerza militar de su mando un número proporcionado de sus connaturales, por la confianza que de ellos tiene á efecto de proporcionarles la gloria de que igualmente, como todos los demás americanos contribuyan con las armas al logro de la libertad de la Patria,* que aspiran á esclavizar los tiranos, ha tenido por conveniente esta superioridad conferir comisión bastante á don Francisco Doblas, también oriundo de las expresadas Misiones, para que trasladado á ellas convoque á la juventud de su territorio y haciéndoles concebir la necesidad y obligación en que se

hallan de propender con su valor y ardimiento á sacudir el yugo que les amenaza, como el honroso concepto que deben al gobierno por sus virtudes, les incline á que se presenten voluntariamente á alistarse en el pabellón americano á que también les impulsa el honor, su deber y la nobleza de sus sentimientos y origen; haciéndoles saber que así practicándolo tendrán un lugar distinguido entre los valientes defensores de sus derechos é independencia y que se harán acreedores á los premios que se dispensan al mérito en todas las clases del Estado. A su consecuencia, y para que el expresado Doblas, pueda efectuar la reunión indicada, y remeza á esta capital de los naturales voluntarios que le van encargados, se ordena y manda á los comandantes militares, justicias y cuantos el presente viesen, que al objeto le franqueen todos cuantos auxilios sean de dar y estén á su arbitrio, bajo el conocimiento, que los que al desempeño de esta comisión se presentasen generosamente con sus personas, intereses ó influjo, se harán acreedores á la gratitud del gobierno y al reconocimiento de la Patria. Dada en Buenos Aires, á 18 de Agosto de 1812. — (firmado) *Bernardino Rivadavia.*

Instrucciones que deberá observar el coronel Don José de San Martín para los movimientos de las fuerzas con que debe marchar por la costa del Paraná.

Primeramente se le autoriza de un modo pleno y sin restricción alguna para que tome las medidas que crea más convenientes para la mejor dirección de la empresa y desempeño de la comisión.

2°. — Podrá circular órdenes á todos los jueces de los partidos, alcaldes, comandantes militares y hacendados del tránsito para que le franqueen todos los auxilios de caballadas, reses y cualesquiera otros que necesitare para la expedición.

3°. — Si los enemigos no hubiesen desembarcado y avistase los buques, estará á la observación de sus movimientos y en el caso de que bajasen regresará sin perderlos de vista, verificando camino si subiesen hasta llegar á Punta Gorda.

4°. — Si los enemigos hubiesen desembarcado y hecho alto en algún punto de la costa y la fuerza fuera superior y decidida á batirse con los que los ataquen, podrá pedir auxilios al Teniente Gobernador de Santa Fe, bajo la calidad de devolverlos en caso de

que pasando de Punta Gorda los buques para arriba se tema intenten un desembarco en aquel punto, y entonces le aumentará de la fuerza que lleva, el refuerzo que crea conveniente.

5°. — Si los marinos con toda su fuerza siguieran río arriba seguirá sus movimientos siempre observándolos en sus designios, como se le previene en el art. 3°.; y en el caso de verlos empeñados contra las baterías de Punta Gorda ó en desembarco en la costa opuesta, por el paso del Rey, esperará el resultado para decidirse á regresar observándolos, si viniesen río abajo, ó pasar á Santa Fe á auxiliarla en el caso antes previsto.

6°. — Comunicará los avisos más ejecutivos de lo que ocurriese, de posta en posta.

7°. — Dejará prevenido en la Posta y á los comandantes y alcaldes del tránsito, tengan prontas caballerías para el caso en que el Gobierno le comunique orden de volver aceleradamente á la Capital.

8°. — En el caso de regresar sea por orden superior ó en observación de los enemigos, continuará con las carretillas de municiones y demás tráfago hasta la misma capital.

9°. — En cualquier lance imprevisto que

no se hallase prevenido en esta instrucción, dejan al discernimiento y conocimientos militares del coronel Don José de San Martín, tomar las medidas que estime oportunas para la seguridad de la empresa y honor de las armas de la Patria.

Buenos Aires, Enero 28 de 1813.

Al Coronel Don José de San Martín. (Es borrador del Archivo).

Ha acordado el Gobierno que si los buques enemigos hubiesen navegado Paraná arriba, luego que U. S. llegue al punto del Rosario siga sus marchas sin detenerse hasta Santa Fe con toda la tropa de su mando, á auxiliar y guarnecer aquella ciudad para el caso en que los marinos intenten atacarla; el Gobierno descansa en el celo infatigable de U. S. y espera el mejor resultado á los intereses de la patria.

29 de Enero de 1813.

Al Señor Gobernador de Santa Fe:

Habiendo comunicado orden al Coronel Don José de San Martín, para que siga sus marchas con las tropas de su mando hasta esa ciudad en el caso de haber navegado los enemigos Paraná arriba á su llegada al puerto de Rosario, previene á U. S. el Gobierno, que inmediatamente dé disposición, para que estén listos los botes, balandras, y canoas que pudiesen reunirse para facilitar con prontitud el transporte de la tropa referida. El Gobierno espera el puntual cumplimiento de esta orden.

Buenos Aires, 29 de Enero de 1813.

Regimiento de Granaderos á Caballo

Relación de los individuos de dicho regimiento que han muerto en la acción de San Lorenzo del 3 de Febrero de 1813.

Primera del 1°.

Januario Luna, hijo de Crespín y de Mónica Mayo, natural de Renca en la punta de San Luis, estado soltero.

Juan Bautista Cabral, hijo de Francisco y de Carmen Robledo, natural de Saladas, Corrientes, estado soltero.

Basilio Bustos, hijo del granadero de este regimiento Lorenzo y de Luisa Rodríguez, estado soltero, natural de San Luis, partido de Renca.

Feliciano Sylvas, hijo de Francisco Antonio y de Florencia Navarro, natural de Corrientes, estado soltero.

Primera del 2°.

Ramón Saavedra, hijo de José Lorenzo y de María Juana Díaz, natural de Santiago del Estero, estado casado.

Blas Bargas, hijo de Martín y de María de los Santos Bargas, natural de la Rioja, estado soltero.

Ramón Anador, hijo de Ramón y de Fran-

cisca Sosa y Cabral, natural de Montevideo, estado soltero.

José Marquez, hijo de Agustín y de Juana Mendez, natural de Tulumba en Córdoba, estado soltero.

Segunda del 2°.

Domingo Porteau, hijo de Bernardo y de Catalina Geseau, natural de Saint Godens, estado soltero.

José Manuel Díaz, hijo de Juan Antonio y María Barroso, natural de Córdoba, estado soltero.

Julián Alzogaray, hijo de Vicente y de Josefa Goria, natural de Quillota en Chile, estado soltero.

Domingo Soriano Gurel, hijo de Juan Gil y de Justa Herrera, natural de la provincia de la Rioja, estado soltero.

Juan Mateo Geldes, hijo de Luis y de Francisca Viezma, natural de la Cañada de Escobar en Buenos Aires, estado soltero.

Segunda del 3°.

José Gregorio, hijo de Eduardo y de María Liberata Fredes, natural de San Luis, partido de Renca, estado soltero.

Buenos Aires, 25 de Febrero de 1813. — *José Zapioila.*

Nota. — El capitán, don Justo Bermúdez, murió de resultas de sus heridas el 14 del corriente.

Muertos

Oficial	1
Soldado	14
Suma	15

Solicitud del guardián del convento de San Lorenzo.

Señor Coronel:

Este colegio hablando por sus principales individuos, juntos para el presente objeto, dice: que cuando en las circunstancias de aflición de estos días en nada pensó tanto, como en aliviar á los necesitados heridos de la patria y subvenir á los sanos de ella, tuvo la gustosa satisfacción de hacer palpables no sólo á V. E. y á todos sus oficiales, sino también á sus mejores soldados los sentimientos de adhesión y amor de que está animado. No solo el santo y apostólico ministerio de su instituto, con los principios de religión lo estimularon á ello, como lo han estimulado hasta aquí en cuantas ocasiones se ha ofrecido: sino también la penetración que todos, y cada uno de los individuos de esta casa tenemos de la justa causa que se está sosteniendo: y cuando á tan poderoso motivo se junta el debido agradecimiento á las estimaciones y distinciones de honor y confianza que constantemente ha recibido del paternal, piadoso y justo superior gobierno, ninguna otra remuneración apetece, que ver la continuación de estas causas de su placer. En cuya inteligencia no tiene V. S. que escuchar más las

voces de su religioso y compasivo corazón, para repetir sus instancias caritativas en cuanto á satisfacer los intereses, que tan gustosamente ha expedido este colegio para el socorro de su tropa; porque, si cuanto resta se hubiera gastado totalmente, no daría otra contestación que la insinuada, y solo añadiría el dulce placer de haberlo todo consumido en el más oportuno remedio de la patria que se lo pudo ofrecer. Gozosa esa comunidad con la victoria conseguida á las puertas de su domicilio, y satisfecha de haber estado pronta y con alguna aptitud para tal efecto, y sus resultas, suplica á V. S. únicamente que para sello de las complacencias más gustosas de esta familia religiosa, y su posible seguridad, contribuya, si lo tiene á bien, para que el superior gobierno la certifique de su confianza, y por ella mande, que esta comunidad no se entienda jamás comprendida en los decretos que universalmente se expidan, si algunos se expidieren contra europeos, no viniendo expresamente declarados los que componen este colegio, cuyos sentimientos son tan unos con los de la patria, y cuyo actual gobierno como ha hecho ver en las indudables pruebas por palabras y obras, que á todos son notorias desde aquel principio que en la instalación de la primera junta la congratuló por

escrito, cuya contestación reserva con el debido aprecio.

Dios Nuestro Señor guarde á V. S. muchos años que le desea. En este colegio de misioneros de San Carlos y Febrero 5 de 1813. — Afectísimo capellán y servidor de V. S. por sí y á nombre de toda esta comunidad apostólica. — *Fray Pedro García*, guardián.

Carta del Presidente del Triunvirato, doctor Juan José Paso, al representante de él en el ejército de operaciones sobre Montevideo, don Manuel de Sarratea.

"Buenos Aires, 25 de Diciembre de 1812. —Amigo y señor: La presencia de los grandes riesgos despierta la atención y cuidado en el ánimo, para descubrir en los casos mismos que versamos entre las manos, puntos notables que habían escapado á nuestras vistas, ó no la habían fijado de un modo capaz de impresionarla. Tal vez, por desgracia de nuestra constitución animal, este es un efecto muy frecuente en las prevenciones fuertes, cuyo resultado, por consecuencia de falsos principios que nos han preocupado, es tanto más funesto, trascendente é inevitable, cuanto reputado por inocente en la idea de los principios de que estamos prevenidos, no nos deja ni aún la facultad de reflecionar sobre la naturaleza y calidades de las ideas y juicios formados, para llamarlas á un nuevo examen que nos advertiría de las falsas impresiones.

No es el tema de ésta el de mis anteriores, cuya discusión queda concluída: hemos obrado esfuerzos prodigiosos para reforzar á Belgrano que se halla en estado de emprender su campaña luego que la estación se lo per-

mita: ella nos lisonjea con la esperanza de un feliz resultado.

Es tal y tan grande la inquietud de mi espíritu á las consideraciones de los riesgos que corre la suerte de nuestra causa, que me trae en continua agitación. Todas las apariencias. noticias de cartas, voces vagas del pueblo, nos anuncian un gran proyecto de Montevideo, bastante próximo. Por estos datos é indicaciones, y por las declaraciones de los pasados de que usted nos ha avisado, puede aquél terminar en uno de estos cuatro objetos, á saber: un desembarco en ésta ó en alguno de los puntos inmediatos por una combinación de los europeos españoles, según el plan que tengan acordado; una salida general contra el ejército sitiador; una expedición de agua y tierra sobre las baterías de Punta Gorda, Santa Fe ó Bajada; otra igual sobre el Uruguay contra el cuartel general ú otro punto que nos corte el pasaje libre de nuestra correspondencia, pertrechos, etcétera.

El primer designio me parece más que difícil, y para imposibilitarlo y remover mil trabas que nos presenta la existencia de esta ciudad de enemigos domésticos tan peligrosos, hemos comenzado la obra del extrañamiento de Maestranza de Marina, marineros, pulpe-

ros solteros, vagos y muchos otros de todas clases de los que se consideran más temibles, con cuya separación de brazos ejecutores, deben inutilizarse los proyectos hostiles de esta clase, sean cuales fueren los planos que puedan haber ideado.

Una salida general sobre ese nuestro ejército puede ser una parte de ese proyecto; *pero el apresto de muchos buques,* de los cuales hay algunos en Martín García, indica otra operación; y no siendo verosímil contraerlos con tanto aparato al sólo bombardeo de esta ciudad, es sumamente persuasible *que intenten una empresa muy seria en el Paraná* ó en el Uruguay. *Las noticias é indicaciones son generalmente al Paraná,* las unas al grueso de 600 ó 700 hombres de desembarco y las otras hasta el número de 1200 ó 1300, con el objeto de destruir las baterías y cargarlas y reventarlas. Esta última noticia nos da el doctor don Nicolás Herrera.

Sin dar crédito y valor á la magnitud con que se figuran, sobran á excitar mis temores, *convencido de que hay un proyecto de mar y debe ser con un objeto importante y fuerza capaz de superar las dificultades que han de acometer.*

No puede usted fácilmente persuadirse de los extraordinarios esfuerzos que hemos he-

cho para reforzar las baterías y Santa Fe, apurando el poco armamento que tenemos; mas por grande que sea el esfuerzo, ¿de qué sirve si realmente es muy superior la fuerza que los ataca? No podemos concentrar en las baterías todas las fuerzas porque perdidas, no puede la tropa que sale del ataque ocurrir oportunamente á Santa Fe dando vuelta la Bajada, donde ya hallaría interceptado el pasaje del río por los buques enemigos.

Si por falta de fuerza competente, *perdemos las baterías y nos ocupan á Santa Fe y la Bajada,* las consecuencias son las *más tristes y funestas. Se pierde toda la artillería destinada al sitio* (de Montevideo, donde faltaba con urgencia) *que hay en ella, se imposibilita el pasaje del grueso tren de la que se está fundiendo,* el de la *pólvora y cuantos auxilios hay que remitir;* aun la correspondencia del papel se hará más demorosa y correrá algunos riesgos; *se imposibilita el sitio de Montevideo absolutamente,* sin arbitrio posible, ni tampoco lo hallo para el regreso de esa tropa á esta Banda.

Aun cuando, ó no ocupasen ó fuesen desalojados de Santa Fe y la Bajada, pueden interceptarnos los pasajes del río para el transporte de gruesas municiones y tren pesado.

Vea usted el terrible riesgo á que nos ha puesto el errado sistema que encontramos establecido por el anterior gobierno.

Suponiendo erradamente que se acercaba el tiempo de batir á Montevideo, se envió toda la fuerza hasta ese Cuartel General para que fuese de ahí aproximándose al sitio; y aun los Patricios, que situados en la Bajada, daban respeto y pronto refuerzo á las baterías, se les ordenó incorporarse á ese ejército con la mayor urgencia. Nosotros les enviamos en refuerzo á Belgrano, con la imperiosa necesidad de la urgencia importante del momento, con la mira de reemplazar su lugar con una parte de esa fuerza.

Ya emprendida la campaña de Montevideo con la aproximidad de nuestras tropas y empeñados en lances con las partidas de la plaza, se ha creído conveniente reforzarlos y agolpar la fuerza casi toda para no sufrir un desaire ni exponernos á un contraste; y nos hallamos en el caso de no tener con qué reemplazar la guarnición de los Patricios, dejar débil el importante paso del Uruguay y *enteramente descubierto un camino de más de 300 leguas,* con puntos tan interesantes, que precisamente son los únicos á cuya seguridad debíamos de atender hasta acabar de pasar el último tren, aun cuando para ello

fuera necesario desatender el asedio de Montevideo.

Nosotros mismos, aun conociendo desde que estamos en el gobierno, que no parecía bien ordenado el sistema predicho, en cierto modo nos hemos dejado adormecer y ahora nos vemos advertidos por la eminencia de los riesgos.

Es evidente que lo debe usted suponer como un principio sobre que deben girar sus combinaciones, que no se puede batir á Montevideo antes de ocho ó nueve meses, sin que haya arbitrio posible para abreviar las obras de preparación, ni excursarse su necesidad. Faltan que fundir *cinco cañones, dos obuses y quinientas granadas.* Dé usted dos meses y medio inevitables para los cinco cañones, un mes á los dos obuses y dos meses á las granadas; todo es lo menos preciso, y resultan cinco y medio meses, dos de transporte, son siete y medio, y cualquier demora para una ú otra falta que no puede excusarse, y no saldremos mal, si no excediese el tiempo preinserto.

Sino tenemos sino una fuerza limitada é insuficiente á proveer con seguridad la custodia y protección de todos los puntos que abraza la extensión del territorio que indica desde esta capital á Montevideo, ¿no está en

el orden de un buen sistema preferir la guarda de lo más importante á lo que es lo menos? Y cuántos riesgos enormes no debemos correr con el que hoy nos amenaza, si por avanzar toda la fuerza sobre Montevideo, siete, ocho ó nueve meses antes de batir, proyectasen aquéllos invadir algunos de los *interesantes puntos que quedan al descubierto*, ó mal guarnecidos, aun cuando hoy no lo ejecutaran?

Agregue usted que de ningún modo debemos contar con la buena fe del armisticio portugués.

Mr. Miller me ha asegurado por un pasajero americano, que había llegado un portugués, del Janeiro á Montevideo, *con el encargo de asegurar á aquel gobierno que el del Brasil había sido forzado á retirar sus tropas, pero á reserva de ocurrir en un caso de apurado conflicto á su auxilio.*

Sobre todo, usted sabe muy bien que el enemigo piensa en lo que no pensará cuando vea que no es fácil sorprender nuestro descuido; y que el *portugués ó Montevideo*, éste seguramente, no dejará de aprovecharse de nuestra confianza cuando adviertan que atacándonos en los puntos débiles echan por tierra todos nuestros planes.

A disponer con propiedad, juzgo que el or-

den debiera ser inverso, no poniendo sobre Montevideo sino un cuerpo de ejército volante que lo precise en regulares privaciones, estorbando en lo posible las entradas de víveres, sin empeñarse á las manos en acciones de ronsecuencia, que debería evadir, *como que no tenemos objeto importante* y nos comprometerían en el caso de mal suceso. Mas, pues ya no se halla la cosa en estado de innovar en esta forma, parece de la mayor importancia restar de la fuerza que se haya aumentado la necesaria á guardar el cuartel general en el Uruguay con bastante regularidad, y auxiliar las baterías con algunas tropas, aunque fueran un par de compañías, para descansar sin el cuidado de los riesgos indicados.

Soy todo de usted, su verdadero amigo. Q. B. S. M. — *Juan José Paso.*"

ÍNDICE

Pág.

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

ANEXOS



